

# DESAFÍO HOMICIDA

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE MISTERIO Y SUSPENSE

D.J.57

RAÚL  
GARBANTES

# **DESAFÍO HOMICIDA**

Un Thriller Psicológico De Misterio Y Suspense

**RAÚL  
GARBANTES**

Copyright © 2019 Raúl Garbantes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Consultores de publicación y marketing

Lama Jabr y José Higa

Sídney, Australia

[www.autopublicamos.com](http://www.autopublicamos.com)



Suscríbese a nuestra lista de correo para obtener una copia GRATIS de “La Maldición de los Montreal” y mantenerlo informado sobre noticias y futuras publicaciones de Raúl Garbantes. Haga clic [AQUÍ](#)

Últimas publicaciones del autor:

**Todo Policiaca:**

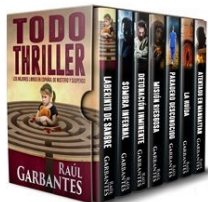
**Los mejores libros en español de detectives, misterios y crimen**



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

**Todo Thriller:**

**Los mejores libros en español de misterio y suspenso**



Versión Kindle – Adquiere la [AQUÍ](#)

# CONTENIDO



## **PRIMERA PARTE**

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

## **SEGUNDA PARTE**

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

### **TERCERA PARTE**

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[NOTAS DEL AUTOR](#)

[OTRAS OBRAS DEL AUTOR](#)



# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO I



Eran las cinco de la mañana del 16 de septiembre de 1955 cuando crucé por segunda vez la puerta del restaurante Felicia. Ese día, casualmente, yo cumplía veintinueve años de haber ingresado al cuerpo de Policía de la ciudad de Altamira, luego de haberme desempeñado como subinspector en la comisaría de la pequeña ciudad de Sancaré.

Entonces volví a acercarme a los dos cadáveres, buscando que me dijeran algo.

A estos hombres los acuchillaron más de veinte veces. En el cuello, en la cara, en el estómago, en la espalda y en las piernas. Era como si las heridas cumplieran dos funciones: matarlos, pero también mostrarlos de esta manera, hechos una roja papilla, como si algo los hubiese triturado. Esa idea del aplastamiento se me ocurrió al alejarme un poco de los cuerpos y mirarlos desde otra perspectiva. ¿Por qué dejarlos así, destrozados y al fondo de un salón comedor en perfecto estado? ¿Por qué infligirles tantas heridas, como simulando un ataque de ira? Era como si el asesino contara con un razonamiento policial y hubiese falseado el ataque para desconcertarnos.

Esa idea no me gustó. No quería enfrentarme a un individuo que conociera mi forma de razonar. Deseché tal ocurrencia. Tal vez no he debido hacerlo en ese momento.

Quería quedarme solo con los cadáveres y por eso les pedí a todos que desalojaran el salón.

Entonces levanté la mano de uno de ellos, y miré sus uñas. Elevé el brazo, y aparté el saco y la camisa para comprobar el estado de los codos. Toqué la tela y descubrí que era nueva.

Las heridas me molestaban porque no guardaban un patrón lógico. Algunas mostraban precisión y otras parecían producto de la furia; algunas eran profundas y otras, superficiales. Ese tipo de incongruencias son significativas casi siempre. Y si no fuera por mi insomnio, estoy seguro de que no me resultarían tan chocantes. Contrario a lo que mi hermana Mary cree, dormir ocho horas corridas me haría perder el estado de alerta que necesito en mi trabajo. Dormir tres horas es más que suficiente para, entre otras cosas, llegar antes,

llegar primero y casi al mismo tiempo que los asesinos.

Imaginé al asesino de estos hombres y comencé a moverme en el salón como él lo hubiera hecho. Lo supuse solo en este lugar, alerta de que nadie más entrara, posiblemente asomándose por estas ventanas y apartando las cortinas. Pero ninguna está corrida, así que, si lo hizo, tomó la previsión de devolverlas a su lugar, para que luego no vieran desde la calle lo que estaba haciendo.

Luego debió abrirles la puerta e invitarlos con naturalidad a sentarse, pero no en cualquier mesa, sino en la más apartada y en la que quedaría más oscura. Lo cual significa que hubo premeditación, que sigue un plan y que había estudiado el terreno, y que conoce este lugar, porque esa es la única mesa que no puede verse desde la cocina.

Se suponía que los cadáveres de estos dos hombres habían permanecido toda la noche sin ser vistos, mientras el dueño del lugar, a pocos metros, horneaba una *pizza* siciliana. Al menos eso era lo que Vicente Chiarello había afirmado en una declaración preliminar que uno de los muchachos le había tomado.

Tal vez el criminal les brindó algo de comer a estos pobres tipos. Ya lo diría luego la autopsia, pensé. También era probable que los hubiese narcotizado para que no se protegieran. No tenían heridas defensivas, pero tampoco noté ningún pinchazo de aguja. De todas formas, estas podrían estar ocultas, y habría que mirar cuando los cuerpos estuvieran limpios. Lo más seguro es que si les ofreció una cena (tenía esa idea rondándome la cabeza), pusiera la sustancia para narcotizarlos en lo que consumieron. Miré la mesa y noté que no había copas, como en las otras.

Este asesino, como lo estaba presintiendo, paciente y premeditado pero disfrazado de iracundo, necesitó al menos cuarenta minutos para cometer los asesinatos, me convencí. Entre esperarlos, invitarlos a sentarse, drogarlos, matarlos y continuar apuñalándolos una y otra vez, habría necesitado más o menos ese tiempo. ¿Y cómo sabía que nadie entraría al restaurante?

## CAPÍTULO II



*En ese momento, le abrí la puerta al más fantoche de los dos.*

*Usaba la ropa que le compré, con la que lo convencí. Yo llevaba puesto el delantal de cocina menos feo que encontré en la despensa, y me había recogido el pelo en un moño alocao que dejaba salir dos mechones al frente, y que hace desprender de mí una imagen como de Ava Gardner, pero doméstica. Mi apariencia era de una simpática mujer que disfrutaba de una invitación a su casa para dar de comer a sus amigos.*

*—¡Hola! ¡Qué bueno que has podido llegar puntual! Nos espera el otro invitado, a quien no conoces, pero ahora mismo lo harás. Es de tu mismo «gremio» —le dije, cerrando la puerta y teniendo cuidado de que nadie me viera.*

*Imaginé que la alusión al «gremio» fue incomprendible para él, porque no debía ni siquiera saber el significado de esa palabra. Siempre ha sido difícil para mí imaginar cómo se puede andar por la vida conociendo menos de cincuenta vocablos. Yo estoy segura de que tal era el caso de estos «comensales».*

*Pero, de pronto, algo me causó alarma, y le pregunté al hombre que cómo había llegado hasta allí. Me respondió que usando el metro. Eso significa que yo intuí algo anormal, pero lo deseché enseguida.*

*Recuerdo también que su respuesta me hizo gracia. Porque estos hombres, acostumbrados a vivir debajo como ratas, en ese mismo metro, ahora pensaban que un golpe de suerte o de magia, a través de mi aparición, les iba a cambiar la vida.*

*Llevé al recién llegado a la mesa más distante de la cocina. Hice que me esperaran allí, y les serví el vino que iba a mezclarse con la toxina. Ya estaba familiarizada con el efecto inmediato de esa nueva sustancia. De todas maneras iban a morir, aunque no les apuñalara, porque puse más de un gramo en cada copa. Morirían por asfixia, pero yo no tenía tiempo de sentarme a esperar que lo hicieran de esa forma. Además de que era importante utilizar el cuchillo.*

*Al cabo de veinte minutos estaban paralizados, y di gracias a Dios de que no hubiesen vomitado. No quería recoger tal inmundicia. Comencé con el que me*

*parecía más patético. Esa ausencia de urbanidad que se traslucía en él era demasiado primitiva para mí, y es por eso que me espanta tanto pensar que hay pueblos enteros que padecen de ella. ¿Cómo era posible que llegara casi borracho a la cita? Es que ese hombre nunca había guardado un poco de consideración, aunque fuera mínima.*

*Empuñé el cuchillo con cuidado de no borrar las huellas, y le maté.*

# CAPÍTULO III



Vicente Chiarello, el dueño del restaurante Felicia, dice que vio, hacia las ocho y cuarenta de la noche, una sombra de una persona cerca de la entrada. Y que cuando llegó, la puerta estaba abierta, cuestión que atribuyó a un descuido de su esposa. Por la manera como le oí decirlo, parecía querer expresar muy temprano que ella cometía «descuidos» a diestra y siniestra.

Vicente Chiarello, el dueño del restaurante Felicia, dice que vio, hacia las ocho y cuarenta de la noche, una sombra de una persona cerca de la entrada. Y que cuando llegó, la puerta estaba abierta, cuestión que atribuyó a un descuido de su esposa. Por la manera como le oí decirlo, parecía querer expresar muy temprano que ella cometía «descuidos» a diestra y siniestra.

Le dije a Fletcher que sacara a Chiarello de allí y lo mantuviera vigilado en su apartamento, que se ubicaba justo en frente del restaurante, en un bonito edificio de los que tienen ventanas color turquesa. Allí hablaría con él.

El subinspector Braulio Fletcher fue a encargarse de eso, mientras, yo me quedé observando los cuerpos. Prefiero, al principio, que otros tomen las declaraciones iniciales, y permanecer con los muertos para escuchar lo que tengan que «decirme». Eso ha levantado ciertas opiniones en el cuerpo, centradas en lo que ellos consideran un comportamiento extravagante. Yo pienso que los cadáveres no mienten; en cambio, los vivos implicados suelen hacerlo voluntaria o involuntariamente cuando hablan con la policía. Luego, cuando ya los testigos y sospechosos de primera y segunda línea se sienten más seguros, hago mi aparición para entrevistarles con la artillería más pesada, después de haber leído sus primeras declaraciones. Es una estrategia que he tratado de ir afinando con los años, y que implica llevarse mucho trabajo a casa. Sobre todo porque la mejor manera de atrapar a un asesino es hacerle creer que él es más inteligente que uno, y abordarlo con la ventaja que ofrece haber descubierto sus errores. En mi experiencia, la mayoría de los asesinos creen que «lo mejor de la carrera del asesinato perfecto» es la «recta final», pero a mí, las «curvas iniciales» de la escena del crimen son las que suelen darme la victoria.

Más allá de la dantesca escena, y de la sangre que inundaba el espacio, no noté nada inusual en el resto del salón. Este era sencillo, con esa simpleza que

sumerge a los nuevos negocios, y también reflejaba una apacible luz, como si, allí mismo, en la última mesa, no se hubiese cometido un acto tan atroz. Un acto como ese pudo haber sido preconcebido en un negocio de mala muerte, como los del arrabal, en la zona sur de Altamira, donde cuchillazos y peleas son el orden del día. Pero esto aquí estaba como superpuesto, como descolocado.

Cuando el forense, mi buen amigo Nicolás Sánchez, apareció, ya yo había recorrido varias veces la entrada del restaurante y la escalerita que conducía a él, ya había caminado de ida y vuelta por la acera de la calle, con la esperanza de toparme con algún indicio, de esos que te atrapan, aunque no sepas lo que buscas, y también había confirmado que el local se encontraba en una calle de moda, con no poco tránsito nocturno.

Justo al lado estaba el novísimo bar El Gato Blanco, el cual tenía fama de permanecer abierto hasta el amanecer.

Abrí la puerta y llamé a Galeano. Le pregunté si había revisado los bolsillos de los pantalones y de los sacos. Sabía que ya les habían fotografiado y por eso podíamos tocarlos. Resultó que ninguno de los hombres llevaba consigo identificación, ni pertenencias. ¡Ni siquiera una llave! ¿Quién sale a la calle sin llevar la llave de su casa?, le pregunté a Galeano. Me respondió que nadie, a menos que los hubiesen robado. Le contesté que esto no me parecía un robo.

—Dile a los muchachos que ya pueden terminar el examen y llevárselos. Quédate pendiente de todo. Espero tu informe, y las fotografías que tomaron. Miguel, esto no me gusta. No me gusta que haya dos escenarios; el que es, y otro que intenta disfrazarlo. O se mata por ira, por pasión y con locura, o se mata con una razón de hielo. Y aquí hay una mezcla imposible que no me gusta nada —le dije a Galeano.

Como siempre, no obtuve ninguna respuesta de su parte, ni siquiera un monosílabo. Miguel Galeano era un témpano. Y por eso era el mejor para levantar escenas como esta. Además de que pertenecía al equipo de los confiables del Departamento. Lamentablemente, el cuerpo se había ido llenando, en los últimos años, de casos de corrupción y malos agentes. Podría decirse que yo había formado, junto con un pequeño y confiable grupo, una Dirección de Homicidios autónoma, en donde nos vigilábamos entre nosotros para protegernos de no caer en la telaraña de vicios y enriquecimientos ilícitos que por desgracia había alcanzado el cuerpo policial de la ciudad de Altamira.

Apenas volvió Fletcher le pedí que le avisara a Nicolás Sánchez que sacara la morfología y secuencia de las heridas, con ese método experimental del que tanto alardeaba. Que me dejara el croquis de los cuerpos con las punzadas

numeradas en cuanto lo tuviera listo, y que cuanto antes, mejor. Le hice una seña a Galeano para que apoyara a Fletcher en esa encomienda.

Volví a acercarme a los cadáveres, antes de que entrara nuestra jauría técnica —por así decirlo—, y lo hice como una despedida. La próxima vez que los vería sería reposando en la mesa de la morgue, y ya no podrían decirme nada más sobre la valiosa escena del crimen. Fletcher me miraba espantado, parecía que aún no había podido superar lo de acercarse con determinación a los cuerpos en escenas tan sangrientas. Yo aprendí a hacerlo cuando me nombraron inspector jefe ya hace muchos años, no porque me gustara hurgar en los cuerpos desechos —al menos no conscientemente—, sino porque las víctimas son los mejores informantes de sus asesinos.



# CAPÍTULO IV



*Siempre que mato a alguien, imagino que esa persona es un villano de cómics. Porque, ¿qué sería de la vida sin la pimienta de la imaginación?*

*Cuando tenía cinco años, imaginaba que el tío Raúl era el conde Drácula. Esos años fueron los prolegómenos de mis aptitudes actuales.*

*Clavé el cuchillo afilado muy profundo, y sentí al contacto con la piel una primera resistencia, pero luego el cuchillo se deslizaba con facilidad.*

*He tenido mucho tiempo para estudiar el cuerpo humano, de la mano de la revista *Clinical Symposia*, y a través de los bellos dibujos del atlas de Netter. Y creo saber más de anatomía que la mayoría de los estudiantes de Medicina. Lo cierto es que soy autodidacta. Así aprendí inglés, francés e italiano. Así también he desarrollado la destreza necesaria para llegar directo al corazón con un cuchillo afilado, como el que tenía entre mis manos, y para jugar con las otras heridas como si estuviera pintando un lienzo. Digamos que es mi tributo a Netter y su genio.*

*Una vez que acabé con esos hombres, fantaseé un poco y pedí un deseo: pedí que el encargado de investigar estos crímenes fuese quien yo esperaba, a quien yo había escrutado. Porque necesitaba a alguien que se inscribiera en este credo; en el de la pasión obsesiva por el trabajo, tal como lo hago yo.*

*Todos los trabajos deberían considerarse como un asunto personal e íntimo, porque no imagino algo más triste que trabajar solo para comer. Por eso es por lo que los psicólogos han escrito toda una teoría sobre el significado que le damos a nuestras labores; para algunos es un asunto de sobrevivencia, y para otros, superiores por supuesto, es un asunto de autorrealización. Pues estos miserables que yo acababa de asesinar ni siquiera pertenecían al primer grupo, sino a uno todavía más subhumano; ellos eran unos despojos, unos restos de vidas mal llevadas y absolutamente descartables.*

*Uno de ellos, el que no había tomado alcohol antes, me miró como preguntándome por qué le estaba haciendo eso. Es un empeño antipático el preguntarse siempre el motivo de las cosas. No solo antipático, sino cada vez menos necesario.*

*Dejé el cuchillo clavado en la espalda del peor. Él era mi firma, además de*

*parte sustantiva del plan para conducir la culpabilidad del hecho. Como también lo era la necesidad de infligirles muchas heridas.*

*Agarré las copas y la botella del mal vino que les había comprado, y las guardé en una bolsa que había preparado para ello. Me quité los guantes y los tiré en la misma bolsa. Pasé una toalla húmeda por mi cara para limpiarla, aunque había tenido la previsión de apartarla a un lado mientras los mataba, para no mojarla tanto. Tiré la toalla junto a la botella y cerré la bolsa. Agarré las llaves de la puerta de servicio, la abrí y boté la bolsa en el basurero del bar. Sabía que vendrían a vaciarlo en pocas horas. Volví sobre mis pasos, cerré la puerta y situé las llaves en su lugar.*

*Me puse el abrigo y me miré las piernas. Estaban perfectas, manchadas de sangre.*

*Sonreí.*

# CAPÍTULO V



Caminé hasta la cocina. Era una pieza rectangular sin divisiones, adornada por una gran ventana de madera oscura y vitrales azulados que le daban al espacio cierta semejanza con las capillas contemporáneas. La luz caía sobre los hierros de las seis estufas y se explayaba sobre la superficie del mueble de mármol rosa y sobre el fregadero, para terminar alumbrando el moderno horno, que parecía ser el rey de aquel espacio. En el centro de la estancia había una mesa grande y dos sillas de madera de diseño singular. Junto a la pared, que cruzaba la de la ventana, se encontraban dos refrigeradores grises, de considerable tamaño y de buena calidad. Al lado de uno de ellos había una estantería blanca y opaca, repleta de tablonces donde podían verse algunas verduras, pastas, latas, botellas, diferentes utensilios y varios frascos de condimentos. Todo allí mostraba una sustantiva inversión económica. La mayoría de los objetos me parecieron nuevos. Desde la cocina podía verse el salón, casi en su totalidad.

Yo conocía ese olor que se desprendía; era una mezcla de cebolla con pan rallado y queso. Entonces recordé que no había comido nada. Seguramente en otras circunstancias podría haberle hablado a Chiarello de mi afición por la comida y por las bebidas de las islas mediterráneas. Me di cuenta de que era la primera vez que investigaba un asesinato dentro de un restaurante siciliano.

Miré el espacio, intentando hacerme la idea de cómo sería alguien que pasaba horas cocinando allí. Yo también podría hacerlo, pero con un poco más de orden. Eso faltaba en aquel lugar; acomodo, simetría. Al igual que en los cuerpos ensangrentados de los dos hombres, faltaba una idea ordenadora en el *modus* del ataque.

Me dirigí a la ventana y probé los seguros. Lo mismo hice con una puerta pequeña que conducía hacia el exterior y que se encontraba cerca del rincón donde estaba la estantería llena de latas y condimentos. Paseé la mirada por los estantes, hasta que lo encontré. Allí estaba el estuche de cuero desplegado con los cuchillos. Tenía un considerable tamaño, y dentro de él podían verse al menos diez cuchillos guardados en sus fundas. Todos menos uno. El que debió ocupar la tercera funda en orden de izquierda a derecha. El cuchillo en cuestión

era el arma asesina que estaba en la espalda de uno de los hombres. ¿Por qué dejarlo allí adentro? Este asesino tenía un extraño sentido del humor y una singular manera de firmar.

Me senté en torno a la gran mesa que tenía un fino manto de harina esparcida. Chiarello no era limpio al cocinar, o estaría preocupado por algo. Si cuando salió al comedor para confirmar que todo estuviera bien dispuesto ya había terminado su labor en la cocina, entonces, ¿por qué no había dejado el mesón limpio? A menos que saliera con otra intención, antes de limpiar la cocina y los trastos que usó.

Me quedé allí sentado un rato, para pensar. Necesitaba café para razonar mejor, por lo que se me ocurrió salir a buscarlo en la calle, pero decidí primero ir a interrogar a Vicente Chiarello.

Esperaba que ya estuviera más calmado. Apenas yo había llegado al restaurante Felicia, le había visto.

Era un hombre joven, de unos treinta años, bastante alto, bien parecido, y portador de una elegancia simple que pudiera ser interesante en condiciones normales. Cuando lo vi, lucía muy angustiado. Aunque sería más adecuado decir que lucía como si se sintiera atrapado.

Le vi cuando abrazó a su esposa, una mujer muy hermosa, que estaba bastante arreglada para ser las cinco de la mañana y para haber saltado de la cama con la noticia de que algo había pasado en el Felicia. Parece ser de las que creen que el mundo le pertenece. Lo cual tal vez fuera cierto, porque entendía, según me había informado el director del Departamento, que su familia era bastante acomodada. Los vi sin que ellos notaran mi presencia.

Recuerdo las primeras palabras que Vicente dijo: «Esto es horrible. ¿Ya qué más va a pasarnos?». La mujer parecía ser más fuerte e intentaba consolarlo.

Saqué la libreta del bolsillo, donde había tomado notas de aquel momento con las palabras exactas, empleando taquigrafía. Ahora no voy a ninguna parte sin mi libreta y mi pequeño lápiz. Me interesa poco que estos registros de conversaciones no puedan formar parte de los expedientes acusatorios. Siento un nuevo impulso por registrar en forma exacta lo que dice y hace la gente, en las situaciones más próximas al descubrimiento de las escenas en los crímenes que investigo. Últimamente no me gusta perder detalles que surgen del inconsciente y, por eso, intento adelantarme a las declaraciones pensadas que luego hacen los implicados y los sospechosos.

He notado que cuando las personas pasan por trances pierden el sentido de la observación, y se enfocan solo en quienes son significativos, y normalmente no

se dan cuenta de que alguien los está observando desde muy cerca. Yo me encontraba a pocos metros de ellos, junto a la escalera de la entrada del Felicia, cuando Vicente y esa mujer se juntaron.

En esa cocina del restaurante Felicia, frente al ventanal de vidrio esmerilado y azulado, me dispuse a revisar el registro taquigráfico de las primeras palabras del chef.

—¡Esa espantosa imagen! Esos dos hombres llenos de sangre, como ovillos de lana negra y húmeda, uno frente al otro. Como si hubiesen estado esperando en vida que les sirviéramos algún manjar..., uno de ellos tenía clavado un cuchillo de los de nuestra cocina, metido muy profundo en la espalda. ¡Era mi cuchillo! ...en medio de aquella suciedad. La mesa, las sillas, el piso, el servilletero y la vajilla blanca eran una sola cosa; un mar rojo hecho de carne que parecía tierra.

Cuando él dijo eso, ella permanecía callada, mirándolo. Como midiendo si tendría una crisis en ese momento, o si sería capaz de tolerar el horror. Después él continuó hablando.

—Había una pestilencia a hierro. Pero no era solo la sangre y las vísceras. Era una fetidez horrible, como un olor a sal descompuesta. Creo que todavía lo llevo pegado en la nariz. El otro hombre desangrado, frente al que mostraba mi cuchillo, estaba más hundido en la silla... o no sé, tal vez era más bajo. ¡Eran horribles! Los dos medio tumbados sobre la mesa, como montículos de tierra oscura y podrida...

Guardé la libreta, pensando que esas palabras me parecían muy dramáticas. Tal vez porque era la primera vez que Vicente veía algo así, o tal vez porque necesitaba que ella creyera eso.

En ese momento ya se habían sentado en la escalerita, y se tomaron de las manos. Se mantuvieron en silencio hasta que llegó uno de los nuestros, a tomar la declaración.

## CAPÍTULO VI



*Cuando estuve conforme con la apariencia de mis piernas ensangrentadas, abrí la puerta del restaurante Felicia, y miré el reloj. Justo a tiempo. Ni mucho antes, ni mucho después. Esperé, tomé aire y salí, fingiendo estar apurada, y bajé la escalinata. Luego caminé en dirección a la calle Villarana, pero entonces lo vi.*

*Debo reconocer que el alma se me salió. ¡Vicente no podía reconocerme! ¿Por qué estaría él allí afuera? Tal vez solo fumando, o tal vez iría al bar, aunque no lo creía. Tenía el tiempo justo para desaparecer. Intenté calmarme, porque hasta ahora todo había salido bien, y eso no era por suerte, sino por las previsiones que había tomado, y por mi milimétrico estudio del lugar.*

*Yo había caminado las aceras frente al Felicia una y otra vez. Y es mucho lo que uno puede aprender cuando mira en detalle a la gente, sus gestos y sus tránsitos. Por ejemplo, he visto con detenimiento y tengo «clasificada» a la mujer que arregla y limpia el bar El Gato Blanco.*

*El asunto es que esa mujer es sencillamente horrible. La mataría sin pensarlo dos veces si tuviera la oportunidad, y ahora sé que desde antes he debido hacerlo. Se la pasa mirando y averiguando la vida de los demás. Cuando digo que es interesante observar a la gente, no me refiero a ese entrometimiento, sino a otra cosa. Lo de ella es mediocridad; buscando siempre la caída y el escándalo en los demás.*

*El hombre del quiosco de periódicos y revistas es otro caso patético en esa cuadra. No debe tener ninguna vida en su casa, ni ningún afecto, y parece ser de los que necesita eso quién sabe por cuál razón. Entonces, permanece allí, con esa cara de ratón hambriento y enjaulado. Ese tipo es uno de los que más me ha mirado las piernas sin disimulo, como si tuviera mi permiso, pero es tan reprimido que no se atreve a decirme nada. Me parece que tiene dotes de buen observador, y estoy segura de que lo sería si no se distrajera tanto con cuanta mujer pasa por la calle. El pobre hombre-ratón debe estar muy necesitado de cierto tipo de acción, y espero que no exista mujer en el mundo que padezca el infortunio de tener que regalársela.*

*Luego está el encargado de la cafetería de la esquina, que es otro personaje.*

*En fin, en poco tiempo y con algo de inteligencia, uno caracteriza a la gente y sus hábitos, para luego levantar un plan de asesinato que cuente con los testigos adecuados. Una de las cosas que he aprendido bien es a reconocer el terreno donde voy a actuar. Esa es una regla inquebrantable si uno quiere salvarse.*

# CAPÍTULO VII



Salí del Felicia con la sensación de que Vicente desde muy temprano estaba ocultando algo. Esta era una impresión muy difusa, pero no quería terminar de evaporarse. Y además volvió a atacarme esa idea violenta, la de la ambigüedad de las heridas propinadas a las víctimas, hasta ahora desconocidas.

Se suponía que Vicente no conocía a las víctimas. Ni tampoco su esposa, ni la prima que vivía con ellos. Eso me había dicho uno de los muchachos, de acuerdo con lo afirmado de manera preliminar. Ellas habían sido interrogadas porque también tenían relación con el restaurante, pero habían quedado fuera del primer ámbito de la sospecha porque el conserje del edificio había afirmado que ninguna de las dos había salido durante la noche. No había manera de irse del edificio sin pasar por el frente de este hombre. En cambio, Vicente Chiarello había sido visto por última vez abandonando el edificio cerca de las nueve.

Como suele pasarme, la realidad me abofetea cuando ando como un poseso, metido en mis reflexiones. En ese momento casi tropiezo con una niña que venía zigzagueando en la acera, brincando en una sola pierna. El pelo se le movía como una banderilla, de un lado a otro. Escuché un grito cargado de reprimenda que venía de tres metros más lejos de la niña. La madre con cara de regaño la llamó. Había un hombre junto a la mujer, y este resultaba como un imán para la pequeña. Se acercó corriendo a él y le dio un par de jalones al pantalón, para que este le prestara atención. Le dijo algo, él sonrió, y ella volvió a brincar como lo venía haciendo. Esperaba que el papá la viera. Por eso ese comportamiento exagerado, ese movimiento de la cabeza y de las trenzas que danzaban y que me llamaron la atención.

Se me ocurrió que parte de lo que me incomodaba tenía que ver con que en estos crímenes había comportamientos exagerados del asesino, en relación con la cantidad de heridas; era exagerada la sangre, el ensañamiento, los cuerpos con partes casi trituradas. El ataque era extremado, sin duda. Y también lucían desmesuradas, en modo casi de ópera, las palabras de Vicente Chiarello al comparar los cuerpos con «montículos de tierra», y la postura tan curativa de la esposa. ¿Estarían representando un papel para que alguien los viera, como esta niña saltarina? Y ese alguien podría ser yo.



Caminé y crucé la calle. Entré al edificio donde vivían los Chiarello. No usé el ascensor porque su apartamento estaba en el primer piso. Confirmé la idea que me había hecho del interior de esa construcción. Era una muestra de buen gusto, sin estridencias ni adornos anticuados. Blanco, celeste y turquesa eran los colores reinantes en estos nuevos edificios que parecen oficinas. Una palma enana era el único objeto ornamental desde el *lobby* hasta el primer piso.

Toqué la puerta del apartamento número 23 y una mujer muy delgada y con ojeras, con cara de niña mal alimentada, me abrió.

—Soy el inspector Diego Dahbar. Vengo a hablar con el señor Vicente Chiarello.

—Soy su esposa —dijo de manera confusa.

Intenté que no notara mi sorpresa. Entonces, ¿quién era la otra mujer, la que había intentado consolarlo antes?

Detrás apareció Fletcher en mi auxilio.

La verdadera esposa de Chiarello se apartó para que yo pudiera entrar. Lo hizo con movimientos muy lentos, como si fuese una muñeca de cuerda a punto de quedarse sin ella. Entonces vi a la otra mujer, la de la escenita en la escalera, y me pareció mucho más joven. Ella se me acercó y se presentó; era Briseida Vidal, la prima de Eileen Baroja, la esposa de Chiarello. Se hizo dueña de la situación y me condujo a una sala muy espaciosa y llena de costosos objetos de arte. Vino a mi mente como una avalancha, esta otra pregunta: ¿por qué eran dueños de un restaurante tan básico, aunque estuviese en una buena zona de la ciudad, y a la vez tenían este lujo aquí oculto? Me respondí que tal vez era por la cercanía del pequeño local con el apartamento, pero a la vez me dije que eso no era suficiente.

Volver a ver a Vicente Chiarello me sacó de mis cavilaciones.

Él se levantó y me estrechó la mano, como si continuara representando su papel en la obra de teatro. Como si su cabeza estuviese en otra parte, y ese día le hubiese tocado hacer el papel de un personaje poco significativo.

Nos sentamos. Yo lo hice en un cómodo sillón, Fletcher en el sofá, y él en una angulosa silla vienesa, frente a nosotros.

Las dos mujeres se fueron, pero inmediatamente Briseida Vidal dio la vuelta y me preguntó si quería tomar café.

Pensé que era una gran habilidad la que tenían algunas personas para saber lo que las otras necesitábamos.

Le respondí que me encantaría tomarme una gran taza de un café solo, muy cargado.

# CAPÍTULO VIII



Esta vez tengo un propósito mayor. No como las otras veces que he matado. Ahora tengo un objetivo mejor para mí. Y eso era lo que estaba esperando. Llenarme de sentido.

Cuando estaba pensando en eso, lo vi. Al inspector jefe Diego Dahbar. Se veía más alto que como lo imaginaba, después de haberlo observado tantas veces desde lejos, y en las fotos de prensa. Era elegante, sobrio. Supuse que su traje estaba hecho a la medida, y su corbata era de excelente gusto. Me atraía. Y eso me alegró. ¡Sabía que me gustaría mi nuevo y total enemigo!

El inspector caminaba y caminaba por la calle, observándolo todo. Parecía saber hacer muy bien su trabajo, y además había llegado rápido al lugar del crimen, incluso antes que algunos de sus hombres.

Tal vez no durmiera bien. Una vez alguien me dijo que yo debía tener una buena salud mental porque dormía como un lirón, y cuando hacía siesta en la tarde, podía programarme para dormir veinte minutos.

Continuaba embelesada mirando a Dahbar. Me moría por presentarme. Porque amo la virtud acompañada de autoridad; esta última sin la primera me produce una gran rabia. Tanto que fue por ello que cometí mi primer asesinato.

Entonces vi cómo observaba a una niña que se balanceaba cerca de él. Creo que tenía unas ideas confusas en su cabeza y que aquella visión intentaba aclararle algo. Yo sé cómo se siente eso.

## CAPÍTULO IX



—¿Cuántas veces debo decirlo? ¡No sé cómo llegaron esos hombres al Felicia! No sé quiénes son, no sé quién los asesinó, ni quién me ha puesto esta horrible trampa encima —dijo Vicente Chiarello en tono de desesperación.

—Usted pretende convencernos de que llegó a preparar esas pizzas... —afirmó el subinspector Fletcher con unas maneras que incluso a mí me resultaron bastante antipáticas.

—No eran unas *pizzas*, era un *sfincione*. Un plato siciliano de Bagheria, y no lleva tomate —interrumpió, pareciendo resignado a dar detalles sobre su preparación.

Algo dentro de mí, esa parte diletante del cerebro, se había anotado un punto. ¡Claro que yo conocía ese olor, porque yo había probado el *sfincione*! No solo lo había probado, sino que era de los platos preferidos en mi niñez. Mi vecina siciliana, la señora Francesca, me lo preparaba el día de mi cumpleaños, hasta que cumplí siete años. Es sorprendente el poder evocativo de los olores. Ya eso me lo había afirmado mi hermana Mary hacía poco tiempo, casualmente y haciendo referencia a algo que su psiquiatra le había dicho. Acallé ese recuerdo feliz e intenté concentrarme en la gravedad del presente.

—Eso mismo, lo que fuera. Lo hizo con dos muertos en frente, y no los vio en todo ese tiempo —contraatacó Fletcher.

—¡Dios mío! ¿Por qué vuelven y vuelven siempre al mismo punto? Ya les he dicho que en mi local las luces donde ellos estaban permanecen apagadas allá en el salón. Yo estaba en la cocina y no podía verlos. A menos que fuera para allá con alguna intención, y eso no pasó sino hasta casi el amanecer, cuando fui a acomodar la sala y los encontré —dijo Vicente, alterado.

Recordé el lugar donde debía haber estado parado, amasando sobre el mesón. Era cierto que desde allí quedaba como punto ciego el lugar donde estaban los cadáveres, porque yo mismo lo comprobé mirando desde ese sitio.

—¿Es normal que usted se pase toda la noche en la cocina de su restaurante? —preguntó Fletcher poniendo esa expresión de incredulidad que le hace parecer, todavía más, a un lagarto.

La pregunta, sorprendentemente, le hizo gracia a Vicente. Tal vez no pensaba

que su vida fuera «normal», ni estaba interesado en ello. Eso comenzó a mostrarme un poco la verdad sobre ese hombre que necesitaba con desesperación ser un triunfador.

Nos dijo que solía trabajar en la noche. También volvió a insistir en que nunca había visto a las víctimas.

—Pero, como pasa con todo lo que les estoy diciendo, sé que no me creen. Me miran como si fuera un loco asesino, como si me estuvieran vigilando desde hace mucho tiempo y por fin me hubiesen capturado...

Parecía sentirse como si fuese una mosca que acabara de pegarse en la telaraña de los procedimientos psicológicos judiciales, los cuales todos sabemos no siempre son justos. Como si esperáramos que al final del interrogatorio él confesara estos asesinatos, y así poder llegar a nuestras casas y a nuestras vidas, quitándole la suya.

—¿Quién sería tan idiota para acuchillar a dos personas en su propio restaurante? Díganme, eso quiero saber... No se imagina usted lo que he invertido en ese lugar, lo que el Felicia significa para mí. ¿Y por qué yo no tenía ni una gota de sangre encima? ¿Y por qué les llamé inmediatamente? ¿No les parece más lógico suponer que alguien que quiere destruirnos matara a esos hombres allí? —preguntó, retándonos.

—Y díganos usted, ¿cómo piensa que hicieron eso? ¿Y cómo sabía esa persona que, entre las siete y media y las nueve de la noche, que fue la hora en la cual usted llegó a preparar estas *pizzas* sin tomate, no habría nadie, y que además contaría con suficiente tiempo para cometer esa carnicería? —le preguntó Fletcher, implacable.

Vicente Chiarello no supo, o no quiso responder.

—Permítame un momento, señor Chiarello. Necesito que me acompañe al restaurante. No se preocupe, porque ya deben haber retirado los cadáveres —le dije.

Llegamos al Felicia. Le pedí que me llevara hasta la cocina. Una vez allí le pregunté a dónde conducía la puerta que, según había comprobado antes, estaba cerrada.

—Al fondo de la calle. Es la puerta de servicio, por la cual metemos las compras. Es más fácil salir y entrar por allí. Aquí están colgando las llaves.

Yo me lo suponía, pero quería que él lo dijera. Salí y comprobé el acceso desde afuera. Confirmé que con saltar una pequeña cerca se pasaba a un terreno baldío y luego a la calle paralela, a la número veintisiete.

Volví a entrar, satisfecho, y continué el interrogatorio. Le invité a sentarse y

lo hice yo también. Me preguntó si quería café. Le agradecí y le respondí afirmativamente. La verdad era que el que me había tomado en el apartamento me había resultado poco.

—Señor Chiarello, tiene que contarme todo lo que hizo durante la noche. ¿Le he dicho que me acaban de confirmar que el cuchillo tiene sus huellas? —le dije, hablándole de una manera más cercana, como intentando ganarme su confianza.

Solo estábamos nosotros dos, porque Fletcher sabía que ese era mi estilo: primero él presentaría una cara poco amable con los sospechosos, y luego yo intentaría que se les «aflojara» la lengua. Así exactamente describía Braulio Fletcher mis maneras.

—Claro que tenía mis huellas, ¡porque es mío! Solo mi esposa Eileen y yo cocinamos en el restaurante, como ya les he dicho. Ella se ha sentido mal en estos días, y yo me he encargado. Pero, de todas formas, cada uno tiene sus instrumentos de trabajo propios desde antes de conocernos, y cuando nos casamos siguió siendo así. Y ese cuchillo, el que estaba allí dentro de ese hombre, era uno de los míos —me respondió.

—¿Usted entonces sostiene que no conocía a ninguna de las víctimas? —volví a insistirle, intentando escrutarlo, aunque de una manera sutil.

Y él volvió a responderme con la misma negativa, moviendo la cabeza.

Me pareció un sujeto inteligente. Debía de saber que, hasta ahora, él era el único vínculo entre estos dos desconocidos, porque habían aparecido asesinados en su restaurante. Yo podría pensar que él los trajo, y que les clavó veintitrés puñaladas a cada uno por un móvil aún no identificado. Debía también de saber que lo único que le favorecía era que, precisamente, hasta ahora no habíamos descubierto ninguna razón para que él quisiera matar a esas personas. Pero sabía que, por presunción, consideraríamos clave el hecho de que solo él había tenido la oportunidad de matarlos.

Como presintiendo lo que yo estaba pensando, continuó declarando.

—Es cierto que mi nuevo negocio es pequeño, familiar y discreto. Que por el momento solo estamos Eileen y yo. Y Briseida, que desde que llegó, hace año y medio, nos echa una mano en lo que puede. Fue imprescindible su apoyo cuando tuvimos que cerrar El Rosario, nuestro primer restaurante. Quedaba en la mejor zona de la ciudad, pasando el río. Eso fue doloroso, y lo sigue siendo porque cargamos a rastras el estigma... porque hubo personas que enfermaron y casi murieron, y aún no entendemos por qué pasó eso. Pero ¿qué necesidad tenemos nosotros...?, ¿para qué vamos a matar a dos personas en nuestro restaurante? —terminó diciendo, como a punto de derrumbarse.

—Dígame, señor Chiarello, ¿cuántas personas tienen llave para entrar a este lugar? —le pregunté.

—Ya se los he dicho un millón de veces. Solo nosotros.

—¿Usted a quiénes se refiere cuando dice «nosotros»? —le pregunté con calma.

—Mi esposa, Brise... Briseida, quiero decir, y yo. Apenas vamos comenzando con este restaurante y vamos paso a paso.

—Bien, señor Chiarello, cuénteme todo lo que hizo anoche, intentando no omitir nada.

—Una y otra vez me he repetido a mí mismo lo que hice. Todavía lo hago para ver si me olvido de algo. Yo había salido a eso de las ocho de la noche a buscar el *caciocavallo* y un poco más de *primosale*.

Yo asentí, porque exactamente esos quesos son los necesarios para preparar el *sfincione*. Sentí el impulso de hablarle de ello, pero lo rechacé de plano, y él continuó sin que yo lo interrumpiera.

—Eso, en teoría, fue una contrariedad, porque estaba seguro de que aún teníamos en reserva, pero no los encontré. Volví a casa unos cuarenta minutos después. Nuestra casa se encuentra frente al restaurante, como ya sabe. Me fumé un cigarro en la entrada del edificio, preocupado por la situación del negocio, y luego me dispuse a llevarle los quesos a Eileen porque me había dicho que esa noche vendría ella a cocinar aquí. Cuando entré en casa, toqué a la puerta de la habitación y no obtuve respuesta. Pensé que se había quedado dormida, una vez más. Últimamente no se ha estado sintiendo bien y cierra con llave la puerta.

Supe que le costó decir eso. Noté una expresión de dolor en su cara. De un dolor infantil, como cuando uno no entiende algo muy terrible, o se resiste a entenderlo.

—Eileen ha estado un poco deprimida —confesó.

—Entiendo. Esa es una situación seria. Sobre todo para quienes acompañamos. El ánimo depresivo termina extendiéndose, colonizando todos los espacios de una casa —le dije.

Yo también estaba siendo sincero, porque recordaba lo sucedido a Mary; la horrible sala del hospital y sus muñecas heridas. No podía entrar en esas profundidades en ese momento, y me sacudí mis propios tormentos.

Él continuó revelándose con creciente confianza.

—Es cierto. A veces creo que los muebles, los jarrones, las alfombras, los cristales, y hasta las molduras del techo parecen estar sufriendo en casa —dijo desahogándose.

—Algunas veces —continuó— me consuelo diciéndome que son cosas que pueden pasarle a cualquiera. Pero me duele verla así, tan apagada, tan desprendida de esa genialidad apasionante que antes tenía al cocinar. En mi recuerdo aparece esa imagen de Eileen tomando vino, riendo por cualquier cosa y preparando sus alcachofas. Nos casamos con apenas tres meses de noviazgo. Pero la de ahora no es mi esposa. Es una «impostora», que solo duerme y llora por los rincones, y se queda inmóvil frente a todos como un árbol muerto.

Levanté las cejas. No estaba acostumbrado a que la gente se explayara conmigo, contando asuntos personales tan de buenas a primeras. Es lo que busco, y lograrlo forma parte de las habilidades de investigación, pero tenía la impresión de que Vicente estaba logrando imponer un récord de soltura temprana, ante un completo extraño que además era policía. Algo no estaba bien en la esencia de estas revelaciones que él me hacía. ¿Estaría exagerando con alguna pretensión en particular? Era posible, y entonces me aventuré a cambiar de tema para tomar en cuenta el camino al que él reorientara la conversación.

—¿No quiere fumarse un cigarro? No crea que soy un insensible ante los hechos. Entiendo que esto que ha sucedido en su restaurante lo tenga nervioso. Puede fumar si lo desea. No me molesta. Quiero aclararle que no soy su enemigo. A menos que sea usted el responsable de estas muertes, con lo cual voy a convertirme en su más feroz cazador. No me malentienda. Hasta ahora, no puedo excluirlo como sospechoso, pero tampoco voy a apresarlo en este momento. Es usted una «persona de interés» para nosotros, pero no estoy seguro de su culpabilidad.

Cuando le dije esto último, vi cómo los músculos de su cuello se pusieron tensos. Como si toda la narrativa que le estaba exponiendo estuviese surtiendo el efecto deseado, menos el final.... Fue lo de «algo que ocultar». Me pareció ver un cambio en su actitud cuando dije eso. Luego volvió a retomar cierto control, y sacó un cigarro de su bolsillo y una caja de cerillas. Estas tenían el mismo gato, el del anuncio del bar. Era lógico. Teniendo ese lugar cerca, era normal que alguna noche hubiese ido a parar allí. Lo que me estaba preguntando era si había ido acompañado de su esposa, que parecía más un espectro que una mujer de carne y hueso, o de la prima de esta. Tal vez Vicente se había casado por el dinero y la posición de ella. Aunque por sus ademanes y su vocabulario, podía darme cuenta de que no era de una posición social tan distante a la de ella. En ese sentido, no había grandes diferencias. Continué escuchándolo.

—Además, están esas noticias que han salido en prensa y que han exagerado los inconvenientes que hemos tenido con algunos comensales, que nos hicieron

cerrar nuestro primer restaurante, y que están mermando nuestra imagen. Ese cúmulo de preocupaciones que tenía anoche, ahora luce minúsculo, en medio de esta sensación de desahucio, producto de estos espeluznantes asesinatos aquí en el comedor del Felicia. Ahora no solo dirán que intoxicamos a la gente con nuestra comida, sino que también matamos personas. Esto es el fin —me dijo con resignación.

Me vi en la necesidad de contradecirlo.

—Señor Chiarello, el fin no existe. Al menos no ese que usted describe, como el último eslabón de una cadena de contrariedades. He conocido toda clase de gente en mi profesión. Y estoy convencido de que un día muchos se creen acabados, y al otro día andan por allí, haciendo lo que han hecho siempre. El único fin que existe, a mi entender, es la muerte. Para estos hombres que aquí murieron, todo acabó. Y entonces le aseguro que personalmente voy a encargarme de capturar al asesino. Voy a poner todo mi empeño en eso —afirmé.

Me pareció ver una veta de terror en sus ojos. Vicente temía algo de mí. Sacudió la ceniza del cigarro en un vaso que aproximó en silencio, y luego continuó hablando con palabras mezcladas en el humo.

—El asunto era que anoche me iba corresponder a mí preparar el *sfincione*. Eso no me molestó. Era mejor salir de casa. Entonces bajé las escaleras y me dirigí aquí. Fue cuando vi una sombra, nunca su cara. Era una silueta que ahora se burla de mí, en medio de este recuerdo. Repaso aquel movimiento negro que cabalgaba sobre la calle, luego de la rectitud de la escalinata. Me detuve, y pegué la espalda a la pared de la esquina para no tener que hablar con esa sombra, no fuera a ser alguien conocido que viniera a preguntar por Eileen, o un periodista entrometido que quisiera saber algo sobre aquel escándalo.

Vicente dejó de hablar y miró hacia abajo, y pareció estar afinando la memoria en torno a esa sombra, que según él se perdió.

—Pensé que quien fuera, tal vez solo venía saliendo del bar vecino, con algún apuro. No tenía por qué haberse dirigido aquí, y menos a esa hora, me dije. Me sentí culpable de cargar conmigo una especie de egocentrismo tan estresante.

Egocéntrico era una buena definición para él. Vino a mi mente la imagen del cuchillo pegado a la espalda de la víctima. Sin duda, esa firma simbólica del asesino era también muestra de un retorcido individualismo que pretendía cierta fama. Entonces, por primera vez, pensé que este asesino egocéntrico había matado antes. ¿Y si fuera un sujeto no solo inteligente, sino muy confiado en sus habilidades?, me pregunté. Era como si esa prefiguración que me hacía de este asesino fuera el espejo donde veía mi propio reflejo. Claro que yo consideraba



que era mi antítesis, pero no por ello debía ser menos hábil que yo. Tal vez, en el futuro, deba profundizar en estas primeras alarmas que no sé de dónde salen, pero que en este caso, por ejemplo, me alertaban cosas que he debido atender para que no hubiese muerto más gente inocente.

Vicente continuaba hablándome.

—Seguí mi camino. Entré aquí. No miré el salón. Vine directo a la cocina. Me puse a trabajar en el pan del *sfincione*, pensando que Eileen tenía que mejorarse pronto, porque hasta había dejado la puerta del local abierta. Y me quedé aquí, cocinando toda la noche, en mi vicio, en mi locura, totalmente inmerso en esta infame fascinación. Porque aquí liquidó el miedo a fracasar. Pero no podía imaginarme que afuera estaban esperándome esos dos sangrientos cadáveres.

—Sabe que yo he probado el *sfincione*. Es una preparación que no tiene comparación. Ningún sabor se le parece, y es inaudito que pocas personas lo conozcan.

Di en el clavo. Había guardado mi mejor arma para ese momento. Reaccionó como esperaba.

—¡No puedo creerlo! Eso es lo que yo digo y por eso lo hemos incluido en el menú de este lugar. Estoy seguro de que se hará célebre en la ciudad completa, ahora que nuevas cosas son valoradas. Entonces, no tengo más remedio que darle a probar el que preparé ayer. Puede llevarse un pedazo si no quiere comerlo de una vez. Aunque yo pienso que para el *sfincione* no hay hora reglamentaria de consumo —me dijo emocionado.

—Me gustaría mucho probarlo. Me haría usted evocar días que ya parecían haber desaparecido de mi memoria. Y sabe, yo también cocino. Intento hacerlo bien. Pero estoy seguro de que debe usted ser mucho mejor que yo —le respondí.

Acto seguido, se levantó y se dirigió a la repisa de madera, y agarró una bandeja rectangular de tamaño considerable, cubierta con papel plata. La puso sobre el mesón, la descubrió y miró como cuando un artista contempla su creación. Se dirigió hacia el estuche de los cuchillos y entonces allí la realidad volvió a caerle encima.

Reconocí la rigidez de sus músculos, porque quedó como congelado en medio de lo que de ahora en adelante significarían esos cuchillos. Sin embargo, creo que tomó conciencia de que tenía que disimular frente a mí. Después de todo, yo, aunque disfrazado de un amigo cercano, seguía siendo el inspector jefe del Departamento de Homicidios de la Policía Judicial de Altamira, y tal como le

había revelado, en caso de que él fuera culpable, era yo el que iba a atraparlo.

Continuó avanzando.

—Supongo que ya puedo utilizar mis cuchillos...

—Supone bien. Los muchachos han tomado las huellas y han medido las heridas, y han descartado que alguno de ellos haya sido utilizado para asesinar a las víctimas. Esos están limpios.

Entonces se hizo un silencio agudo. Como si los cuchillos se hubiesen hecho protagonistas en aquel momento. Pero Vicente mostró una rápida recuperación. Tomó con destreza el cuchillo dentado, reconociendo casi mecánicamente que era el cuarto en el orden que guardaba el estuche, y cortó una generosa porción de aquel subvalorado manjar.

Sacó un plato pequeño de una gaveta, puso el pedazo de *sfincione* sobre él y me lo ofreció con orgullo. Luego se sentó para no perderse mi reacción al probarlo. Lo mismo hacía mi vecina Francesca.

Le di un gran mordisco y cerré los ojos al hacerlo. No quería contaminar el recuerdo, porque aún no descartaba que no estuviese comiendo algo preparado por un asesino, o un cómplice de asesinato. Intenté apartarme del resto de mi vida, para saborearlo mejor. Me sentí tan cerca de Vicente que casi lo exoneré de todo.

Él me miró satisfecho.

—Dígame algo en relación con los cuchillos. ¿Siempre permanecen allí a la vista de todos...?

—Inspector, usted no descansa —replicó defraudado—, y vuelve siempre al ataque. Primero dígame si le ha gustado.

—Lo sabe. Sabe que me ha parecido tan bueno o mejor que el que recordaba. Me lo preparaban en mi cumpleaños, la vecina que era de Bagheria, y que sentía un inusual afecto por mí. Tal vez porque le expresaba sin reparos cuánto me gustaba su comida. O porque, en general, le resultaba simpático que anduviera por allí preguntando todo y queriendo entrometerme —le respondí.

—Los cuchillos siempre permanecen allí. Aunque normalmente envuelvo la parte de la izquierda, porque el estuche de Eileen, que es aquel que está allá, es igual a ese. Claro que ella sabe cuáles son los suyos y yo reconozco cuáles son los míos, pero es una manía que intento preservar, la de dejarle envuelta de una manera diferente la funda. Tal vez esa manía me quedó de cuando trabajábamos allá en El Rosario, porque había más gente en la cocina que era mucho más grande que esta...

Otra vez noté un espeso resentimiento en él. Pudo ser la mención a El

Rosario o a su esposa Eileen.

Este hombre era una tabla en medio del océano, al capricho de las mareas. Me pregunté si siempre habría sido así.

Tomé el último pedazo de pan y acabé con el último sorbo de café. Me quedé mirando a Vicente, para finalizar mi evaluación preliminar de él. Además de inteligente, también parecía una víctima consciente. Como si sintiera que estuviese cayendo en un foso diseñado a su medida. Si era culpable, estaba ejecutando una actuación de alta factura en ese momento. Una cosa es aparentar abatimiento en la calle y en la escalera, junto a la prima de su esposa, sabiendo que habría miradas de curiosos madrugadores de los que están a la expectativa de un hecho noticioso, como lo es un crimen sangriento. Y otra diferente es mantener esa actuación frente a mí.

Llegó Fletcher, quien tenía una enorme capacidad para medir el tiempo que yo necesitaba para culminar mis acostumbradas conversaciones íntimas con los sospechosos. Entonces dijo lo esperado en estos casos. Le pidió a Vicente que lo acompañara al Departamento. Le aclaró que no estaba detenido, pero que tenía que irse con él, y que, por supuesto, debía mantener el restaurante cerrado hasta que le informásemos.

# CAPÍTULO X



*¡Estaba feliz! Dahbar me había conocido, al fin.*

*Adoraba mi plan, que era genial, y que en él entrara el inspector era todavía mejor. Pensé que iba a divertirme.*

*Un poco más tarde lo volví a ver, saliendo del Felicia. Lo vi detenerse frente al restaurante y mirar a todos lados, y luego cruzar la calle.*

*¿Qué estaría pensando? Me hubiese encantado estar dentro de su cabeza. Aunque yo también he sabido desplegar un razonamiento policial, siempre uno se enriquece con la lógica de otras personas inteligentes. Los otros oficiales que estaban allí eran aburridos, hacían lo estandarizado y nada extraordinario. Conducían preguntas descorazonadas en medio de bostezos disimulados. Pero Dahbar no era así, miraba a todos lados como un águila, intentando descubrir mi identidad.*

*Se dirigió al quiosco de periódicos y habló con el reprimido roedor, le preguntó algo y luego fue al bar. Eso no me gustó. Tuve la intuición de que de allí podría desprenderse un punto débil en mi plan, porque allí estaba esa mujer averiguadora. En ese momento no tenía ninguna razón para creer que ella podría decir algo contraproducente para mí, pero de todas formas no me gustaba que Dahbar entrara en el bar. Lo del muchacho que trabajaba allí era diferente. Eso sí lo había contemplado con detalle. Bebí el último trago de café y esperé con paciencia felina por los nuevos movimientos de Diego Dahbar.*

# CAPÍTULO XI



Salimos del Felicia, donde aún se encontraban algunos muchachos que terminaban el registro del salón. Hice hincapié en la búsqueda de las dos copas de agua que faltaban en la mesa, donde habían asesinado a los hombres. Incluso les pedí que revisaran la basura.

Fletcher se llevó a Vicente. Él, al entrar en el vehículo, me miró como si yo lo hubiese traicionado. Como si la excesiva sinceridad que había desatado conmigo hubiese sido burlada. Creo que esa reacción era comprensible.

Recordé, sin quererlo, a la niña que más temprano había visto y sus movimientos desmedidos. Estaba seguro de que ese recuerdo significaba una cosa importante, aunque no podía verla con claridad. A veces uno entiende algo, aunque no por completo. Pero cuando eso comienza a pasar, es cuestión de tiempo lograr completarlo. En el fondo, sabía que me estaba enfrentando a un asesino muy inteligente y peligroso. Yo apenas comenzaba a intuir su embrujo y su poder.

Además, las uñas sucias de los cadáveres junto a la ropa nueva, y esa puerta de atrás en la cocina, eran piezas que no encajaban con la tesis de la culpabilidad de Vicente Chiarello. Sí podía ser él, pero simulando ser mucho más básico de lo que sería realmente. Como esas heridas que pretendían lucir grotescas y desaforadas, pero que me dejaban la sensación de un asesinato estilizado. Yo tenía la seguridad de que los muchachos de las huellas no iban a encontrar nada, ni en el comedor ni en la cocina, que nos condujera fácilmente a la identidad del astuto asesino. Confiaba en que Nicolás pudiera decirme algo valioso luego de practicar la autopsia.

Necesitaba pensar en las víctimas. No eran de allí, y si daba por ciertas las palabras de Vicente, tampoco eran clientes del Felicia.

Crucé la calle y miré el frente del restaurante y el anuncio del bar de denominación felina. Había gente curiosa rondando el local. No tardaría en aparecer la prensa. Me extrañaba que no hubiese llegado aún.

Pensé que era una pena que a los perros entrenados solo les enseñaran el rastreo inductivo; les dan una pieza de ropa y ellos, siguiendo el rastro, buscan los cadáveres. Aquí teníamos los cadáveres, y lo que queríamos era saber cómo

habían llegado, cómo seguir su rastro, pero anterior y en vida...

Se me ocurrió que tal vez el rastro de al menos uno de ellos llegara hasta allí, justo en frente del Felicia, de la breve escalinata. Lo imaginé bajando de un taxi, al menos a uno de ellos. Era una probabilidad. El que contaba con la ropa nueva... pudo querer exhibirse llegando de otra manera.

Le hice señas a uno de los muchachos que había salido del Felicia. Resultó ser uno de los de mayor confianza de Galeano. Le encargué que averiguara específicamente si alguien había visto bajar a un sujeto de un taxi entre las siete y las ocho de la noche.

Pensé que también estaba la boca del metro, lo cual significaría una mayor complicación para rastrear el itinerario de las víctimas. Pero me aferré a la idea del taxi.

Vi un puesto de revistas que estaba apenas desperezándose. Recordé que la gente que los atiende se comporta como policías de cuadra; miran todo lo que sucede y se atribuyen autoridad en relación con el orden público del espacio que abarcan en su campo visual. Me acerqué.

—Buenos días —saludé.

—Dígame —me respondió una voz que salió de dentro de un cúmulo de periódicos.

Era un hombre enjuto y con cara de halcón. Un hombre con las facciones típicas que al famoso criminólogo Lombroso le hubiesen resultado sospechosas.

—Soy del Departamento de Homicidios. ¿A qué hora cerró usted anoche?

—A las nueve de la noche, como siempre —respondió con tono de desconfianza.

—¿Usted vio algún taxi dejar a uno o dos pasajeros frente al restaurante Felicia?

—No me fijé en eso. No tengo por norma fijarme en esas cosas —mintió.

Le di las gracias y me volteé para irme. Entonces me dijo algo más.

—Oiga, agente, pregúntele a Malena. La señora que limpia en el bar. Ella lo ve todo —dijo el hombre con malicia.

Podía hacerme una idea de cómo era la tal Malena. Supuse que ya los muchachos habrían tomado las respectivas declaraciones de los vecinos del lugar. Pero tanto el testigo abordado como los propios oficiales podían haber pasado por alto el que un taxi dejara a un pasajero en esa calle. Eso sería algo bastante normal en la zona.

## CAPÍTULO XII



*Mi relación con el inspector empezó mucho antes, aunque él no lo sabía. Cuando he dicho que uno debe estudiar con inteligencia, y caracterizar a la gente para cometer asesinatos perfectos, y que uno tiene que contar con las personas adecuadas para tales fines, me refería no solo a la calle del Felicia, sino a sucesos futuros que iban a tener lugar luego del hallazgo del restaurante. Y una pieza clave de ese futuro era el inspector de homicidios que se encargaría del caso. A eso también me refería cuando hablaba de reconocer cabalmente el terreno donde se actúa.*

*Había hecho una investigación anterior sobre Diego Dahbar y también de su Departamento de Homicidios. Y sabía que un caso como el que yo había propiciado caería en sus manos. No solo porque entraba en su jurisdicción, sino por su alta capacidad para resolver crímenes sucedidos en zonas importantes, que a su vez involucraran a personas importantes, y que pudieran parecer llamativos a la opinión pública. Confié en eso una vez que hube revisado la hemeroteca del periódico, y que había conocido el récord positivo del inspector. Lo designaban a los casos más extraños de esta ciudad.*

*Sabía que el inspector iba a ser mi propio Robert Peel, mi Richard Mayne y hasta mi Sherlock Holmes particular. Que tenía todos los atributos de los primeros investigadores secretos, de los primeros superintendentes en los orígenes de Scotland Yard, mezclando aspectos de supremacía policial y a la vez los relativos a la astucia particular de los detectives privados.*

*Yo tenía todas las habilidades de los más brillantes criminales, y por eso sería una valerosa enemiga para él, como una femme fatale de las que aparecen en los cómics. Ya casi podía sentirme como Barbara Stanwyck en la película Perdición, donde hizo lo que quiso con Walter Neff. Aunque claro que en este caso no aspiraba a esa tensión sexual entre nosotros, sino a mi total dominio sobre él. Más allá del placer que eso me produjera, necesitaba conducir, de forma indirecta, la investigación sobre los asesinatos del Felicia. Hacerlo desde la penumbra, manipulando a Dahbar. Y como sabía que el destino al final me sonreiría, había tomado las previsiones que me permitieran la observación previa de mi más íntimo enemigo.*

*Había encontrado un bonito parquecito, más bien una placita, situada de manera estratégica, cerca de la ventana de su oficina. Y había seleccionado uno de los bancos como mi lugar de vigilancia. Desde allí podría verlo moverse en su espacio; entrar y salir; tomar el teléfono; escribir en la pizarra, aunque no pudiera ver lo que escribía ni siquiera con unos prismáticos. Era bastante adecuado mi puesto de vigilia. Además, cerca se ubicaba una pastelería que no había tenido la fortuna de conocer y que preparaba unos bocadillos árabes increíbles. Algunas mañanas permanecí por horas, haciendo que leía el periódico, sentada en el banco y mirando con paciencia a la ventana de Dahbar. Ya conocía sus rutinas laborales diarias, y también intuía que no tenía ningún espacio de vida que no estuviese colonizado por ellas. A excepción de la relación que mantenía con Mary, su hermana menor.*

*Dahbar salió complacido del bar. Lo presentí.*



## CAPÍTULO XIII



Volví a cruzar la calle y toqué la puerta del bar.

Un muchacho de ojos saltones abrió.

—Soy el inspector Diego Dahbar de la Policía.

—Otro más. Aunque usted seguro es el jefe, porque es mayor. Yo soy Daniel. Le respondí, sonriendo, que era algo así.

—Dígame, ¿ya la detuvieron?

—¿A quién? —pregunté.

El chico me dejó pasar y cerró la puerta con ese ruido antipático que hacen las puertas que nadie cuida.

—A la dueña de ese lugar. A la que mira por encima del hombro. A la señora Eileen. Todos sabemos que está loca.

—¿Y cómo lo saben?

—Porque se nota de lejos. Vicente no. Él es distinto. Conmigo es muy amigable, y cocina increíble.

—¿Has probado algo que él prepare? —le pregunté.

—¡Claro! Nos invitó cuando abrió el Felicia. Nos invitó a todos. Y ella se molestó. Yo los oí pelear, pero no dije nada. Allá ella y sus ínfulas que de nada le han servido. A mí, Vicente siempre me ha tratado bien y Briseida también. Ellos saben que yo me encargo de abrir el bar, y bueno, los de aquí tampoco son tan amables conmigo...

—Entonces es un buen amigo, tu vecino —enfaticé.

—Bastante, al menos más de lo que cualquier otro sería.

—¿Y tú estás solo ahora? —le pregunté.

Pasé la mirada rápidamente por el recinto. Me formé una idea clara del lugar. Un servicio que posiblemente arrancará hacia las cuatro de la tarde, para servir alguna tanda de café, seguida de un gran número de jarras de cerveza, que luego se acompañarían de escocés y de nuevos combinados que estaban de moda, que no eran otra cosa que los mismos cocteles que desde hace muchos años comenzaron a servirse en algún bar veneciano o parisino. También supuse que este muchacho vivía en un cuartico detrás, y que a quienes había calificado de escasos en amabilidad le pagaban el cuidado de las horas bajas del bar con algo de

comida, dándole derecho a usar el cuarto, y con algunas monedas. Miré la barra y tuve esa sensación de que los alegres bares se convierten en lugares tristes de día, como si esperaran desnudos a que llegara la noche. Algo parecido me han dicho sobre Las Vegas. Sentí un olor a bergamota. Pensé que la madera diurna, algunas veces, remeda fragancias que toma prestadas a la oscuridad.

—No. Está la señora Malena.

—Quisiera hablar con ella.

—¿Y para qué quiere hablar con Malena? Ahora andará por allí. ¿Quiere que la busque? Pero ¿no quiere tomar algo? —me dijo con picardía—. Mire que, si quiere hacerlo, es mejor que sea antes de que ella venga. Porque después va y le dice a los dueños. Y esos sí en verdad que tienen malas pulgas —completó.

Era un chico simpático. Bastante despierto y sabía entablar conversación para hacerse de aliados. Eso no necesariamente resultaba en algo positivo; porque los grandes mafiosos también comenzaban con esas predisposiciones. Sin embargo, me resultó agradable.

—¿Pasas aquí todo el tiempo?

—Eso cree el dueño. Pero a veces salgo escondido, para distraerme. No hay tanto trabajo a esta hora, porque los proveedores vienen más tarde.

—¿Y en la noche? —quise saber.

—En la noche ayudo a reponer el hielo, las gaseosas y a traer las botellas, y estoy muy ocupado —dijo dándose importancia, mucha más de la que debían de tener en realidad las «hazañas nocturnas» que estaba dispuesto a narrar.

—Entonces búscame a la señora Malena. Y gracias por el ofrecimiento y la charla —le dije.

El chico me miró extrañado, luego movió los hombros y me dijo que no había sido nada. Se fue, abriendo una puerta que estaba siendo devorada por el constante uso.

Apareció una mujer de aspecto descuidado. Caminó hasta donde yo estaba.

—Buenos días, señora Malena. Mucho gusto en conocerla. Soy Diego Dahbar, de la Policía. Le he pedido a Daniel que la busque porque necesito preguntarle algo. No ocuparé mucho de su tiempo, porque veo que está muy atareada. Mantener este lugar en buen estado debe de darle un gran trabajo.

—Y que lo diga usted... y así y todo se quejan.

—¿Quiénes? —le pregunté para ganarme su confianza.

—Sobre todo la «señorita», la nueva novia del señor. Como es bailarina y él bebe los aires por ella, entonces cree que puede abusar...

Le sonreí y le pedí que se sentara conmigo a conversar.

Se sorprendió ante mi petición. Nos sentamos en una mesa pequeña y circular que estaba cerca del mostrador.

Le pregunté si quería tomar algo, haciendo alarde de una necesaria galantería para lograr mis fines. Con el tiempo, uno se hace un maestro en la manipulación. La estrategia dio justo en el blanco.

—No se preocupe. Casi nunca tomo nada —me dijo, visiblemente agradada. Entonces ya era el momento para preguntarle lo que quería saber.

—¿Usted anoche estuvo trabajando aquí en el bar?

—Claro, inspector. No me voy sino hasta las diez —me dijo.

—Quisiera saber si vio a alguien dirigirse al restaurante Felicia a eso de las ocho, tal vez un poco antes.

—Ese restaurante no está abierto de noche. Cierran antes de las seis. Allí todo es raro. Y esa mujer es la más rara. No me gusta cómo mira a la gente. Una vez no aguanté y se lo dije. Y fue peor porque me vio de una manera grosera, y yo diría que hasta peligrosa. No sé, pero ella tiene algo malo en la sangre. ¿Usted me entiende?

—La entiendo, porque uno nota esas cosas —mentí sin ningún escrúpulo.

—Y además vienen de otro restaurante donde casi envenenan a unas personas, y hasta dicen que uno de ellos se murió. Y ahora esto. —Movié la cabeza y torció la

boca—. Lo de que mataron allí a unos hombres... Bueno, por eso está usted aquí.

—Señora Malena, ¿está usted segura de que no vio a nadie llegar en un taxi, y en lugar de dirigirse hacia aquí, tomara la escalerita y subiera al Felicia?

—Nadie más que el borracho. Nadie, señor inspector —dijo golpeando la mesita y luego pasando la mano sobre los mechones de pelo que saltaron en su cabeza.

—¿Cuál borracho? —pregunté ansioso.

—¿Por qué? ¿Es importante? No me diga que es uno de los muertos. Un borracho que bajó de un taxi de esos elegantes, pero él no era un caballero, y lo recuerdo porque me extrañó que doblara hacia allá en lugar de venir aquí directo. Yo creo que la gente que viene para acá es gente que está dispuesta a gastar a cántaros dinero que no tiene. No sé si me explico. Es como si estar aquí los hiciera diferentes a lo que son, aunque fuera por unas horas.

—¿Y lo vio entrar en el Felicia? —le pregunté, intentando domesticar mi emoción y sin prestarle atención a su filosofía de los consumidores en el bar.

—No. No me fijo en lo que no es de mi incumbencia. Pero sí estoy segura de

que tocó a la puerta. No le di importancia a eso, ni lo dije a sus subordinados, porque la verdad es que lo olvidé. Creo que imaginé que quedó allí confundido, tocando la puerta y después se fue a la otra calle, más abajo, la que tiene bares más baratos. De todas formas, un borracho menos aquí es mejor para este lugar. Es preferible los que aparentan ser de mundo y toman gaseosas a los que se quedan embriagándose y después hay que pedir ayuda para sacarlos.

—¿Recuerda usted cómo iba vestido? —le pregunté ansioso.

—No sé por qué le interesa tanto. Qué más vale un pobre borracho disfrazado, un borracho más o menos. Era un traje que se veía fino, pero pudo no serlo. No lo vi de cerca.

—¿Por qué dice que estaba disfrazado? —quise saber, maravillado de ese señalamiento.

—Porque no era un caballero. Estaba alardeando. Y cuando se bajó del taxi, tiró un escupitajo cerca de unas personas que pasaban. Un caballero elegante no hace eso. Y se tambaleaba de un lugar a otro, como una cuba. No sé explicarle mejor

—me dijo, fingiendo estar apenada.

—No se preocupe. La entiendo perfectamente.

Me había anotado un punto. Al menos sabía cómo había llegado hasta allí una de las víctimas.

# CAPÍTULO XIV



*Debí matar a esa mujer antes, me dije.*

*Me hubiese resultado fácil porque ella tomaba el metro todas las mañanas muy temprano, a dos estaciones de allí, y a esa hora el lugar estaba casi vacío. Yo la había seguido un par de veces. Había seguido a todos los que podrían hacer aparición esa noche, de una u otra manera. No es por alardear de mis capacidades, pero soy buena en mi oficio. Dahbar también lo era.*

*Ya me enteraría qué había obtenido de esa visita al bar...*

## CAPÍTULO XV



Llegué al Departamento de Policía. Le pedí a Fletcher que se encargara de ordenar a alguno de los oficiales que se comunicara con las líneas de taxis que, pensaba, entraban en la definición de lo que Malena podría considerar «elegantes». Eran tres. Esperaba que este camino me condujera a algo. También esperaba el informe de Galeano sobre los empleados del Felicia, que aunque no estuvieran allí en el momento del crimen, y no tuvieran las llaves del lugar, había que considerar.

—¿Volverás a hablar con Vicente Chiarello? Lo tenemos aquí. Le hemos tomado declaración formal. También a la esposa, y a la prima de esta. Y a los vecinos.

—¿Él ha dicho algo más? —pregunté mientras me quitaba el saco.

—Nada diferente —me respondió Fletcher.

Entonces, me voltéé y escribí en mi pizarra: ¿Quién tenía las llaves o pudo haberlas copiado? ¿Quién ganaba algo?

Estuve unos minutos pensando. Después salí con Fletcher. Nos dirigimos al salón de interrogatorio, el que ahora contaba con un vidrio ciego.

Cuando Vicente me vio, me atacó con una mirada rabiosa.

—Como no tienen a nadie más, me culparán a mí. Hasta que alguien aparezca, y si no aparece, entonces pagaré yo por algo que no hice. Ni siquiera he traído un abogado. ¿Para qué iba a matar a esos hombres? ¿Qué gano con eso, si ni si quiera sé quiénes eran?

—¿Usted está de acuerdo en que algunas veces matar a alguien significa una ganancia personal? —le pregunté intentando distraer su ataque de ira.

—Por supuesto. Y usted también. No sé por qué me hace esa pregunta tan tonta. Ustedes deben estar cansados de atrapar gente que mata por dinero, por celos, o por venganza.

Permanecí mirándolo, sin decir nada, y suspiré. Lo hice porque me temía que últimamente nos enfrentábamos a motivos para asesinar mucho más complejos que los que él describía. Recordé el caso que más me había afectado en época reciente, el de los colegiales que mataron a una muchacha de trece años, y cuando les preguntaron por qué lo habían hecho, respondieron que «no tenían ni

puñetera idea».

Vicente, además de visceral, me seguía dando la impresión de ser un hombre con consciencia de atrapado.

Le pedí que me contara, una vez más, lo que había hecho, aunque sabía que sus ojos iban a destilar una mordiente obstinación, y creo que estoy dispuesto a asegurar que hasta llevaba razón al hacerlo.

Me quedé escuchándolo un buen rato. Ya tenía una idea bastante clara de cómo era Vicente Chiarello. Pensé que debía leer las declaraciones de las dos mujeres que también tenían acceso al Felicia, su esposa y la prima de esta, porque todavía no lo había hecho y tal vez allí encontrase algo revelador. Aunque era cierto que los muchachos las habían descartado como sospechosas hasta ahora, porque a pesar de que no tenían coartadas, ninguna habría podido salir del apartamento sin ser vistas.

Volví a mi oficina cuando terminé con él.

Anoté dos veces la palabra desconocido, seguido de los símbolos «x» e «y».

Me paré en la puerta y le pedí a Galeano que trajera a Sánchez. Él levantó la cabeza como lo haría una gacela y fue a buscarlo dando grandes zancadas.

El asunto de la sombra que había dicho Vicente, si fuese verdad, significaría que...

El *ring* del teléfono me hizo interrumpirme y brincar, porque ese aparato nuevo hacía un ruido endemoniado.

—¿Quién? —exclamé asombrado—. Tráelo hasta aquí, por favor.

¿Qué me vendría a decir ese muchacho Daniel?

Esperé unos minutos y lo vi llegar. Se veía cierta contrariedad en su cara. Todavía recuerdo sus palabras. Que no podía seguirse callando, que había algo que se llamaba traición y que eso era lo peor del mundo, que él podía ser lo que fuera, menos un cochino traidor, y que, aunque todo el mundo se enterara de su negocio, no podía seguirse callando.

Lo que me reveló Daniel fue muy útil para la investigación. Resulta que él había iniciado un negocio de venta de botellas de licor adulteradas. Cuando se quedaba solo en el bar, extraía parcialmente el contenido de las botellas de brandy, con una «técnica perfecta que había desarrollado», y luego las completaba con agua. Lo que sacaba lo depositaba en unas botellas pequeñas, que luego entregaba a su socio (otro muchacho llamado Javier) para que este las vendiera por allí.

Las ganancias las repartían en partes iguales. Este «bonito» negocio fue la causa por la cual Daniel salía a las afueras de El Gato Blanco cuando había más

movimiento en el local, para que nadie se fijara en lo que hacía. Todos los viernes, a las nueve de la noche, hacía la entrega de la «mercancía». Haciendo eso, su cómplice Javier y él, vieron a una mujer que bajaba la escalinata del Felicia. Una mujer con un abrigo a quien no pudieron verle la cara. Pero lo más importante fue que los dos se fijaron en la pierna manchada de un líquido oscuro, que en ese momento les pareció negro, pero que con lo sucedido había caído en la cuenta de que era sangre. No me dijo nada cuando fui al bar por miedo a que se descubriera su secreto. Pero luego le dijeron en la calle que se habían llevado detenido a Vicente, y no era justo que él pagara por algo que no hizo. No podía traicionarlo, porque este siempre le había tratado con respeto. Y «ya sabe, inspector, que el respeto es lo único que uno tiene».

Sin duda, el chico era un aspirante para ingresar en la universidad de la mafia. Había comprado los mismos dudosos argumentos de esas organizaciones criminales: el «respeto» y el espanto ante «las traiciones». Aquel vocabulario y esas ínfulas de superioridad moral lucen hipócritas cuando al mismo tiempo se estafa al dueño del bar que le da cobijo y comida. Pero así es la lógica discrecional de esas formas delictivas, a las cuales el simpático Daniel iba como mosca boba.

No lo reprendí ni lo llevé a delitos menores. Estaba más interesado en la información que había venido a darme. Le agradecí por hacerlo. Y le pregunté por qué había decidido venir en ese momento. Me dijo que «alguien» lo había hecho reflexionar «sobre su actuación».

Me despedí de él, pidiéndole que se quedara con Fletcher para que le tomaran la declaración, y que cuando la firmara, podría marcharse. También le pedí las señas de su socio porque tendría que venir a prestar declaración. Le sugerí a Daniel que no contara lo de las botellas adulteradas. Que dijera que tomaba las botellas y las revendía, pero que había acordado conmigo la restitución de las robadas. Y que, por supuesto, abandonara inmediatamente el «negocio», porque iba a vigilarlo. El hecho de que le estuviese haciendo ese favor, creo que me ubicó en un lugar privilegiado en su incipiente moralidad delictiva.

Lo vi salir, y luego me volteeé a la pizarra. Veía la sombra de la reja de la ventana caer sobre ella, y escribí en uno de los cuadritos que se dibujaba:

«Una mujer salió por la puerta principal, manchada de sangre, a la misma hora que describe Vicente Chiarello haber visto la sombra».

Eso era fundamental para el caso. Llamé a Fletcher, cuando lo vi desocupado.



—Como debes haberte enterado por la declaración del chico, vieron a una mujer salir del Felicia con las piernas manchadas de sangre. No son unos testigos maravillosos y ni siquiera podrán describirla a cabalidad, pero creo que dice la verdad. ¿En qué situación nos pone eso? —le pregunté, porque me gustaba seguir el razonamiento de Fletcher para aclarar el mío propio, aunque algunas veces tuviésemos opiniones diametralmente opuestas.

—Varias cosas. La primera es que, en efecto, hay una mujer implicada, o como asesina o como cómplice. Porque no creo que a una mujer inocente se le ocurriera, de buenas a primeras, entrar en un local que no estuviese operativo, aunque lo encontrase abierto, sin ninguna razón, y al hallar a esos muertos, se manchara con su sangre y saliera despavorida sin avisar ni gritar. A menos que entrara para robar, pero eso ya es bastante tirado por los pelos.

—De acuerdo —le dije, esperando que continuara.

—La segunda es que esta mujer tuvo la facilidad de entrar en el Felicia, parecía conocer el lugar, sabía que estaría desierto, aunque casi la sorprenda allí Vicente Chiarello. Con esto quiero decir que pudiera ser alguien del personal. Por eso estamos entrevistando a tres personas más que emplea el Felicia para la atención solo los fines de semana, pero la verdad es que no creo que por allí vayan los tiros... Además, son tres hombres.

—Y entonces eso significa, Braulio —le interrumpí—, que hay dos mujeres que deben en este mismo momento entrar en el primer círculo de sospecha; la señora Eileen Baroja y la señorita Briseida Vidal Baroja. ¿No es así?

—Sí, es verdad —reconoció a regañadientes y continuó—. Pero las habíamos descartado, al menos temporalmente, porque el conserje del edificio, que es un hombre que parece confiable, confirma que ninguna de ellas salió en la noche. Las vio llegar a ambas al final de la tarde, pero no volver a salir. La esposa dice que se quedó dormida con la puerta cerrada porque tenía un fuerte dolor de cabeza, y la prima dice que estuvo sola, leyendo en su habitación, hasta rondar la medianoche y luego se durmió. No son buenas coartadas, pero en esos edificios modernos no hay escaleras externas de emergencia, ni otra manera de escabullirse. Hay una puerta trasera en la planta baja, pero, igualmente, para cruzarla habría que pasar frente a la conserjería.

—Pensé en eso, en lo de las escaleras. No las vi, es cierto. Pero recuerda que hablamos de un primer piso, y que la zona es «segura», y que la nueva estética sugiere que los barrotes afean la vista, por lo cual las ventanas de ese apartamento no cuentan con ningún tipo de enrejado. Yo mismo lo noté cuando estuvimos allí. Una persona con agilidad podría salir por una de las ventanas, si

hubiese algún árbol u otro objeto que le permitiera apoyarse para saltar. No es descabellado, Braulio. Tendremos que mirarlo. El tema de la oportunidad de la comisión de los crímenes no me perturba tanto como otra cosa —me lamenté.

—¿Qué? —preguntó inmediatamente.

—¿Por qué esta mujer quería que la vieran escapar? ¿Por qué?

—No sé de qué estás hablando, Diego. Vuelves a explicarte de una forma terrible. ¿Podrías compartir conmigo de mejor manera tus pensamientos? —me preguntó, usando ese tono irónico que yo tanto conocía, y afilando el brillo de sus ojos de reptil.

Le molestaban algunas de mis dudas porque creía que le daba muchas vueltas a las cosas, aunque luego, llegado el momento de la verdad, me daba la razón sin mezquindad.

—Y lo otro es el empleo del cuchillo. Si era para inculpar a Vicente Chiarello, menos sentido tiene aún que saliera por esa puerta, corriendo como una posesa. Allí hay una contradicción de intencionalidad. No lo veo claro.

—Si tú no lo ves claro, qué diré yo, que no te entiendo nada...

—Está bien, Fletcher, me has sido muy útil, como siempre. Llama a Nones & Ávila. Ellos fueron los arquitectos del edificio donde viven los Chiarello. Que te muestren los planos. Algunas veces hay trucos en favor de la belleza. Debemos confirmar que no existan escaleras plegables y ocultas.

Fletcher me miró, resignado. Pero era cierto que lo que acababa de decirle le pareció una buena idea. Y es un hombre práctico, por lo cual salió con prisa a cumplir el encargo.

Me quedé solo unos minutos pensando en lo que acabábamos de hablar.

Entonces Sánchez tocó a la puerta y le invité a pasar.

—¿Esta es la morfología del ataque? —le pregunté.

—Eso diría yo, jefe. De acuerdo con...

—Y, ¿cuál es tu opinión? —le interrumpí porque no quería que se explayara en detalles. Entendía la idea en general, y eso era suficiente.

—Parece que fueran dos personas, pero es solo mi opinión. Además las huellas de Chiarello están en una buena sección de la empuñadura del cuchillo, bastante borrosas. Lo cual significa que alguien que usaba guantes causó ese efecto al manipular el instrumento. Si tuviera que apostar...

Sonreí.

—Si tuvieras que apostar —repetí—. ¿Por qué lo dices? Quiero oírte, Sánchez, necesito oírte.

—Creo que tomaron el cuchillo que ya contaba con las huellas de Chiarello y

que tuvieron cuidado de no manosearlo mucho, de forma tal de no borrar las huellas anteriores de ese hombre. No es fácil hacer eso. Creo que hasta se hace necesaria una buena práctica para lograrlo. Para imprimir suficiente fuerza y destreza para causar heridas mortales en el costado y en los pulmones, tomando el cuchillo de esta manera.

Sánchez agarró un abrecartas que tenía sobre mi escritorio y lo empuñó con su mano derecha, atacando un sujeto imaginario que estaría sentado junto a él.

Me pareció que si alguien hubiese visto eso, por la ventana de mi oficina, podría haber pensado que Sánchez estaba atacándome. Me causó sorpresa ese histrionismo tan macabro que le acompañaba y que solo salía a relucir en algunos momentos. De resto, era un tipo bastante callado y obsesivo con su trabajo.

—¿Por qué dices lo de las dos personas? —le pregunté.

—Unas heridas son firmes, las dos primeras. Pero las otras son distintas, más superficiales. Si es un solo asesino, tendría que saber lo que estaba haciendo. La mayoría de las heridas son hechas solo con la intención de...

—De hacerlos sangrar —completé—. Gracias, Sánchez. Buen trabajo. Los drogaron antes, ¿verdad?

—Sí, jefe. Aunque, técnicamente, sería más adecuado decir que los paralizaron. Los pobres hombres no perdieron la sensibilidad mientras los asesinaban. Todo está en el informe.

Le pedí que me lo trajera en cuanto pudiera. Escuché la puerta cerrarse tras su salida mientras miraba las fotos que había colgado en la pared, y el croquis que mostraba la tesis de cómo había sido el ataque propinado por un sujeto diestro. Me quedé solo con el silencio de los hombres despedazados, que habían sentido esa espantosa muerte que les habían impuesto. Entonces el asunto del cuchillo comenzó a molestarme más. ¿Cuál de estas dos mujeres del Felicia que debíamos incluir como principales sospechosas querría inculpar a Vicente?

El timbre del teléfono volvió a sacarme del trance.

Era el joven Elías Santos, una de nuestras más prometedoras piezas, que me telefoneaba por la nueva línea interna que estrenaba el Departamento.

—Jefe, hemos tenido suerte. Un taxista llamado Tomás Míguez confirmó que llevó a un hombre a las siete y diecisiete minutos de la noche, y lo dejó frente al Felicia. Y además dice que lo conoce. Le he traído conmigo. Acaba de reconocer a una de las víctimas.

—¡Bien, Santos! ¡Muy bien! —le dije, aunque en realidad me estaba felicitando a mí mismo.

Me dirigí hacia la otra sala de interrogatorio, donde hablábamos con los testigos.

En el camino, junto al descanso de la escalera, escuché voces, y me pareció reconocer alguna que había atendido hacía poco tiempo. Pero estaba embriagado de tensión. Si era cierto que ese taxista conocía al viajero, estábamos avanzando rápido. Además de la rapidez que imprimía para la identificación del asesino la confesión de lo que había visto Daniel.

Entré en la salita y me encontré a Santos acompañado de un hombre anguloso, que parecía muy nervioso.

# CAPÍTULO XVI



*Cuando lo vi marcharse de la calle del restaurante, supuse que iría a su cueva, a su oficina en el Departamento. Entonces me dirigí hacia allá. Me senté en mi banco de siempre, aunque por allí había un niño molesto y un viejo un poco más allá. Este último se levantó pronto. El niño siguió revoloteando como un abejorro. Algunas veces he estado dispuesta a decir en voz alta algo que creo firmemente: Herodes fue un tipo sensato.*

*Ahora, Dahbar parecía estar anotando algo en la especie de pizarra que yo no lograba ver. Seguro estaba pensando en mí, me dije, satisfecha.*

*Entonces llegó el chico del bar vecino al Felicia. Eso era excelente, por una parte. Yo sabía lo que le estaba contando. En parte era mi responsabilidad que estuviese allí, visitando al inspector. Pero me produjo una sensación desagradable el recuerdo de la visita de Dahbar a El Gato Blanco. Si el muchacho no había dicho lo que sabía en aquel momento, lo de que me había visto en la noche, entonces, ¿por qué Dahbar se había tardado tanto allí adentro? Tuvo que ser esa bruja la que le dijo algo, concluí.*

*Me odié por no haberla matado antes, y sin darme cuenta apreté con fuerza la bolsa de papel que había contenido un sabroso baklava. Sentí los granitos de nueces, que habían quedado dentro, chocar con mis dedos. ¡Tan fácil que me hubiese sido empujarla una mañana cuando no había casi nadie en la estación del metro! Pero dejé ese cabo suelto por estúpida. Esperaba que no fuera nada. Que ella no hubiese visto nada inadecuado. ¿Qué podía haber visto?*

*Daniel, el chico del bar, salió de la oficina de Dahbar. Y el niño malcriado que estaba cerca gritó de una manera todavía más espantosa. ¿Por qué no le enseñaban a los niños a comportarse, así como me enseñaron a mí? Miré a aquella criatura escandalosa, y ella me miró como queriendo hacerse mi amiga. Pero ya yo estaba furiosa.*

*Y me puse peor cuando vi a ese hombre pretencioso, de lentes horribles y ropa anticuada, que consideraban un linces en análisis microscópicos forenses, entrar en la oficina de Dahbar. También había leído sobre él. Se llamaba Nicolás Sánchez, y era un petulante entrometido. Allí estaba parado, y estaba remedando lo que yo hice con los hombres. Yo tenía esa autoría, y no le había*

dado ningún permiso de entrometerse.

Parecía que estuviera atacando a Dahbar, vistos a través de la ventana. Sabía que no era así, que solo estaban recreando mis movimientos, producto de lo que le decían a ese pseudocientífico los lentes, los portaobjetos y la sangre de las heridas de aquellos miserables. Pero ese hombre, Sánchez, era un mediocre y no me importaba lo que dijeran sobre sus habilidades. Pasarse la vida entre microscopios debía de ser patético.

El niño seguía gritando sin razón, cerca de mí. Parecía que estaba allí para no dejarme pensar y para hacerme enloquecer.

Decidí arreglar las cosas.

Me paré, caminé muy cerca de él y lo llamé, poniendo mi mejor cara, la más amigable. Él me siguió, tal como esperaba. Cuando estuve junto al árbol frondoso, en un recodo del parque, lo empujé con todas mis fuerzas. Golpeó su cabeza contra el tronco, y entonces sí lloró de verdad.

Continué caminando, pensando que nadie me había visto, porque la niñera que lo cuidaba estaba muy animada conversando con otra, más lejos.

Escuché una llamada. Alguien me gritaba. ¡Qué fastidio!

—Oiga, ¿por qué hizo usted eso? —reclamaba una voz femenina detrás de mí.

Me paré en seco y me volteé, soltándome el pelo.

—¿Cómo se le ocurre empujar así a ese niño? Mire que yo la he visto. ¿Está usted loca, acaso? —me dijo la idiota justiciera, que terminó siendo otra niñera que se encontraba cuidando una niña en la plaza.

Esperé a que se acercara lo suficiente, y recordé aquellos bellos dibujos anatómicos de las revistas que se quedaron en mí. Con rapidez le clavé la punzante horquilla que había tenido en mi pelo, justo en la femoral. La tela, de flores amarillas, se tornó oscura inmediatamente.

La mujer hizo lo que hacen todos: no pudo gritar, no pudo agarrarme. En cambio, tocó con las dos manos el muslo donde salía la sangre a borbotones. Guardé la horquilla con incrustaciones en el bolsillo interno de mi chaqueta, y continué caminando. A los minutos volteé y vi que ya se había formado un pequeño grupo de curiosos y algunos niños gritaban.

Una mujer espantada, con aros color rosa en su cara, me preguntó qué había pasado.

Le dije, convirtiéndome en un espejo de su rostro y simulando su mismo espanto, que no lo sabía. Que parecía que una mujer había atacado a una niñera. Pero que había mucha sangre, y que yo no podía ver aquello.

*Me miró, entre comprensiva y asombrada.  
Continué mi camino y escuché su exclamación, metida en un lamento.  
—¡Dios mío...!*

## CAPÍTULO XVII



—Mire, ese hombre era un mendigo que antes rondaba por mi casa. Yo estoy más que seguro. Pude mirarlo muy bien mientras estaba en el carro. Y estaba de alcohol hasta las orejas. Eso sí, bien vestido y traía dinero. Pero era el mismo, sin discusión.

—¿Él le dijo algo mientras estuvo dentro de su auto? —le pregunté al taxista.

—No paró de hablar. Decía algunas incoherencias, pero también me dijo algo que pude entender. Algo como que le habían invitado a una cita de lujo, que iría a una cena elegante, que fue invitado para jugarle una broma a un marido que la había defraudado. Que ella le pagaría una buena cantidad de dinero, y que solo tendría que esperar un poco, y comer «como los finos comensales».

—¿Cómo recuerda usted las palabras exactas? —le pregunté maravillado.

—Usted sabe, inspector, que las cosas raras uno las recuerda mejor que las normales. Y la verdad es que tengo buena memoria, y la condición de ese mendigo me pareció muy inusual. Estaba bien vestido, pero era la misma persona que yo recordaba. Como dice el dicho, «el hábito no hace al monje».

Sonreí.

—Está bien, señor Míguez. Gracias por su colaboración, que ha sido valiosísima. Si necesito preguntarle otra cosa, lo llamaré. Deje sus señas con aquel oficial que está allá sentado. Nos interesa conocer en detalle la zona donde usted vive, y dónde dice que había visto a la víctima. También que repita esas palabras exactas, tal como me las ha dicho, en la declaración que quedará por escrito —le dije.

Salí y le comenté a Fletcher que parecía un hombre instruido. Un buen testigo.

Volví a mi oficina, y me asomé por la ventana mientras pensaba. Me repetí lo que el mendigo había alardeado y lo anoté en la libreta: «Que había sido invitado para jugarle una broma a un marido que la había defraudado. Que ella le pagaría una buena cantidad de dinero, y que solo tendría que esperar un poco, y comer como los finos comensales».

«Un marido que la había defraudado»...

Definitivamente, todo indicaba que se trataba de una acción contra Vicente



Chiarello, y él debía saberlo, y por eso me había parecido un hombre atrapado. Inculparlo con su propio cuchillo, tal como había concluido Sánchez con el análisis de las huellas borrosas, era la idea. Vicente parecía cargar auestas una forma de venganza que muy probablemente viniera de una de ellas dos, de su propia casa.

¿Pero por qué salir por la puerta más visible? A menos que la asesina (o asesinos) no estuviese pensando bien, aunque no era lo que yo tendía a creer. Más bien tendía a pensar que estaba frente a alguien con ideas muy claras. La misma persona que dio dos puñaladas certeras, y luego continuó haciendo decenas de heridas a los mendigos.

En conclusión, las víctimas eran unos pobres diablos, como suponíamos, y por eso las uñas en estado deplorable y la suciedad en sus codos; por eso no tenían identificación ni pertenencias, ni llaves. Pero a estas alturas no creía que se tratara de crímenes de odio contra los miserables que estaban proliferando en la ciudad, porque el objetivo parecía ser destruir a Vicente.

Pero ¿por qué mendigos? ¿Solo por el carácter «descartable» que se le atribuye a esas vidas? ¿Y por qué yo tenía la sensación, desde el inicio, de que Vicente tenía miedo y que el hallazgo le había afectado más de lo esperable? ¿Estaría intentando proteger a Eileen o a Briseida, o tendría él, por su propia cuenta, algo que esconder?

Concluí que, para comenzar a desenmarañar este caso en forma efectiva, debíamos intentar saber más de los últimos días de estos hombres asesinados. Habría que empezar por el que ya teníamos mejor localizado. Pondría a Galeano en eso inmediatamente. Yo mismo me iría a la zona que nos indicó el taxista, al día siguiente.

También había que avanzar en relación con las sospechosas. Para eso me apoyaría en Fletcher, pero había que hacerlo con guante de seda; porque no quería poner a la culpable (o culpables) sobre aviso. Por lo pronto, quería dedicar las próximas horas a sedimentar mis ideas sin distracción.

Fletcher llegó silencioso por detrás, y me preguntó qué haríamos con Chiarello; le respondí que soltarlo. Antes de que se fuera, le hice una pregunta.

—Braulio, si tú fueras un mendigo, ¿por qué diablos gastarías dinero en tomar un taxi elegante, en lugar de usarlo para comprar licor o comida?

Después de un mínimo silencio que le sirvió para ordenar su respuesta, me habló.

—Tal vez había sido ocurrencia del pobre hombre vivir una fantasía completa de riqueza, y había decidido detener un taxi para que lo llevara a aquel

lugar.

—Eso creo yo también. Entonces eso no debió de haber formado parte de las directrices del asesino que los invitó. Eso debió ser de su propia cosecha, y por eso es un cabo suelto que hemos sabido amarrar. Pídele a Galeano que visite la zona donde dice Míguez que se la pasaba este pobre diablo. Que dé con el refugio, guarida donde sea que el hombre estuviera, donde se la pasara la mayor parte del tiempo. Que pregunte si fue visto con alguien diferente, con una mujer que llamara la atención. Conozco a alguien de la universidad que estudia a la gente que vive en la calle. Deben tener registros, censos, itinerarios. Hay que acceder a eso. Dile a Galeano que empiece. Que antes de irme le doy más señas. Y tú, repasa lo que dijeron nuestras sospechosas. Dile a Chiarello que mañana en la mañana iremos a visitarles porque faltan algunas formalidades para continuar la investigación, y que necesitamos que estén los tres.

—Está bien, jefe —me respondió y cerró la puerta.

Entonces vi un revuelo en la calle, justo bajo mi ventana, en la plaza que acababan de arreglar y que contaba con unos bonitos bancos. La gente corría, los niños gritaban, y había una mujer tirada en el piso. Parecía hacerse un charco de sangre debajo de ella, en medio.

Llegó un oficial.

Pegué la frente al cristal. ¿Qué diablos le estaba pasando a esta ciudad? Tal vez ya era hora de volver a Sancaré.

## CAPÍTULO XVIII



*Yo estaba parada en una esquina, desde donde podía ver la puerta principal del Departamento de Policía, pero quienes de allí salían no podían verme. Esperé al hombrecito del microscopio. Era lo más parecido a un insecto. No se me iba a quitar el mal humor si no acababa con él. Además, eso sería una buena llamada de atención para el inspector Dahbar. Algo como presentarme debidamente.*

*Aún recuerdo mi actuación en el apartamento, cuando conocí a Dahbar. Fue bastante buena.*

*Nicolás Sánchez fue uno de los últimos en salir. Hasta Dahbar salió antes que él. En otro momento hubiese seguido al inspector, porque me causaba mucha curiosidad conocer su casa. Pero, por lo pronto, tenía que concentrarme en el forense, para volver a conseguir la armonía que necesitaba, y para distraer y afectar al inspector. Porque lo nuestro es el típico juego suma cero. Cuando a él le va bien, a mí me va mal, y viceversa.*

*Caminé a una distancia prudencial del forense. Le vi entrar en un bar que era más parecido a un antro. ¡Eso no lo hubiese imaginado! Aunque no sé por qué me asombraba, si las personas como él siempre llevan una doble vida, y lo peor es que algunas de ellas ni siquiera logran desarrollar esa dualidad que los carcome.*

*No quise entrar en el antro donde entró él, porque yo llamaría mucho la atención. Entonces me senté en una cafetería de mala muerte, que estaba enfrente, y pedí un expreso doble. Esperé. Confiaba en que el hombre-insecto no saliese acompañado. La verdad era que ya estaba algo cansada, y además iba siendo hora de que volviera al apartamento. Ya debían estarme echando de menos.*

*Más de cuarenta minutos estuve sentada en esa silla plateada y fría, bastante incómoda, y oliendo algo desagradable que parecía comida recalentada. Sentí hambre. Estoy segura de que nadie conoce las tribulaciones e incomodidades de los otros, como decía mi abuela, las procesiones suelen ir por dentro. Quien se fijara en mí, vería a una mujer tranquila y despreocupada, pero en realidad estaba cansada y hambrienta, tal vez por el mal trago que pasé en la plaza.*

*Por fin salió del antro.*

*Pagué, dejando una buena propina a la muchacha famélica que me atendió.*

*Caminé detrás del forense durante un buen trecho. Pensé que ese tipo no sabía ni desplazarse con efectividad en la ciudad, porque si hubiese tomado el metro en la estación Capitolio, nos hubiésemos ahorrado bastante camino. Al fin llegamos a un edificio, curvo y bastante feo que estaba frente a la plaza de la Victoria.*

*Apuré el paso para entrar con él, y pararme a su lado en el ascensor. Entonces, una vez allí me fijé que cargaba un libro pequeño que mostraba unas letras en francés. Se veía a leguas que era una lectura aburrida relativa a su trabajo, y entonces diseñé la farsa.*

*No había nadie más con nosotros.*

*Me aseguré de que mi horquilla estuviese a la mano y que no la hubiese perdido. Algunas veces, padezco de esas ideas obsesivas compulsivas que me hacen revisar y revisar cosas, como cuando verificamos varias veces seguidas que las puertas estén bien cerradas. No me preocupo por eso, porque sé que nos pasa a todas las personas normales.*

*Esperé que se abriera la puerta del ascensor y salí primero. Luego, él también lo hizo y cruzó a la derecha por el pasillo. Ya sabía, por la apariencia de la construcción desde el exterior, que debían haber muchos apartamentos por piso. Entonces pensé que no era nada sospechoso que yo también me bajara en su mismo piso. Luego, cuando me fijé que él se había detenido frente a una de las puertas del corredor, y ya buscaba la llave en el bolsillo de su pantalón, comencé mi pequeña actuación.*

*—Excusez-moi, pouvez-vous m’indiquer comment arriver à la gare? —le dije.*

*Él volteó hacia el final del pasillo, mientras yo avanzaba hacia donde estaba, poniendo la mano en el bolsillo de mi chaqueta. Continué diciéndole cosas en francés, fingiendo estar perdida. Él me respondió con una pésima pronunciación, dándome unas escasas indicaciones. Llegué a su lado, con una sonrisa que consideré «parisina». Ya había abierto la puerta del apartamento. Le clavé con presteza el arma que atesoraba desde hacía unos cuantos años, y que había sido regalo de mi tío Raúl. Era un gancho sujetador de pelo maravillosamente funcional que nunca me había fallado.*

*Nicolás Sánchez me preguntó: ¿Por qué?*

*Ya he dicho que no comprendo el insoportable afán por conocer las razones de los actos de los demás. Y la verdad es que mantener esa forma de curiosidad*

*en los momentos finales de tu vida no contribuye en nada a tu salvación.*

*Lo empujé dentro del apartamento, y cerré la puerta. Clavé varias veces más el gancho dentro del cuerpo.*

*Estuve a punto de explicarle, pero al final no lo hice. Repliqué el ataque del Felicia. Las mismas heridas, el mismo orden, la misma creación.*

*Cuando terminé de apuñalarlo, vi que el libro en francés estaba tirado y abierto sobre una especie de alfombrita ridícula en tonos malva y rosa.*

*Esperaba que no hubiese nadie más en ese apartamento. En primer lugar porque era un regaño a la vista, en exceso recargado y oscuro, y no quería quedarme mucho. Y en segundo lugar porque estaba cansada y quería volver a casa para verlo.*

*Las pupilas del insecto finalmente se dilataron, y su diafragma dejó de moverse. Todas las personas mueren de la misma manera. Todas son, extrañamente, dóciles.*

*Quedé contenta con la repetición del ataque, «al estilo Felicia». Eso era importante para cuando Dahbar lo encontrara. Entonces fue cuando me di cuenta de que la rabia no me había permitido librarme del salpicón de la sangre.*

*Me desvestí. Busqué el área de servicios. Había un buen detergente. Por lo menos en eso tenía buen tino, pensé. Tendí mi ropa cuando estuvo limpia. Fui a la cocina y fantaseé con que este sujeto tendría por allí un buen queso, en el refrigerador. Tenía ganas de comer queso y de tomar vino. Rebusqué y tuve suerte. Había un queso manchego y media botella de vino sin destapar, de Rioja. Después de todo, el insecto tenía buen gusto.*

*Con eso estaría más que bien.*

*A esas alturas, ya sabían que Vicente no había hecho nada, en parte por las genialidades de este hombre. El muy idiota había descubierto que lo del cuchillo era un ardid. Era meticuloso, y aunque intenté no tocar el cuchillo más de la cuenta, las huellas borrosas debieron iluminarlo en cuanto a que el uso de esa arma buscaba incriminar a Vicente, pero que otra persona era quien la había manipulado recientemente.*

*Uno debe ser autocrítico, y en este caso en particular, reconozco que me ha faltado experticia. Sin hablar del error que cometí con esa arma, y que fue imperdonable, aunque supiera resolverlo y el plan no se viera afectado. Volveré sobre ese error más adelante.*

*También sabían que Vicente no había sido el asesino, por lo que dijo Daniel.*

*Cuando mi ropa estuvo un poco más seca, me vestí. Limpié las huellas de la*

*copa, del descorchador, de la botella y del cuchillo con el que corté el manchego.*

*Agarré los lentes del cadáver y salí.*

*Miré por última vez el cuerpo tirado y lleno de sangre. Siempre lo hago, cuando dispongo de tiempo. Es una manía por despedirme. Lo había perdonado, y me encontraba en perfecta disposición para irme a casa.*

*De camino, imaginé el día siguiente. Debía continuar la vigilancia sobre Dahbar, desde aquel banco. Allí le dejaría los lentes, y una nota dentro de un sobre dirigido a él, con nombre y apellido. Una que contuviera solo catorce palabras: «La muerte de los mendigos fue mi culpa, y la del forense fue tuya».*

*Aunque ya debía saber lo sucedido en el parque, no lograría explicárselo. Seguramente le daría vueltas y vueltas esa noche en su cama, tratando de entender por qué una persona empujaría a un niño contra un árbol y mataría a una niñera en un parque, a plena luz del día.*

*Pensé que, al otro día, el inspector jefe Diego Dahbar leería la prensa, se asomaría por la ventana, y yo le haría señas para saludarlo. De lejos, y con el reflejo del sol a esa hora, solo podría ver a una mujer cualquiera. Y luego le indicaría que le dejaría algo en el banco, y él vendría corriendo porque tendría la intuición de que era yo, aunque no supiera mi identidad. Porque en el fondo debería saber que la muerte de la niñera tenía algo que ver con él, aunque no conociera el cuadro completo. Y luego, cuando reconociera los lentes de su entrañable amigo —estaba casi segura de que lo haría*

*inmediatamente—, saldría corriendo a aquel espantoso edificio sin personalidad, y lo encontraría abandonado y asesinado, bajo el mismo modus operandi de los miserables del Felicia, coronando de rojo el lúgubre apartamento que hacía juego con su pobre vida.*

*Entonces sabría con quién estaba tratando, me dije cuando ya veía las crestas de los modernos edificios a donde me dirigía.*

*Cuando llegué, encontré a Vicente y a mi prima.*

*Todo iba según lo planeado.*

# CAPÍTULO XIX



Llegué tarde a la cafetería.

Cargaba encima una mala sensación.

Lo de la plaza, el día anterior. Lo de la muerte de esa muchacha impidió que durmiera las tres horas que por obligación me había autoimpuesto dormir. Y ella, la muchacha llamada Ethel, me miraba risueña desde la fotografía del periódico que llevaba conmigo y que puse sobre la mesa. Este crimen incomprensible que al parecer había cometido una mujer, tan cerca del Departamento, como si estuviera retándonos, competía en mi interior con los otros dos asesinatos que sí eran mi responsabilidad directa. Lo único que puede distraerme de una obsesión por resolver un caso es otro caso tan o más desconcertante. Y eso me estaba sucediendo, desgraciadamente.

Necesitaba concentrarme y volcarme al caso de los mendigos y olvidar a Ethel. El asesinato de la niñera se lo habían encargado a Bautista, que era un redomado idiota. Pero me repetía, desde las cuatro de la mañana, que eso era algo que no tenía que ver conmigo. No entendía en ese momento por qué no terminaba de creérmelo.

Tuve que tomar una aspirina antes de salir de casa, y ni siquiera la conversación nocturna con Mary me había animado. No estuvimos «sincronizados», por lo que no logramos mantenerla por mucho tiempo. Lo achaqué a mi mal humor por lo de la niñera, aunque presentía que Mary también estaba distraída. Me dijo algo sobre una nueva alumna que había llegado como enviada del cielo, y que era muy simpática.

¡Ese era el problema que enfrentaba en ese momento! No podía sacarme de la cabeza ese asunto de la plaza, cuando lo que debía ocuparla era el caso de los mendigos del Felicia.

Tomé la taza de café que acababan de traerme y volteé el periódico para no ver la cara risueña de la niñera muerta, para no caer en esa atracción. Entonces escuché la puerta de la cafetería cerrarse de golpe y vi venir a Nancy, quién parecía estar trayéndome otra taza de café. Se detuvo asombrada y miró incrédula la taza que yo tenía en mi mano, como si estuviese presenciando un acto de magia.

—¿Qué te pasa? —le pregunté extrañado.

—¿Por qué te serviste tú mismo? —me increpó en tono seco.

—Nancy, yo no he hecho tal cosa. Tú me pusiste esto aquí. ¿Quién si no?

—Yo no fui. Este es tu servicio —me respondió, entre pasmada y molesta.

—Entonces sería alguien más de aquí —le dije, restándole importancia al asunto.

—De ninguna manera. Saben que solo yo te sirvo. Desde que nos ayudaste con lo de Ángelo saben que eres sagrado para mí.

Nancy, quien llevaba toda la vida trabajando en la cafetería, había tenido un problema de naturaleza menor con su hijo en la escuela, pero para ella había sido algo gravísimo. Lo acusaban de robo e iban a expulsarlo unos días. Solo bastó que visitara el lugar, como un favor para ella, y dijera un par de tonterías en el salón del chico, para que los verdaderos culpables, bastante nerviosos, se contradijeran y cambiaran la versión de los sucesos que antecedieron al robo, y para que uno de los maestros más aventajados descubriera el embrollo. Pero, para Nancy, que yo le hubiese ayudado en eso significaba agradecimiento eterno, lo cual me hacía sentir un poco incómodo algunas veces.

—Pues entonces no lo sé, Nancy. Hasta ahora no soy capaz de hacer aparecer cosas. Pero no importa, trae acá eso también que igual me lo tomaré. Esta mañana necesito más café que nunca. Y ahora que hablas de Ángelo, espero que todo vaya bien en la escuela.

—¡Qué dices bien! Resulta que ahora es amigo inseparable de uno de esos niños. De los que antes lo culparon. Yo no entiendo a los chicos.

—Bueno, bueno. Déjame tomarme esto y sigue con tu trabajo. Me da gusto que todo esté bien, Nancy —le dije para que se fuera, porque ya me resultaba demasiado empalagosa.

Aunque estuve a punto de buscarle conversación nuevamente, pero en relación con el asesinato de la niñera. No lo hice, y terminé recriminándome otra vez por ese interés latente que llevaba conmigo. Me tomé mis dos tazas de café, pensando que Nancy se estaba haciendo olvidadiza y confirmando que mi creciente capacidad de abstracción hasta podía resultarme peligrosa. No haberla visto sirviéndome la primera taza, por estar tan ensimismado, era algo extraordinario, si uno lo miraba bien.

Dejé el pago sobre la mesa, tomé el periódico y salí de la cafetería.

Mientras caminaba me seguía interrogando. ¿Por qué traer unos mendigos desde otra zona alejada? ¿Qué significaban ellos?

Ya sabía que Míguez vivía bastante retirado del *Felicia*, prácticamente en el



borde con La Ciudadela. Esos mendigos eran tan importantes como la firma del asesino, con ese cuchillo. Pero no eran importantes en su individualidad, sino más bien en el genérico. El asesino estaba enviando un mensaje sobre los mendigos que yo seguía sin entender.

Llegué a la entrada del Departamento y noté un revuelo en el ambiente, algunos murmullos. Aunque no descubrí a ciencia cierta qué me hizo sospechar, sabía que algo malo había pasado. Lo atribuí al asesinato de la plaza.

Fui directo a mi oficina porque no quería que ninguna otra intrigante tentación me sacara del caso del Felicia.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Fletcher lo impidió, metiendo la mano y un pie.

—Pero ¿qué te pasa? —le pregunté.

—Han encontrado muerto a Nicolás Sánchez. Asesinado. Ha sido atacado con un objeto punzo penetrante.

—¡No puede ser! ¡Nadie me avisó!

—La madre, que es una mujer muy insistente, se comunicó con uno de los muchachos del cuerpo porque Sánchez no le llamó anoche, ni hoy en la mañana. Parece que él era muy vigilante de que ella cumpliera el tratamiento médico. Tanto insistió que hace dos horas fueron a su apartamento y lo encontraron. La pobre mujer está desecha.

Un océano de hielo me cayó encima. Solo pude repetir esa forma de defensa tan humana que es la negación. Me resultaba increíble que alguien conocido y estimado, de un día para otro, estuviera muerto.

—¿Asesinado con un objeto punzo penetrante? —logré preguntar.

—Sí. Iragorri se encarga de investigar la escena del crimen. Ahora le pido que te informe. Yo no sé mucho más.

—Dile que pase por aquí. ¿A quién le asignaron la investigación? —quise saber.

—Creo que a Bustillos. Pero estoy seguro de que si pides estar, el director va a incluirte.

Asentí. Pero tuve la sensación de que alguien estaba tratando de distraerme; alguien quería dispersarme, y para eso usaba mis puntos débiles; primero un caso intrigante a escasos metros del Departamento, y ahora la muerte de un buen compañero. Alguien parecía estarme tentando para evitar que me mantuviera cabal.

Me quedé solo y muy confundido.

La repetición me explotaba en la cabeza: un cuchillo, una punzada precisa en

la femoral de la niñera, y ahora Nicolás Sánchez. Recordé cuando, hacía menos de veinticuatro horas, allí mismo había estado él, explicándome la morfología del ataque del Felicia.

Entonces miré por la ventana.

Me pareció ver a una mujer envuelta en un abrigo con capucha, que parecía azul o negro, pero el reflejo no me dejaba verla bien. Estaba sentada en un banco, algo retirado de los otros. Me pareció que me hacía señas, que quería decirme algo. Recordé que tenía unos prismáticos en casa, pero no allí.

Sin dudas, confirmé que esa mujer me hacía una indicación. Me pareció que me mostraba algo, porque levantaba la mano y luego había puesto lo que fuera que mostraba sobre el banco. Volvió a llamarme, moviendo la mano izquierda hacia adentro.

Ante ignorar esa rara invitación para concentrarme en mi trabajo, o salir de dudas dirigiéndome a la plaza que ayer había sido testigo mudo del asesinato de la niñera, decidí lo segundo. Tal vez he debido quedarme, pero, de todas formas, ahora sé que ella hubiese encontrado la manera de hacerme llegar aquello.

Bajé a la plaza.

Reposaba en la madera un sobre que iba dirigido a mí. Estaba a punto de conocer uno de los peores horrores que ha tocado mi vida. Como cuando uno sabe que no puede evitar que vengan todos los espantos que desde siempre hemos temido.

Lo abrí, expectante, pero resuelto a terminar con la incertidumbre. Adentro estaban los lentes de Nicolás Sánchez; los reconocí de inmediato porque tenían unas monturas de un inusual color azul eléctrico, y unas formas de puntas en las esquinas, que secretamente consideraba horribles. Estaban llenos de sangre. También había una nota que decía; «La muerte de los mendigos fue mi culpa, y la del forense fue tuya».

Miré a ambos lados.

En ese banco, donde ella me dejó el sobre, no había nadie más. Ni un solo testigo que pudiera describirla. Sabía que en ese momento no la encontraría.

Me dejé caer en el banco y sentí una corriente de aire frío que me heló los huesos. Me estaba enfrentando a una asesina que me conocía, que me vigilaba. Todos estábamos en peligro. Y Ethel, la muchacha risueña, también había sido su víctima inocente, tal vez por encontrarse en el lugar equivocado, tal vez por haberla importunado, o solo para mostrarme a mí de lo que era capaz. ¿Cómo podría proteger a la ciudad entera de esa mujer? ¿Cómo podría protegerme yo?

Pero todo aquello había comenzado con los mendigos del Felicia. Era ella, la

mujer de la pierna ensangrentada que bajó la escalerilla, la sombra que describió Vicente Chiarello. Ahora había matado a nuestro mejor forense. ¿Sería por algo que él había deducido?

Necesitaba descubrirla; entender su personalidad, su *modus operandi*, el focus para sus asesinatos, y sobre todo la intencionalidad que guardaba detrás, y su osada perversidad. Aunque fuera lo último que hiciera, la iba a atrapar.

Estuve seguro de que había matado muchas veces más. Y que quería distraerme. No quería que investigara a fondo lo del Felicia. Porque ese crimen debía ser distinto para ella. Debía haberlo cometido por otra razón, más personal. Tuve la impresión momentánea de que me había elegido a mí también para llevar ese caso. Quería llamar mi atención, como la niña de la calle frente al restaurante.

¿Por qué había salido por delante y no por detrás del Felicia? Esa pregunta reapareció de pronto en mi cabeza, en medio del vértigo que experimentaba. Era como si ella hiciese cosas para que la vieran, y a la vez hiciese otras para que no la vieran.

Entonces yo haría lo contrario a lo que ella esperaba. Yo también sabía anticiparme, y al final la atraparía. Iba a encerrar a esta psicótica Moriarty, aunque fuera lo último que hiciera. No diría nada sobre esa nota, por ahora. Esto era un asunto personal. Además de que no confiaba del todo en la gente del Departamento. Yo sabía cosas que no eran alentadoras en cuanto a la corrupción que se había apoderado de una parte de la institución. Tenía la idea de que esta mujer podía tener tentáculos poderosos y conocer estas debilidades del cuerpo y usarlos a su favor. Peor aún si contaba con recursos para entorpecer la investigación. No estaba seguro de eso, pero era una posibilidad, y no estaba dispuesto a arriesgarme. Solo confiaría en Fletcher y en Galeano, y les pediría discreción.

Volví a la oficina. Cerré la ventana y la cubrí con la persiana que hizo volar millones de partículas de polvo. Llamé por el directo a Fletcher y le pedí las declaraciones completas de los testigos en el caso del *Felicia*.

No era como decía Sánchez. No eran dos personas. Tuve la convicción de que esta mujer actuaba sola, que había sabido jugar con pruebas incriminatorias para que pensáramos en Vicente como primer sospechoso.

Yo no tenía que mirar para ningún otro lado, ni tenía que abrir esa maldita ventana que había sido un canal de comunicación y vigilancia para ella sobre mí. También estaba de más intentar atraparla en la plaza, porque era hábil.

Me vino a la cabeza lo de la taza, lo del servicio del café repetido, esa

mañana. Estaba seguro de que había sido ella. Estaba jugando conmigo. Esos acercamientos buscaban debilitarme y bajarme la moral.

Por eso, yo solo tenía que pensar bien, pensar bien... en el significado de los mendigos, porque estaba seguro de que esa era la clave.

Me quedé mirando la pizarra, ensimismado, con una ira convertida en pragmatismo como nunca antes me había pasado.

## SEGUNDA PARTE

# CAPÍTULO I



La muerte de Nicolás fue dolorosa para mí. Sentía un gran impulso por apropiarme de la investigación sobre su asesinato, pero si lo hacía, sabía que terminaría restándome efectividad, y eso era lo que ella quería. Que ese afecto que yo sentía por mi compañero me nublara el entendimiento. Trataba de recordarla tal como la vi en la plaza, para encontrar algún detalle que se hubiera quedado enterrado en mi memoria y que pudiera ser importante, pero no fui capaz de lograrlo.

Postpuse la visita a casa de Chiarello para el siguiente día en la mañana, y decidí salir a caminar cerca del Departamento de Policía para aclararme. Me fui alejando más, hasta cruzar el mercado, y llegué hasta el paseo de los canales, donde los sonidos de la ciudad resultaban diferentes, como empañados. Siempre iba a parar a ese mismo lugar que parecía detenido en el pasado. Ni siquiera esos nuevos conjuntos residenciales han podido quitarme tal impresión. A veces me convenzo de que esta sensación de «descolocado» que padezco no tiene que ver con haber crecido en Sancaré, sino con otra cosa imputable a la transformación que Altamira ha sufrido. Hasta me he planteado, en estos últimos meses, jubilarme de una vez porque no quiero comprobar que mis trucos para atrapar criminales ya no funcionan. Pero no puedo retirarme hasta que encierre a este engendro de mil cabezas que mató a los hombres del Felicia, a Nicolás y a la niñera, y me temo que a muchos más.

Me detuve y me quedé mirando las esculturas de bronce que asemejan hombres y mujeres caminando y navegando. Me gusta andar cerca de ellas porque allí se me ocurren nuevas ideas, sobre todo a una hora de la tarde en la cual el juego de luces hace que cobren vida. Un muchacho montado en una bicicleta pasó veloz a mi lado. Me quedé observándolo hasta que se perdió entre la gente. Me distrajo una mujer que intentaba fotografiar a una pareja de niños, justo frente a mí. La intención de ella parecía ser que en el fondo del retrato se viera el agua, los viejos faroles y los bonitos edificios construidos detrás del canal. Otra mujer, mayor y de rictus amargo, la miraba, un poco más apartada. La joven fotógrafa pretendía convencer a los niños de que «se acomodaran un poco hacia un lado para que se viera lo bonito del paisaje», pero en realidad me

pareció que quería orientar el registro fotográfico en dirección a un hombre que fumaba, mirando el horizonte. Tal vez esta mujer necesitaba excusas para obtener lo que deseaba, pero ¿qué diablos podría tener de malo haber querido fotografiar a aquel hombre, y por qué decidía hacerlo en forma disimulada? Tal vez la mujer que la acompañaba era una suegra dominante y rígida...

Me senté en el banco a la orilla del canal. Al otro lado de este, podía ver un blanco edificio de dos pisos. Siempre me detengo en ese mismo lugar, cuando doy mis paseos. Pareciera que tuviera un imán para mí. Me llama la atención esa construcción porque en el segundo piso situaron la escultura de una mujer que pareciera estar trepando la ventana. Esta es blanca, opaca y sin detalles, como si estuviese hecha de sal marina. La primera vez que me fijé en ella fue cuando Mary se restableció, cuando me dijeron en el sanatorio que estaba mejorando luego de haber intentado quitarse la vida. Mary me produce algunas veces un dolor insoportable. La recuerdo tan triste y apagada, antes de ese intento..., pero el psiquiatra que lleva su caso ha logrado muchos avances. Me he sentido aliviado, pero a ratos, porque sé que estas cosas son como olas o como ráfagas. Cuando uno cree que van bien, inmediatamente todo comienza a complicarse otra vez.

El aleteo de una paloma, detrás de mí, me hizo voltear. Eso también me hizo parecer nervioso. Yo creía que la asesina estaba vigilándome en ese momento. Entonces debía transmitir la impresión de que me estaba costando mantener el pensamiento en torno a los mendigos del Felicia. Para que ella creyese que estaba poblando mi cabeza, y que me hacía cada vez más vulnerable. Yo tenía la sensación de que la asesina sabía muchas cosas sobre mí, pero tal vez ella no supiera que yo también había aprendido a poner trampas a lo largo de mi carrera. Si estaba observándome ahora mismo, tal vez pensara que me había vencido porque, visto de lejos, parecería un pobre policía derrotado que había ido a parar a un banco junto al triste canal. Ella no tenía idea de que eso era lo que yo quería que pensara. La subvaloración del adversario es el error más común que cometen los asesinos. Continué mi representación ante su posible vigilancia.

Lo que en realidad necesitaba era organizar las acciones que debía emprender con precisión quirúrgica para atraparla. Debía conformar un reducido equipo de «caza», aprovechando la disponibilidad de recursos que me había dado el director. Este me dijo que el caso Felicia era prioritario y que podría escoger a dos de los mejores agentes, además de Fletcher, para trabajar en él, con tal de que lo cerrara bien y rápido. Encargaría a Miguel Galeano de la pesquisa en la zona donde Míguez había dicho que vio a una de las víctimas. Al menos

sabíamos cuál era el área de la ciudad que uno de ellos frecuentaba. Elías Santos era de confianza de Fletcher y yo necesitaba moverme de manera efectiva, así que opté por incorporarlo al equipo. Le pediría que como primer paso se encargara de las noticias. Pensé que era necesario remontarse hasta lo relativo al cierre del primer restaurante de Vicente, a su boda, y a todo lo que la prensa hubiese recogido en relación con él. Entendía que Santos tenía buenas amistades en ese mundillo de los medios y no solo podría sistematizar lo publicado, sino, y sobre todo, lo no publicado.

A Braulio Fletcher lo necesitaba conmigo. No me importa reconocer que de un tiempo a esta parte he desarrollado una especie de dependencia de su criterio para mejorar el mío. Como si sus pareceres logran que yo defendiera mejor mis puntos de vista. Y esto no significa que pensemos igual. De hecho, casi nunca lo hacemos. Pero es un buen investigador y todos damos por cierto que cuando yo me retire, él aspirará a mi puesto y lo más seguro es que logre conseguirlo.

Tomé la decisión de hacer esta investigación lo más secreta posible. Más que las anteriores que había conducido desde que comencé a sospechar que se estaba filtrando información en el Departamento de Policía. Entonces debía reunir a Fletcher, a Galeano y a Santos, y tendría que aclararles que a los ojos del Departamento debíamos aparentar llevar la investigación por un lado, pero en realidad recorrer otra senda. Y pedirles que no comentaran absolutamente nada con nadie externo al equipo. No me quitaba de la cabeza que los tentáculos de la asesina del Felicia podían haber llegado muy cerca, justo al lado de mi escritorio, allí mismo en la Dirección de Homicidios. No estaba seguro de que fuera ella, pero sabía que alguien estaba vigilando nuestras acciones desde hacía un buen tiempo.

Volví sobre mis pasos, llegué a la oficina y los llamé a los tres.



## CAPÍTULO II



*Parece muy afectado, a pesar de que no logré que fuese él quien encontrara el cadáver del forense. No sé cómo fue posible que otros se le adelantaran. Por lo que pude comprobar, en ese horroroso apartamento, el forense vivía solo. Lamenté no haber podido lograr el impacto emocional que hubiese significado para Dahbar encontrarlo allí, ensangrentado. Me dije que más adelante lograría algo mejor, porque lo mío con el inspector apenas comenzaba.*

*Seguramente investigará al personal del fin de semana del Felicia, pero más temprano que tarde se dará cuenta de que ellos no tienen nada que ver. Seguro ya sabe sobre las escaleras. Entonces vendrá a casa y tratará de descubrir cuál de nosotras es la asesina. Tratará de discernir a cuál de las dos le conviene culpar a Vicente, y eso lo debe de tener confundido. Tal vez todavía se esté preguntando si no podría ser una tercera y desconocida mujer la causante de los hechos. Tal vez incluso ya sabe que eran mendigos y debe de creer que ese descubrimiento lo pone en una posición aventajada. Dejaré que lo siga pensando, porque hay que andarse con cuidado con el inspector Dahbar. Sabe fingir muy bien y poner muchas caras, y decir lo que la gente está esperando que diga. Sabe detectar de qué adolecen las personas y les proporciona una cura, de forma tal que la gente se sienta tomada en cuenta, y entonces contraataca y los hace hablar. Eso hizo en casa con Vicente cuando mi prima y yo lo conocimos. No debo cometer el error de menospreciar los trucos del viejo inspector Dahbar.*

*Va a ser muy interesante estar presente en el momento en que le diga a Vicente que esos hombres eran unos mendigos. Me muero por ver la expresión en su rostro. En ese momento hará la conexión que necesito que haga, y ese amasijo de sangre y carne que encontró en el Felicia, y que todavía lo perturba, por fin le traerá a la memoria esas cosas pasadas que ha querido olvidar. Se sentirá atrapado, porque justo así quiero que se sienta, porque ya es hora de que Vicente madure.*

*El inspector Dahbar se levantó del banco junto al canal, y podría apostar que se dirigiría a su oficina, una vez superado el impacto de la muerte del forense.*

*Esperé que se alejara lo suficiente para salir de mi escondite: un asiento en una roca plana y oculta por unos tupidos arbustos. Ya no era preciso que continuara siguiéndole. Entonces pensé que era hora de sucumbir ante la tentadora idea que me venía rondando la cabeza. Me fui directo a montar cacería frente a la puerta de El Gato Blanco.*

## CAPÍTULO III



—Miguel, quiero saber hasta el más mínimo movimiento de la víctima que el taxista reconoció. Si tienes que pasar horas en esas calles, disfrazarte de mendigo, sobornar a alguno de ellos e invitarle a comer y hasta hablar con el mismo diablo, lo haces; y cuando tengas algo, me avisas —le dije a Galeano.

Él asintió, como siempre lo hacía. Constantemente he tenido la opinión de que Miguel Galeano disfruta con creces su trabajo. Es un hombre con un cerebro organizado, casi matemático y sumamente perspicaz. No sé mucho más allá sobre su vida. Sé que es soltero y que lleva diez años en el cuerpo, que nació en esta ciudad y que es hijo de un maestro de Literatura. Miguel nunca hablaba de ninguna pena. Era un hombre bastante frío, lo cual resulta maravilloso en esta ocupación. Estaba seguro de que ni siquiera la espantosa muerte de Sánchez cambiaría su consabida expresión.

Estábamos reunidos en mi oficina: Fletcher, el joven Santos, Galeano y yo.

Entonces le anuncié a Fletcher que me acompañaría a la casa de los Chiarello al anochecer.

—Me dijiste que les informara que iríamos mañana en la mañana — cuestionó, emitiendo luego una especie de resoplido.

—Pero iremos hoy mismo porque quiero agarrarlos desprevenidos —le contesté tajante.

Fletcher me miró asombrado. Tal vez le pareció exagerada mi determinación. Creo que algunas veces me contempla con nuevos recelos.

—¿Qué sabemos de Sánchez? —pregunté, tratando de calmar la intensidad que había mostrado antes.

—Le hicieron muchas heridas. Como a los...

—Como a los mendigos, lo sé. ¡Esta maldita loca no me gusta! No me gusta nada su sentido del humor —dije.

Pero no quería reconocer que esa «maldita loca» me había devuelto cierto ímpetu que fui perdiendo en los últimos tiempos. Eso no lo reconocería ni en mil años, porque era cierto que solo quería atraparla y no pensaba concederle ningún efecto positivo sobre mí.

—Santos, necesito que te concentres en averiguar todo lo que puedas en

relación con Vicente Chiarello, con Eileen Baroja y con Briseida Vidal. Con ellos individualmente y también con El Rosario y con la apertura del Felicia. Tráeme todo lo que encuentres: fotos, reseñas, noticias, rumores. Quiero saber todo sobre ese asunto de la intoxicación en El Rosario.

—¿Por qué? ¿Es que crees que ese evento y las muertes del Felicia tienen relación? —cuestionó Fletcher.

Caminé hasta el pizarrón, tomé la tiza que reposaba junto a él y escribí: «Intoxicación Rosario», al lado «Muertes Felicia», y a ambas palabras las uní mediante una flecha.

—¿Ustedes qué creen? —les pregunté.

Fletcher sonrió y miró hacia sus zapatos. Eso hacía cuando necesitaba ganar tiempo para responder. Elías Santos fue el primero que habló, para decir que no tenía idea y que habría que saber más del primer hecho. Galeano se extendió un poco más en la respuesta.

—Podría ser, si la intención es hacerle daño a Vicente Chiarello. Si todo es producto de una venganza hacia él.

—Muy bien, Miguel, porque el centro de esto es Chiarello. Yo no tengo ninguna duda de ello. No creo que nos esté mintiendo, aunque creo que oculta algo, lo cual es diferente.

Galeano asintió.

Entonces escribí en la pizarra la palabra «Venganza».

—Supongamos que el móvil de los asesinatos del Felicia sea la venganza. Y que lo sucedido en El Rosario haya sido una fase previa, solo un primer avance de la misma.

—Entonces lo más seguro es que sea la esposa —dijo Santos.

—No lo sabemos —apunté—, porque es cierto que es una de nuestras principales sospechosas, pero también está la prima.

—Y no solo ellas dos. Pudo no ser una mujer. Le he dado vueltas a ese asunto de la mujer con las piernas manchadas de sangre, y ahora lo estoy mirando desde otra perspectiva —interrumpió Fletcher.

Los tres nos quedamos mirándolo.

—En las declaraciones de los clientes del bar que hemos recogido la noche de ayer, logramos comprobar la presencia de la mujer que salió del restaurante y corrió apurada, aunque nadie más se fijó en lo de las piernas manchadas de sangre. Las descripciones son confusas y no hay nada concluyente en ellas: uno dice que era blanca y alta, y otro morena y baja; y ya saben cómo es eso a la salida de un bar. Pienso que esa mujer tal vez no era la asesina. Tal vez una

mujer desconocida fuese al restaurante para verse con Vicente y se encontró aquello.

Enarqué las cejas mientras él continuó hablando.

—Una cita a escondidas. Y se encontró con la escenita de los cadáveres e indudablemente salió corriendo despavorida.

—Entonces podríamos pensar que Chiarello tiene una amiguita nocturna, y que es tan idiota o tan audaz como para invitar a la amante justo en frente de donde vive con la esposa —concluyó Galeano.

—Te refieres a que dimos por hecho que la mujer que salió corriendo era la asesina, y dices que, en cambio, fue alguien que se dirigió hacia allá con alguna otra intención. Es posible —reconocí—, entonces pon a alguien a que siga a Chiarello. Si hay algo de eso, lo descubriremos. Que lo sigan discretamente.

Agregué en la pizarra la frase «Mujer desconocida». Pero no me gustaba la idea que acababa de exponer Fletcher porque destruía la hipótesis que había tomado forma en mi cabeza, en la cual solo una pieza no encajaba.

Pregunté qué más teníamos hasta ahora.

—Hemos terminado con los empleados ocasionales y de fin de semana. Hemos comprobado sus coartadas; todas son buenas y ninguno tiene antecedentes de violencia, ni siquiera de robo. Uno de ellos, el señor Froilán Castillo, es de mediana edad y ayuda con los suministros del restaurante. Comprobamos sus referencias anteriores y hablamos con sus jefes previos, y todo está en orden. Está casado, tiene dos hijos y la mujer no está en la ciudad en este momento porque está de visita en Las Estepas, atendiendo a un familiar. El otro, un muchacho llamado Luis Girón, vive solo, está recién llegado a la ciudad, ayuda en la preparación de la comida de los sábados, y al momento de perpetrarse los asesinatos estaba en un bar junto a por lo menos nueve personas que lo han comprobado. No tiene esposa ni novia. Y el último es un viejo empleado de la señora Beatriz Vidal Onorato, la poderosa tía de Eileen y de Briseida. Me pareció un hombre bastante formal. Echa una mano en la búsqueda de suministros. Es viudo, tiene una hija viviendo fuera de la ciudad que trabaja en la universidad, y no se encontraba en Altamira al momento de los hechos. Como ve, nada sospechoso, jefe —concluyó Fletcher.

Asentí.

—Entonces, como dije antes, debemos concentrarnos en los Chiarello. En Eileen y en Briseida. Si esta nueva teoría de Fletcher de la mujer desconocida es real, la que salió corriendo no es la asesina. Pero no imagino a alguien entrar en un sitio, encontrar unos cuerpos ensangrentados y, ante esa dantesca escena,

aproximarse todavía más hasta llegar a mancharse, y luego emprender la retirada —dije, buscando escuchar otra opinión.

No dijeron nada más. Los despedí a todos y los convoqué nuevamente a una reunión para las cinco de la tarde. Para esa hora debían darme nueva información y rendir cuentas del estado de la investigación.

Antes de salir, Fletcher dio la vuelta y me hizo una confesión.

—Esta remodelación de la oficina me molesta sobremanera. Me siento metido en una pecera, con esos vidrios y estos marcos de aluminio. Me cuesta pensar cuando todos están viéndome. Parece que fuéramos una redacción de un periódico, a la vista de todos, y para colmo no sé cuándo diablos van a instalar las persianas.

Lo miré y sonreí. Aunque tenía la cabeza en otra parte. En intentar descubrir si la culpable era Eileen o Briseida. Pero no podía ignorar el planteamiento que había hecho Fletcher porque no estaba desprovisto del todo de razón. Estaba claro que había una mujer implicada, y yo más que nadie lo sabía porque la había visto allí en la plaza, porque una mujer había matado a la niñera, y porque Sánchez no hubiese dejado acercarse a un hombre mientras abría la puerta de su casa.

Esta asesina contaba con motivos muy profundos para haberse expuesto de la manera como lo había hecho frente a mí. Ella estaba desarrollando un arriesgado itinerario de muertes, y debía saber que, con cada una de ellas, también dejaba un rastro. No creía que fuera tan ilusa como para suponer que no cometería errores. Más allá de la facilidad que estaba demostrando para asesinar, también debía de tener poderosos motivos para hacerlo. Y yo estaba convencido de que esos motivos gravitaban en torno a Vicente. Él debía de ser una especie de territorio en disputa, o por deseo o por venganza. Vicente Chiarello era un sujeto interesante y atrayente, cuya línea de vida habían torcido... Eso lo dijo el taxista. No podía olvidar esas palabras que anoté en mi libreta. «Jugarle una broma a un esoso que la había defraudado».

Me quedé un rato mirando la pizarra, las fotos y el plano de las heridas en los cuerpos de los mendigos que había hecho Sánchez. El pobre Sánchez que ahora estaba sobre la fría cerámica blanca de la morgue.

Recordé la escena en el Felicia. Esos infelices desangrados, sin la más mínima señal de lucha, y a estas alturas no teníamos ni siquiera sus nombres...

## CAPÍTULO IV



*Lo que me ponía en mejor posición en relación con Dahbar era que él no se imaginaba que alguien de la Policía era un informante para mí. Él debía de desconfiar del cuerpo porque había razones para hacerlo. Pero yo estaba segura de que de la última persona de la cual desconfiaría sería de mi nuevo amigo.*

*Es muy fácil convencer a cualquiera. Cuando alguien va al mismo sitio, todos los días, a la misma hora y lo hace solo, una cuenta con muchas posibilidades, como un gesto de interés, una complicidad inofensiva o escuchar atenta cada palabra con cara de fascinación. Es tan fácil que a veces espanta. Pero Dahbar también hace uso de estas armas. Me encanta la amabilidad del inspector. No sé dónde termina esa amabilidad y dónde comienza su destreza para manipular. Aunque creo que su principal virtud no es esa, sino su capacidad de observación. Yo también me fijo en las personas no porque me interesen, sino para construir patrones. Por eso supe antes que nadie que el tío Raúl quería morirse.*

*Estaba pensando en eso, en lo fácil que es hacer que la gente contribuya con los objetivos propios, cuando por fin vi salir a esa mujer. Ella me desagradaba muchísimo, y ni siquiera tenía clara la razón. Tal vez era buena idea consultarme con un psiquiatra, porque ahora nadie ve nada de malo en eso.*

*Eran las once de la mañana. La entrometida señora Malena caminaba apurada. No logré imaginar la razón. Tal vez se moría de hambre. Para las personas como ella, retrasar tan solo unos minutos la hora de la comida es algo imperdonable, como un pecado capital. A eso lo he llamado el síndrome de los burócratas fisiológicos. Como si uno fuera un animalito y no tuviera voluntad, o un reloj biológico y nada más.*

*Yo me encontraba en la gris cafetería cerca de casa y más cerca aún de El Gato Blanco. No importaba que me vieran, porque era natural que estuviese por allí. Nadie sabía que consideraba ese lugar plagado de un patético gusto y de una peor atención. Pagué con rapidez mi cuenta y emprendí la persecución. Esperaba tener la oportunidad de atacarla en aquel callejón solitario que ella debía caminar para llegar a la pocilga donde vivía. De vuelta me detendría en*

la tiendita de té que habían puesto en la calle paralela. La última vez que la seguí, al regreso pude hacer una excelente compra allí. La verdad es que esta ciudad guarda tesoros donde uno menos lo espera.

Creo que me reconoció en el vagón del metro. Justo cuando cruzábamos la Estación Central. Pero ¿qué tendría de extraordinario que yo hubiese ocupado el mismo vagón que ella? Debía tranquilizarse, diciéndose a sí misma que aquello era una casualidad. En realidad, esa mujer me tenía miedo, y eso se le veía en la cara. Era de esas personas supersticiosas, de las que todavía tienen ideas premodernas en la cabeza.

Ella salió del metro y yo iba acechándola, preparada. Pensaba matarla de la misma manera como maté a la inoportuna de la plaza. Esperaba que los periódicos me hicieran honor y comenzaran a llamarme algo como «la asesina de la horquilla». No estaba nada mal ese apodo.

Continuaba detrás de ella, guiándome por su cabeza llena de canas opacas y descuidadas. Era una mujer sumamente vulgar. Llegamos al callejón que conducía a su casa, luego de cruzar una pequeña plaza triste, y recuerdo que toqué la punta de mi horquilla turca. Pero entonces escuché aquel maldito taladro. Una cuadrilla de hombres estaba trabajando justo donde yo debí abordarla. Sentí la rabia elevarse hasta inundarme la cabeza y me detuve en seco. Malena exclamó unas palabras de contrariedad muy vulgares y continuó caminando para tomar la avenida principal, que estaba repleta de gente.

Cuando me frustró, siento un sabor metálico en la boca, como si me sangraran las encías. Por eso a veces fantaseo con que soy Maila Nurmi. Recordé a mi tío Raúl cuando la tía Beatriz hacía algo inconveniente que lo abochornaba. Él también debía de sentir ese sabor en la boca y debió de haberlo dicho alguna vez, y desde entonces he debido asemejarlo a un vampiro. Muchas veces me he preguntado qué hubiese opinado el divertido tío Raúl en relación con Vicente. Ya sé lo que opina la tía Beatriz porque me lo ha dicho, y aunque no lo hubiese hecho, lo hubiese sabido desde que la vi mirarlo por primera vez. Ella hasta se atrevió a contratar a una persona para que averiguara cosas sobre Vicente.

Regresé a la boca del metro. Me sentía irritable y no pasé por el té. Lo cierto es que no estaba teniendo un buen día porque esa mujer estúpida se había salvado.

De camino al sanatorio pensé que, tal como había considerado al principio, el mejor momento para deshacerme de ella era en la mañana, muy temprano. He debido empujarla al borde, verla caer y golpearse, e ir a parar con todos los



*huesos quebrados al final de la bella y gigantesca escalera que hay en esa estación del metro.*

*Cada vez tiene menos sentido cambiar los planes iniciales, y no seguirlos tal y como se me ocurren.*

# CAPÍTULO V



«El cuchillo y la puerta son elementos antagónicos a menos que sean etapas sucesivas». Eso escribí en el pizarrón de mi oficina y luego miré la persiana desplegada que cubría los cristales de la ventana. En varias oportunidades, aquella mañana, había sentido el impulso de asomarme para saber si ella estaba allí. Pero había logrado soportar esa retorcida curiosidad. La única ventaja de que estuviese allí sentada sería que no estaría matando a nadie en ese momento. Esa mujer era como una máquina de cometer asesinatos que no iba a detenerse voluntariamente.

Llamé a Fletcher por la línea interna, una vez que lo vi a través de las paredes de vidrio que él mismo había descrito como los paneles de una pecera.

—Braulio, pon a alguno de los investigadores a revisar si hubo casos no resueltos de asesinatos a causa de ataques con armas blancas en ciudades cercanas, en un lapso de cinco a diez años. Que te dé el reporte al final de la tarde —ordené y colgué el auricular.

Esperaba con ansias la información de Santos y de Galeano. Sentía que cada minuto que pasaba le estaba dando margen de maniobra a ella. Tenía que contar con la mayor cantidad de información posible antes de ir a casa de Chiarello. Yo no solía comunicar todo lo que pensaba, ni siquiera a Fletcher. Quería saber sobre lo sucedido en El Rosario para orientar las sospechas hacia eso, y así hacerles creer a Eileen y a Briseida que buscábamos a alguien más. Como para crear un «ámbito de sospecha falso» que bajaría la guardia de la asesina y que le haría creer que estaba a salvo. Me guardaba para mí la verdadera estrategia porque no quería que Fletcher, y mucho menos Santos ni Galeano, conociera todas mis cartas. No por ellos, propiamente, sino porque tal vez no sabrían guardar en secreto los pasos que estábamos dando, y a la mínima filtración que hubiese de información, la asesina podría aprovechar obtenerla. Por eso no diría a los muchachos que la investigación de El Rosario solo era un agente distractor para entonces poder profundizar con menos resistencia en los sujetos de interés; las dos mujeres que tenían acceso libre al Felicia y relación con Vicente. Por otro lado, conocer los antecedentes de cada uno de ellos, incluyendo a Vicente, podía ayudarme a hacerme una idea más clara de la relación entre los tres.

Continué mirando la pizarra y pensando. Me preguntaba por qué usaría el cuchillo de Vicente, lo que a todas luces iba a inculparlo. Esa era la disonancia que me reventaba la cabeza; el cuchillo y la puerta juntos eran ambivalentes... a menos que la idea fuera culpar primero a Vicente, de una manera burda con lo de las huellas del cuchillo, y luego exculparlo con el testimonio, que no tardaría en aparecer, de que una mujer con las piernas manchadas de sangre había salido corriendo del restaurante. Así las sombras de las dudas sobre Vicente se despejarían temprano. Sin embargo, hubiese sido mejor no implicar a Vicente de ninguna manera. ¿Y si la idea era culparlo para vengarse?, ¿quién tendría más motivos para odiar a Vicente? ¿Cuál de ellas dos? Me parecía un hombre bastante capaz de llevar adelante una aventura con otra mujer. Eso debía concedérselo a Fletcher. Entonces, quien tal vez debía querer vengarse sería su esposa Eileen.

No me creía la tesis de Fletcher de la desconocida que acudía a la cita. Si ese hubiese sido el caso, ¿por qué Vicente había hablado de la sombra alertándonos la presencia de una mujer inconveniente? No. Yo estaba seguro de que era en ese bonito apartamento de los Chiarello, en el edificio color turquesa, donde se habían fraguado los asesinatos del Felicia, y que la culpable era una de ellas: o Eileen o Briseida. Estaba casi convencido de que Vicente Chiarello no tenía ninguna participación en estos asesinatos. Recordé mi impresión al darme cuenta de que aquella mujer que consolaba a Vicente en la escalinata no era su esposa. Recordé a Eileen abrir la puerta, como llevada por la situación, como sobrepasada en sus fuerzas. Más bien como un ánima.

Y las palabras de Malena me sonaban en la cabeza; esa mujer tiene algo peligroso en la mirada, o algo así había dicho. No recordaba bien... ¿Habría tomado notas de esa entrevista? Me respondí inmediatamente que no lo hice porque tuve que esforzarme en la mirada y la atención hacia ella, para hacerla hablar. Tal vez era buena idea volver a conversar con Malena. Es muy difícil lograr revivir las situaciones con los testigos si uno no lleva cabal registro de todo. Uno queda con la información básica, pero muchas cosas se pierden en el camino. Estoy seguro de que Malena nunca me dijo a quién se refería cuando habló de que «esa mujer tenía algo malo». Yo estaba tan enfocado en el asunto de la víctima que no le pedí precisión con relación a eso. Además de que me pareció una consideración plagada de prejuicios y por eso no la consideré importante, como si los prejuicios no jugasen un gran papel la mayoría de las veces. En cambio, Daniel fue bastante claro en la manifestación de sus afectos; Briseida le resultaba simpática y Eileen bastante presumida, además de loca.

También había dicho que escuchó discutir a Vicente y a Eileen cuando abrieron el Felicia. Me pregunté qué más sabría Daniel de ese triángulo de interés para mí, y lamenté no haber tomado notas en El Gato Blanco.

Tocaron a la puerta de la oficina y me trajeron los planos del edificio donde vivían los Chiarello. Existían escaleras ocultas que podían desplegarse desde los apartamentos. Asentí complacido.

Recuerdo que me levanté y volví a mirar la empolvada persiana. Luego salí a la salita a buscar café, pero se había acabado. No quise bajar al cafetín, donde se congregaban la mayoría de los miembros del cuerpo, sobre todo a esa hora. No quería verle la cara a Irigorri ni volver a pensar en la muerte de Nicolás. Tampoco quería ver a Bustillos. Aunque en algún momento tendría que hacerlo si quería enterarme del curso de las investigaciones de las otras muertes que esta mujer había causado.

Volví a la oficina y tomé el teléfono para llamar a Mary. Había quedado con ella que lo haría en la tarde, porque los medicamentos la ponían somnolienta luego de la cena y entonces no podíamos conversar gratamente. Era una gran ventaja que la dirección del sanatorio me permitiera hablar con mi hermana a la hora que quisiera, aunque fuera solo una vez al día. Era una valiosa deferencia, lo mismo que dejarle tocar el piano y permitir que impartiera clases de música.

La noté eufórica. Me habló de una invitación que le habían hecho y de una caja de bombones con cacao venezolano y vainilla. Me dijo que no podría seguir hablando porque debía atender a alguien. Me espantaban las euforias de mi hermana porque normalmente anunciaban tempestades.

Miré el reloj y decidí que tendría tiempo de tomar un café en lo de Nancy, antes de la reunión con los muchachos para actualizar el estado de la investigación. Deseché la idea de que el día anterior fuese ella, la asesina, quien me había servido la primera taza en la cafetería. No creía que se arriesgara tanto a ser descubierta.

## CAPÍTULO VI



*Me figuraba a Mary Dahbar fantaseando con la propuesta que acababa de hacerle llegar. La imaginé haciéndole pasar un mal momento a su hermano, justo ahora, por el teléfono. Tenía la impresión de que a él no le gustaba oírlo tan contenta, porque sabía que esa alegría era efímera.*

*—Era mi hermano Diego. Quería hablarme, pero le dije que estaba ocupada. Él se preocupa demasiado por mí. Después le cuento mejor la buena noticia que te he contado a ti —me dijo ella con los ojos como soles brillantes.*

*Hay que darle a la gente lo que busca, aunque la mayoría de las veces ni siquiera sepa lo que está buscando. Pero el subconsciente de cada uno siempre lo sabe. Por ejemplo, Vicente comparaba el hallazgo de mis muertos del Felicia con pedazos de tierra. Lo decía una y otra vez en todos lados; nos lo decía a mi prima y a mí. Realmente no hablaba él, porque hablaba su subconsciente, que ya sabía que eso tenía relación con los hombres que aquella boca de tierra se tragó. El pobre Vicente es un genio atormentado por una vieja tontería. Algunas veces me pregunto en dónde radica su magnetismo, y concluyo que está en su cuerpo, sus huesos y sus músculos. Creo que si rellenara su cerebro de paja seca, no habría mucha diferencia en la forma de sus pensamientos.*

*Volviendo a Mary, puedo decir que es sorprendente lo que se puede hacer hoy en día de manera impersonal, inventando comunicaciones corporativas. Solo tuve que robar un par de hojas con el membrete de la fundación de la tía y construir una bonita invitación hecha a su medida. Es que he podido conocerla, y la tengo catalogada como la más infantil de las ilusas. Esta mujer no tiene la más mínima idea de las convenciones sociales. Creo que hay en ella una niña atrapada, más o menos de doce años, en el cuerpo de una mujer adulta. Debe haber sido un plomo en el ala para Dahbar, toda su vida.*

*La influencia que he ido logrando sobre Mary no para de crecer, y me temo que Diego no tiene idea de lo cerca que estoy de sus afectos. Me hubiese encantado conocer a la exesposa de Diego, pero tampoco iba a cruzar medio país para ir a verla. Si viviera un poco más cerca y en un lugar más interesante, a ella sí la hubiese matado con todo gusto por dejar a Diego. Es como la tía Beatriz apartando a tío Raúl a cada instante. Menos mal que él se ideaba las*

*maneras de disfrutar, poco decorosas pero siempre divertidas. La odio, con un odio muy antiguo, a mi tía Beatriz, pero ella cree que es mi preferida. Aparenta ser de hielo y en el fondo es un estúpido conejo de cuento infantil, sin ningún criterio.*

*Mary lleva años queriendo dar un concierto. Así de pequeño es el tamaño de sus aspiraciones, y entonces se me ocurrió que como ha ofrecido recitales los domingos en el sanatorio de San Pedro, a los cuales asisten personas externas (de hecho, en uno de ellos entablamos conversación por primera vez), podría alguien del público haber quedado prendado de su música y haber convencido a Beatriz Vidal, viuda de Raúl Onorato y presidente de la Fundación Cultural Onorato, para que la invitase a presentarse en una reunión en La Villa para darla a conocer e impulsar su carrera, porque «esa gracia, esa sutileza madura que ella transmitía era realmente especial». Es tan egocéntrica que tal vez crea que haber intentado quitarse la vida la dota de un carácter melancólico especial que se trasluce en sus notas.*

*Algunas de esas bobadas, algo maquilladas para que no parecieran tan cursis al menos a mis ojos, escribí en la invitación que le hice llegar a Mary y que firmé como si fuera mi prima.*

*Ahora se encontraba sonriente, iba de azul celeste con un vestido que desataba unos discretos vuelos al frente. Llevaba un dije dorado con forma de rosa, y se había puesto color en los labios. Todas estas eran pruebas de una nueva felicidad ficticia. Me preguntó qué quería aprender hoy. Siempre preguntaba lo mismo para terminar haciendo alarde de sus conocimientos musicales sin atender a lo que yo pudiera decir. Yo era solo un pretexto, alguien que cumplía la función de validar su nueva faceta de «maestra de música». Eso no me importaba. No voy a negar que fuera una persona extraordinariamente sincera, y que algunas veces al mirarla sentía una forma de lástima que me hacía experimentar un feo cosquilleo, y unos calambres en las plantas de los pies bastante desagradables. Como cuando uno se siente fatigado por nadar en exceso. Fue cuando me di cuenta de que yo también estaba cambiando, y estuve segura de que la razón era Vicente. Pero no sabía si ese cambio me convenía, ni mucho menos si me convenía. De todas formas, me consolaba pensando que mis cambios eran tan duraderos como las alegrías de Mary.*

*Este ángel infantil llamado Mary Dahbar era mi garantía de que el inspector Dahbar haría lo correcto. «Los ángeles tampoco saben para quién trabajan», pensé para mí misma, por supuesto que en son de burla.*

## CAPÍTULO VII



Terminé de tomar el café que Nancy me había traído. Me gustaba escuchar los sonidos metálicos de ese lugar abarrotado de gente. Me hacía recordar el juego de niños en la cafetería de Amador, en Sancaré. Aquel donde uno cerraba los ojos e intentaba identificar de dónde provenían los sonidos que se escuchaban. Mary era buena en eso, y yo casi nunca acertaba, pero mi imaginación era portentosa y eso me hizo ser el preferido para dar explicaciones locas.

La verdad era que el café de Nancy era un antídoto ante cualquier adversidad. Y las rosas que preparaba, ni muy dulces ni muy húmedas, eran la gloria. No sé por qué razón me encontraba de mejor humor. Tal vez en la medida en que iba pasando el día iba menguando la tristeza por la muerte de Nicolás.

Los de la mesa vecina sostenían una discusión. Yo no los miraba, pero sí los escuchaba. La mujer mayor afirmaba tercamente que la ciudad tan fría era muy triste, y que era una pena pasar en ella Navidad. El hombre respondió que eso dependía. Otra voz femenina, algo más chillona, se oponía intensamente al argumento de la primera mujer, y luego la escuché decir: «La gente sabe que nunca te ha gustado esta ciudad, así que es natural que espere que ahora digas que las Navidades aquí son tristes».

Mientras escuchaba aquello, doblé, sin pensar, la servilleta que había sobre la mesa, haciendo un triángulo perfecto y dejándola frente a mí. Me quedé mirándola. Recordé a la mujer que pretendía tomar la foto «dentro» de otra foto aparente, y también la puerta principal del Felicia. Todo vino a mí, junto y de pronto, como cuando superamos un momento de peligro mortal. También volvieron a mí las palabras de Daniel en El Gato Blanco y entonces comprendí el objetivo de la asesina, porque la clave había estado desde el principio allí, pero oculta y dispersa en mi cabeza.

Entonces tuve por primera vez una certeza sobre la identidad de la asesina. Estaba conmocionado, pero no podría decirle a nadie lo que ya pensaba, hasta que avanzáramos un poco más.

El ruido de la puerta me sacó de mi emoción. Recordé que la última vez que lo escuché de esa forma fue aquella del doble servicio del café. Miré el reloj y

decidí que me daría tiempo de llegar hasta donde quería ir. Tomé un taxi y en menos de veinte minutos estuve frente a un local cerrado, que ponía en un aviso: «Se alquila». Era el lugar donde meses antes había funcionado El Rosario.

Una cosa eran las habilidades complementarias que descubría en el efectivo grupo de investigación donde Galeano era el práctico, Santos el hombre de acción y Fletcher mi alter ego; y otra diferente era mirar las cosas por mí mismo. En ese sentido, soy de la vieja escuela. Me gusta hurgar en los lugares. Por eso yo también tenía que visitar la calle donde había estado El Rosario y donde creo que inició este triángulo que terminó en varias muertes.

Era tal como me la esperaba. Lugares y tiendas elegantes, olores maravillosos que mezclaban ostiones y mantequilla. Buenos autos y mujeres hermosas asomando sus pantorrillas enfundadas en finas medias al bajar de ellos. Ningún puesto de periódico ni cafetería al aire libre. Una galería al final de la calle que exhibía unos cuadros modernistas con trazos rojos y verdes en primer plano. Detrás, algunas pinturas de bonitos paisajes marinos. Una imagen llamó mi atención. Era una fotografía enmarcada en negro que mostraba una especie de alce cuidando unos huevos que se abrían.

Estuve unos minutos en aquella calle lujosa y desierta, frente a El Rosario, imaginando cómo ella se había ido llenando de celos, desnaturalizando la relación entre los tres y poniéndose aquel disfraz con el cual la había conocido. Estaba seguro de que alguien por allí, de haberla observado y escuchado, tendría claridad sobre sus intenciones. Pero el problema era que la vida de esta calle era muy diferente a donde se encontraba el Felicia. Las Malenas y los Danieles de este mundo parecían no existir allí. Entonces pensé que debía buscar en otra parte a alguien que pudiera haber visto u oído algo que me ayudara a demostrar la culpabilidad de esa mujer.

Cuando ya había decidido volver a la oficina, recordé de pronto lo que dijo Fletcher sobre la pecera... ¡Porque era cierto! ¡Estábamos desnudos frente al resto del cuerpo gracias a esos malditos vidrios! Una persona con una mínima habilidad de leer los labios podría saber lo que decíamos, y sin duda podría ver todo lo que yo escribía en la pizarra. Me sentí un idiota, porque si uno va a creer que se encuentra en un lugar inseguro e infiltrado, entonces debe actuar en consecuencia y no dejar posibilidades abiertas ni rendijas de información...

Paré un taxi que acababa de dejar a un hombre, le mostré mi placa al chofer y le pedí que me llevara lo más rápido posible a la calle Magnolia número 57, al Departamento de Policía.

Cuando llegué al edificio, apuré el paso y me topé con un nuevo encargado



de la entrada. ¡No me gustaba que eso estuviese pasando! Me refiero a encontrarme con gente desconocida. Y entonces me sentí paranoico.

Después salí del ascensor y miré hacia mi oficina, pero sabía que había un recodo que dejaba un punto ciego desde afuera. Llegué casi corriendo y abrí la puerta. Allí estaba alguien revisando unos papeles.

Era Elías Santos.

## CAPÍTULO VIII



*Salí de mejor humor del sanatorio y me fui a El Gato Blanco. Estaba un poco retrasada y pensé que lo más seguro era que ya él no estuviera solo. Pero resultó que sí lo estaba. Nos encontramos en una pequeña habitación repleta de cajas de licores, que miraba a la parte de atrás del bar. Allí normalmente teníamos nuestras charlas.*

*—Daniel, dime, ¿qué más has descubierto? —le pregunté mientras él, alelado, miraba mis labios.*

*—Todo está en orden. Pero me parece que a Vicente lo están siguiendo.*

*—¿Quién lo está siguiendo? —pregunté espantada.*

*—Los polis. No estoy seguro de que él se haya dado cuenta. Ya sabes que él siempre anda como en otra dimensión.*

*Lo sabía, y por eso en mi pensamiento Vicente se asemejaba a un puro caballo blanco que andaba a sus anchas por un campo nublado. Tal vez esa era la mejor descripción de lo que Daniel llamaba «otra dimensión».*

*—Sí, lo sé. ¿Y a mi prima no la siguen? —pregunté cargada de rabia contra Dahbar, lo cual hizo que recordara el vestido celeste de Mary. Si la hubiese tenido en frente, la hubiese asfixiado. Imaginé la escena, su cabeza metida en una bolsa plástica y opaca, y su boca rosa abriéndose y cerrándose como un pez muriendo.*

*Creo que Daniel vio la ira en mis ojos. Creo que lo asusté, e intenté desviar su atención.*

*—¿Dónde está la simpática señora que trabaja aquí? —le pregunté, como despreocupada.*

*—¿Malena? Ni idea. No ha vuelto aún, y después dicen que el incumplido soy yo.*

*¿Por qué Malena no había vuelto? Yo no recordaba haberle hecho nada, por culpa de los hombres que trabajaban con aquel enojoso taladro. Hasta ahora no me había pasado nada igual. Matar sin recordarlo me resultaría un verdadero espanto.*

*—Creo que solo persiguen a Vicente.*

*—Aquí tienes tu pago. Cuéntalo —le dije, pareciendo considerada.*

—No tengo que hacerlo —respondió él, pretendiendo hacer alarde de una caballerosidad que me pareció bochornosa, y luego continuó hablando—. Pero creo que deberíamos revisar el pago. Porque yo no vi solo una mujer corriendo. Yo te vi a ti corriendo.

Aquello era el colmo de la pretensión. Que él pensara que podría chantajearme, precisamente ese día. Puse mi más bonita cara, la más complaciente, y le respondí.

—Siempre he sabido que me reconociste, pues te fijas mucho en mí, aunque digas lo contrario. Ahora necesito que vengas conmigo atrás porque tengo que mostrarte algo que te interesará.

Esas fueron las últimas palabras que Daniel escuchó. Lo otro que recuerdo es haberlo golpeado con un buen trozo de madera que había, como caída del cielo, junto a la puerta trasera. El Felicia se conectaba con el patio del bar por medio del callejón que servía para que depositáramos la basura, y allí podrían encontrarse muchas cosas.

Y también recuerdo haber puesto sobre su cabeza una bolsa de plástico, y haberme quedado sintiendo su pelo áspero debajo de ella mientras él moría. No pensé que pudiera sentirse tanto así. Las otras veces que asesiné de esa forma, no me había pasado lo mismo. Estoy segura de que al chico no le habían hablado antes de la abundancia y dureza de su melena.

Lo maté porque estaba molesta. La forma como lo hice, tengo que reconocer que fue conducida por la ira. Es que saber que Dahbar todavía perseguía a Vicente me puso de pésimo humor, y que este mequetrefe intentara sobornarme terminó de hartarme.

Limpié mis huellas de la tabla, la tiré en el basurero y me fui.

Nadie me vio entrar y nadie me vio salir. Esto había que cuidarlo mucho en esta bendita calle tan diferente a la divina calle La Alameda, donde funcionaba El Rosario y donde nadie andaba mirando lo que hacían los otros. Cuando pase todo esto intentaré convencer a Vicente de que abramos un nuevo restaurante en ese mismo local, porque sé que aún no lo han alquilado. Y no tendría nada de malo demostrar que restamos importancia a la intoxicación de esos inoportunos. Hasta podríamos llamarlo El Fletán Negro, como una provocación para el cotilleo de los infames.

La verdad era que el día me estaba resultando un remolino de pasiones.

¿Por qué esa mujer no habría llegado aún?

Me resistía a pensar que yo había empezado a hacer cosas sin luego recordarlas. Como si otra asesina disparatada y no tan precavida como yo se

*hubiese soltado dentro de mí. Eso que llaman el «etat second» en la psicología más moderna que se ha exacerbado después de la guerra.*

## CAPÍTULO IX



—No está bien. Yo no he dejado esto así —dijo Santos con una voz que me pareció muy aguda.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté, aparentando tranquilidad.

—Hace media hora dejé esta carpeta aquí, que contiene lo recabado en relación con lo que me pidió que investigara, para que fuera mirándola antes de la reunión. Encontré cosas interesantes. Pero hace unos minutos me llamó mi amiga del diario para decirme algo más que había quedado pendiente, y vine a agregarlo, y encontré estos papeles dispuestos en un orden que no fue el que yo dejé. No falta nada, pero no es el orden anterior. Estoy seguro porque soy obsesivo al respecto.

—¿Estás diciendo que alguien se metió a mirar? Sería Fletcher. No te preocupes, que ahora mismo lo aclaramos.

En ese momento apareció Braulio sonriendo y cargando una taza de café humeante en la mano izquierda.

—Santos dice que estuviste mirando su informe —dije, quitándome el abrigo y caminando hacia el escritorio.

—Yo no he mirado nada. No tengo por norma meterme aquí —me dijo, ligeramente molesto.

—¿Entonces sería Galeano? —insistí, en parte para tranquilizar a Santos.

Una de las cosas que he aprendido en este oficio es que nunca uno debe mostrar desesperación ante las crisis. Atravesábamos una crisis de credibilidad profunda y ya nadie confiaba en nadie en el cuerpo, y esta había logrado alcanzar incluso a mi equipo. Continué disimulando y pensando quién podría ser el soplón. Incluso podría ser el mismo Santos, que estaba inventando este truco del desorden en su carpeta porque yo lo había sorprendido dentro de mi oficina. Fletcher salió a buscar a Miguel Galeano. Santos me miraba afectado y repetía lo mismo que dijo antes, que estaba seguro de que la carpeta había sido manipulada.

—Que no es tan grave, hombre —le dije, desatando una mayor incomodidad en él.

—¿Que no es tan grave? ¿No fue usted el que nos pidió discreción en este

caso? ¿No nos dijo que no debíamos hablar con nadie sobre él? Yo también sé que están pasando cosas en el Departamento, y me pareció una buena idea lo que usted proponía. Lo de ser discretos. No sé si tiene claro, inspector, que nos enfrentamos a gente muy poderosa que tiene ojos en todas partes, y le hablo nada más y nada menos que de los Onorato. A Beatriz Vidal, viuda de Onorato. Ya lo verá con lo que pasó en El Rosario.

Tuve la intención de hacerle saber a Elías que yo estaba disimulando. Que debíamos aparentar normalidad porque aún nos encontrábamos allí adentro a la vista de los demás. Casi me pareció por completo un hombre confiable en ese momento.

Entonces volvieron Fletcher y Galeano.

—Yo no he mirado nada de nada —dijo este último.

—Lo ve, inspector —me recalcó Santos.

Los tres me miraron atónitos y tuve que tomar cartas en el asunto.

—Bien, nos vamos de aquí. Tomen lo que consideren necesario para mostrarme los avances que han hecho el día de hoy y nos vamos a alguna parte donde estemos solos, y donde podamos trabajar, que no tengo idea de cuál sitio pueda ser.

—Sé de un lugar. Una zapatería a dos calles. El dueño ha desaparecido. Aún no se ha dado con sus familiares ni conocidos. Hemos estado investigando, pero aún nada. El reporte de la desaparición lo hizo un proveedor hace una semana. Logré entrar allí. —Santos me miró con cara de culpabilidad por lo que estaba confesando—. Por una ventana mal cerrada de la parte de atrás, pero lo hice para buscar alguna pista. Solo yo, así que nadie del Departamento lo sabe.

Pensé que la ambición de Santos lo llevaría lejos. No sabía si a un buen lugar, pero sí sabía que bastante lejos.

—El asunto es que la tienda aún cuenta con electricidad y podemos al menos por hoy reunirnos allí. Y no está tan mal.

—Vamos entonces.

No podíamos distraernos. Yo también pensaba que ella estaba muy cerca de nosotros. Lo que aún no decidía era de cuál lado de la pecera me observaba. Si todavía estaba afuera o había logrado entrar a mi círculo.

# CAPÍTULO X



*Haber matado a Daniel no me ayudó a calmarme en lo absoluto. Todavía no entendía por qué Dahbar consideraba necesario seguir a Vicente, porque yo pensaba que ya lo había descartado como sospechoso.*

*¡Y ese estúpido del cuerpo de Policía no se comunicaba conmigo! Necesitaba que me explicara inmediatamente qué era lo que estaba pasando en la cabeza de Dahbar y en qué estaban pensando en la Dirección de Homicidios. Quería saber qué tanto habían avanzado en las pesquisas y que camino estaban tomando las mismas.*

*Conocí al informante de la Policía gracias a mi tía Beatriz, quien por cierto fue la primera en seguir a Vicente, así como ahora lo hacía Dahbar. Yo inoculé esa idea en su cabeza porque quería saber si Vicente se estaba viendo con alguien, y no quise seguirlo yo misma porque hubiese sido doloroso encontrarlo con alguna mujer. Entonces influencí a la tía Beatriz para que lo vigilara como si fuera idea de ella hacerlo. Pero jamás pensé que se atrevería a tanto con lo de la salmonela del pollo en el fletán, lo cual fue un duro golpe, totalmente innecesario.*

*Estoy segura de que ella, la muy vulgar, tuvo que ver. Aunque con su enorme nariz y sus antipáticos ojos agudos no se cansaba de repetir que una cosa era seguir a Vicente y otra condenarlo al fracaso. Pero fue ella misma la que provocó que aquel crítico visitara El Rosario, y sabía que al plato exquisito hecho con el fletán no iba a rechazarlo. Ya Aitor Osuna, el conocido crítico que se intoxicó, había manifestado en varios artículos de revistas importantes que aquel era de los platos preferidos de su niñez.*

*Luego de mis asesinatos en el Felicia acordé con mi tía la necesidad de que el infiltrado en el Departamento de Policía, que desde antes le rendía información provechosa para agilizar sus negocios mediante sobornos, nos informara sobre lo que iba descubriendo Diego Dahbar. Como he dicho antes, la tía Beatriz es sumamente manejable, aunque no lo parezca.*

*Logré su permiso para encontrarme con el sujeto, y desde ese momento lo he podido controlar mucho más. Ya no le debe fidelidad a ella, sino a mí. Entre otras cosas, he doblado su paga, y eso ha sido como miel para él.*

# CAPÍTULO XI



Llegamos al cuchitril donde nos llevó Elías Santos.

Era oscuro, atestado de cajas y lleno de polvo por todos lados. Una luz amarillenta permeaba todo el lugar y le daba una atmósfera melancólica, como de proyecto fallido. Pero de alguna manera, me gustó. Daba tal impresión de ruina que sentí que era muy importante lo que hacíamos, para haber ido a parar hasta allá y estar dispuestos a sostener una reunión en ese oculto recinto.

Las sillas que encontramos eran idénticas a unas que yo recordaba haber visto en la iglesia, de pequeño. Tres patas acanaladas de madera oscura y un cojín redondo, color verde claro, que podía elevarse o hundirse, accionando una palanca a través del giro de un volante que se encontraba oculto. Las experiencias de la niñez asaltan en los momentos menos adecuados. Me recordé jugando con un cojín similar a esos, imaginando que era el volante de una máquina voladora, de un aparato espacial. Me sentí muy viejo.

Nos acomodamos en torno a una mesa de trabajo, de considerable tamaño, que estaba en el medio de la habitación. Esta se balanceaba cuando nos apoyábamos, haciendo un ruido similar al de una mecedora. Elías, que había asumido con efectividad su papel de anfitrión, notó el vaivén de la mesa antes que yo y se movió a buscar unos cuadernos de registros en algún lugar, y los puso bajo una de las patas. Comenzaba a caerme bien el muchacho. Era la primera vez que trabajábamos juntos y tan de cerca. Lo que sabía de él era por referencia de Fletcher, que lo tenía en alta estima. A pesar de que Braulio era un hombre sumamente conservador y, por lo que me parecía, Elías era bastante «suelto», se habían entendido bien.

Miguel Galeano se sentó a mi lado.

Cuando estuvimos los cuatro acomodados, nos miramos unos segundos y Fletcher soltó una carcajada. La misma se acompañó de la frase: «Hemos ascendido. Miren nuestra oficinita...».

Todos reímos. Al menos allí me estaba sintiendo fuera de la mirada de la asesina. Eso creía.

—Empecemos con el asunto de los mendigos. Fletcher, ¿sacaste del archivo el registro de los comercios de la zona de La Ciudadela? —le pregunté.



—Aquí lo tienes. Y aquí tienes el mapa de catastro con los locales ya identificados de la zona a donde fue Miguel.

Entre ambos desplegaron el mapa sobre la empolvada mesa.

—Bien, Galeano, cuéntanos —le invité a tomar la palabra, pero entonces me acordé de lo de los estudios sobre la localización de los mendigos de la ciudad que hacían en la universidad, y quise saber primero sobre eso. Le pregunté si había hablado con el profesor Isaac Flores.

—No, porque está en un congreso en Chicago.

—Raro, ¿no? —dijo Santos con ironía—. ¿Cuál es su especialidad? ¿Sociólogo? ¿Antropólogo? Entiendo que esos muestran curiosidad intelectual por cualquier cosa. Supongo que el número de congresos a los que asisten estos «pensantes» son infinitos.

Fletcher lo miró con reprobación. A mí me hizo gracia el comentario porque yo pensaba algo similar. Tal vez sin el tono de resentimiento que pude percibir cuando dijo lo de «pensantes», pero sí concordaba con el resto de la afirmación. Me limité a responder, en parte para calmar a Fletcher, que era verdad que los congresos podrían girar en torno a cualquier tema.

Galeano, quien no se inmutó por el comentario de Santos, continuó hablando.

—Fui hasta allá, hasta donde Míguez insistía que había visto a la víctima. Esas calles se encuentran en la zona más al sur. Es decir, aquí. —Señaló un área en el mapa que habían desplegado sobre la mesa—. No hay gran cosa ahora por allá. Es una zona que se ha estado vaciando porque, como sabemos, la ciudad está creciendo hacia el norte. Entonces, quienes están viviendo allí, o están locos por irse o andan en negocios no muy legales que digamos.

—Lo comprobé con Matías, el de Estadísticas. Una nueva banda que se dedica a fechorías menores reside en la zona y ha aumentado el índice delictivo —interrumpió Fletcher.

—Los mendigos se han replegado en esa área porque cuenta con poca vigilancia policial, porque a la vez tiene buena conectividad a través del metro que llega hasta aquí. —Señaló un punto en el mapa—. Y porque tampoco está tan lejos de esta área urbana de clase media cuando se atraviesa La Ciudadela, lo cual constituye el lugar donde ellos piden limosna. Por otro lado, esto de aquí es un comedor y aquí hay una capilla que pertenece a la congregación de los de la iglesia San Pedro, que son los mismos del hospital. En general, esta zona cuenta con muchas facilidades para que estos hombres puedan pedir limosna y ser atendidos, y luego puedan replegarse en los negocios y las casas que han sido

abandonados, para pernoctar sin mayores sobresaltos. Toda esta área es como un lugar donde la ciudad se acabó.

Yo entendía lo que Galeano quería decir. Esa zona era como un miembro separado del resto del organismo que representaba la ciudad de Altamira; como una cola de lagartija dando los últimos estertores.

—Hablé con los encargados del comedor. Este funciona con una administración híbrida entre el párroco de San Pedro y una fundación que aporta lo necesario para alimentar a la gente que se encuentra viviendo en las calles. El perfil típico son hombres mayores de cincuenta años, alcohólicos y sin familia. Algunos no entran en el programa de atención del comedor porque se han mostrado violentos. Son llamados «los difíciles».

—¡Vaya! —exclamó Elías.

—¿Qué tiene de malo? —respondió Fletcher—. No todos pueden estar igual de atendidos.

Galeano continuó hablando sin ni siquiera mirarlos.

—Mostré las fotos de las víctimas, y adivinen —dijo.

—Reconocieron solo a uno, y era de los «difíciles» —completé.

—Exacto. Casi nunca tuvieron contacto con él. A la otra víctima nadie la había visto.

—¿Cuántos eran los que entraban en esa categoría de «difíciles»? —quise saber.

—Dos, durante este año. Resulta que preguntando en las calles obtuve la información de que estos dos sujetos dormían en esta casa abandonada. Esta de aquí. —Galeano mostró un punto en el mapa—. Hablé con la vecina de esta casa, una mujer joven que aún vive allí con una hija de unos doce años y dos niños más pequeños. Digo «aún» porque está desesperada por mudarse, y cree que va a lograrlo muy pronto. El esposo es pescador y se encuentra en altamar en este momento. Ella, cuyo nombre es Greta Molina, me confirmó que había dos hombres que dormían en la casa vecina. Que al principio les tenía miedo, por los niños, pero que luego se fue tranquilizando porque no le parecieron peligrosos. Solo eran «dos pobres borrachos sin familia», según sus propias palabras. Y también dijo que no le parecía justo que no les ofrecieran comida en el comedor de la fundación.

—¿Cómo hacían para sobrevivir estos dos sujetos excluidos de la atención? —pregunté.

—Greta me confirmó algo que me dijeron en la zona. Y es que alguien más los alimentaba.

Hicimos silencio. No sé si Galeano esperaba esta expectación luego de sus palabras. Supongo que no, pero logró que todos le miráramos atentamente a la cara.

Entonces escuchamos un ruido cerca, junto a la ventana del fondo de la habitación. Supuse que era un pájaro. Antes había escuchado el gorjeo de unas palomas y había visto sus sombras, a pesar de la película de polvo que cubría los gastados cristales.

—Greta Molina me dijo que una tarde salió a buscar a su hija mayor, quien desde que tiene una bicicleta nueva se la pasa en la calle, lo cual, es un quebradero de cabeza para ella. Me cuenta que ese día vio cómo un brillante auto negro (no supo dar más señas por mucho que insistí) se estacionó aquí a la entrada de este callejón. —Galeano puso el dedo índice sobre un lugar del mapa—. Está como a cincuenta metros de la puerta de su casa. Y de él vio salir a una mujer. Los dos hombres llegaron junto a esta mujer; ella abrió el maletero y de allí sacó varias viandas envueltas en bolsas y se las entregó. Luego cerró el maletero, se despidió, se subió al vehículo y se fue. A Greta le pareció rara esa actuación porque se preguntaba qué podía querer una mujer elegante como esa, en un auto tan fino, entregando algo a esos pobres hombres en aquella boca del callejón más feo de la zona. La curiosidad no la abandonó y esperó que los hombres llegaran a resguardarse en la casa vecina para abordarlos. Entonces les preguntó qué llevaban en esas bolsas. Uno de ellos, el que hablaba más, al cual terminó identificando como nuestra víctima del Felicia, le dijo que era «comida especial». Ella no quiso preguntar nada más ese día. Eso sucedió hace cinco meses.

Comencé a ver más claro mientras Galeano hablaba. La verdad era que esta asesina había pensado en todo, y mostraba una gran capacidad camaleónica.

—Aquello había sucedido un viernes, entre seis y siete de la tarde.

Le interrumpí.

—Miguel, ¿ella no podría identificar a la mujer?

—No. De hecho, le mostré fotografías de Eileen Baroja y de Briseida Vidal, tal como me pidió Fletcher, y no identificó a ninguna. Me dijo que podría ser cualquiera de las dos o incluso no ser ninguna. La distancia es considerable entre la casa y el punto donde se encontraban los mendigos con la mujer. No podría llegar a ver las facciones de la cara de nadie. Ninguna de las personas con las cuales hablé dice haber visto a alguna de las dos sospechosas.

—Habría sido muy fácil —mascullé entre dientes y le pedí que continuara.

—Al viernes siguiente sucedió lo mismo. La misma mujer, el mismo auto

negro, la misma entrega a los mismos hombres. Entonces esta vez, Greta, quien resultó ser muy averiguadora, se atrevió a indagar un poco más. Esperó que los hombres volvieran a refugiarse en la casa abandonada y volvió a preguntarles por el contenido que llevaban dentro de las bolsas. Nuestra víctima le respondió otra vez que era la comida de la semana. Le dijo que la vianda de arriba debían comerla de una vez porque si no se descompondría. Era ensalada de papa con perejil, mayonesa y atún, y pollo con mantequilla de langostas. Pero que para el resto de los días eran sándwiches de embutidos, pastrami, rúgula y pepinillo, y otras cosas que él no sabía pronunciar, pero que podían comerlas sin enfermar.

—¡Vaya! Esa mujer debería llevarme viandas a casa todos los días —dijo Elías en son de broma.

Fletcher volvió a mirarlo, pero esta vez con condescendencia, y Galeano se apuró en continuar.

—Todos los viernes, desde aquel primero que describió, la mujer llevaba comida a los mendigos. Greta disminuyó su curiosidad, pensando que tal vez era la manera como la gente de la fundación había ideado que estos hombres, que habían tenido problemas con los demás en el comedor, comieran algo.

—Pero entonces vio algo más. ¿Verdad? —le pregunté a Galeano.

—Sí, jefe. Hubo un día que la mujer sacó del auto algo como una carpeta, y desde lejos la testigo afirma que la vio escribir mientras hablaba con los hombres. Esa vez se quedó más de lo normal. Entonces, Greta interrogó a los hombres cuando volvieron, y estos dijeron que la señora les había hecho preguntas sobre la comida. Del tipo de «si les había gustado el sabor del sándwich de queso»; «a qué se les parecía tal cosa; si ese sabor les recordaba algo; si algo les había resultado desabrido.

—Un experimento... —dijo Fletcher en voz alta. Y todos hicimos silencio por unos segundos.

—Eso mismo dijo Greta Molina. Que esa mujer estaba haciendo un experimento con esos pobres hombres. Desde ese día le dio miedo hasta mirarla. Y se desentendió del asunto, asustada. Pensó que si alguno de esos hombres enfermaba o moría producto de lo que les llevaban para que comieran, ella se vería mezclada en un asunto espantoso y que lo único que quería era salir de esa calle de una buena vez. Y que además era muy raro que una mujer como aquella tan fina hiciese lo que estaba haciendo. No entendía la razón por muchas vueltas que le daba. Le pareció un experimento macabro.

—Un estudio de mercado del paladar de los mendigos de la ciudad. Sí que es raro. ¿Para qué alguien haría algo como eso? Si esos hombres comerían piedras

de ser posible, con tal de no morir de hambre. ¿Para qué tanta finura con langostas y qué se yo que cuentos más? —preguntó Fletcher.

—Un estudio de mercado macabro... —repetí.

—Uno podría pensar que era una acción humanitaria la de esa mujer misteriosa, pero preguntarles esas cosas era como si estuviese probando cuánto podía resistir un organismo humano consumiendo esos alimentos sin una adecuada conservación. Es decir, ella debía de suponer que esos miserables no contaban con refrigeradores en sus guaridas. Tal vez lo que estaba era probando eso: la resistencia de las preparaciones —dijo Fletcher indignado.

Iba a replicar algo, pero Galeano se adelantó en hablar.

—A mí lo que me extraña es el tipo de preparaciones. Tal vez estaría probando la aceptación o rechazo de nuevos sabores y necesitaba conejillos de Indias adecuados, de esos que cuentan con gustos básicos y primitivos.

—Entonces yo seré primitivo porque todos esos chistes de sabores mezclados me parecen una soberana tontería. ¿A que ninguno de nosotros quiere llegar a cenar algo que no sea un buen bistec y papas fritas? Y esos hombres habrían agradecido que esta mujer misteriosa les llevara eso en lugar de tantas finuras —dijo Fletcher.

—Lo crocante, lo salado y lo caliente. Algunos «pensantes», como les llamaría Santos, dicen que esos son los gustos más primitivos del hombre en materia de alimentos —afirmé casi mecánicamente, pero lo del «experimento» quedó sembrado en mi cabeza, y ahora sé por qué.

—Aquí lo central es que una mujer desconocida alimentaba a una de nuestras víctimas. Y esa víctima fue asesinada en un restaurante. Y hay dos mujeres que son nuestras principales sospechosas que han tenido la oportunidad de matarlo en ese restaurante. ¿No lo ven? Hemos conseguido descubrir un nexo entre la víctima, la comida y una mujer que al menos a uno de ellos venía alimentando por alguna razón experimental. Y entonces yo digo que esto sugiere aún más que tiene que ser una de ellas dos; o Eileen Baroja o Briseida Vidal, aunque ninguna conduzca un auto de color oscuro —sentenció Galeano.

—Claro, Miguel. Eso lo sabemos. Y por eso estamos discutiendo este asunto metidos en esta casucha, aunque todavía no entiendo del todo la razón de ocultarnos aquí —intervino Fletcher—. Y nos estamos acercando cada vez más gracias a tu excelente trabajo. Sobre todo ahora que nos enfocaremos en ellas, porque además sabemos que cualquiera de las dos pudo haber salido del piso sin ser vista por el conserje, porque hemos confirmado que hay unas escaleras de emergencia ocultas en ese edificio. El problema es que la testigo que encontraste

no puede reconocerla. Y son tan endiabladamente parecidas ambas, a excepción del timbre de voz.

Era cierto lo que decía Fletcher; Eileen y Briseida se parecían muchísimo. Eran como hermanas casi gemelas, aunque fueran primas. Tal vez la actitud era lo que las diferenciaba, y también que Briseida era más joven. ¡Pero sobre todo las voces! Esa era una gran diferencia entre ellas, y entonces recordé la conversación en la cafetería de Nancy; la de las dos mujeres con voces disímiles y el hombre. Era una posibilidad probar por allí... pensé.

—Galeano, en este callejón... —Señalé el mapa—. ¿Queda algún negocio abierto? Por lo que veo, hay un negocio de servicios funerarios y esto es... ¿una lavandería?

—Sí. Hablé con el encargado. Pero no obtuve nada. Si se fijan, desde la entrada de ese lugar podría verse muy bien a la mujer y se podría dar una buena identificación. Le pregunté al de la lavandería, una vez que hablé con Greta Molina, si había visto a alguien entregar comida a los mendigos de la zona. Me dijo que no. Pero creo que el encargado no decía la verdad. Me pareció que me estaba ocultando algo. Creo que más porque no quiere que la poli hurgue en su negocio. Me temo que el verdadero negocio de ese lugar es otra cosa, digamos, menos legal. Pero estoy seguro de que, presionando, puedo lograr algo más. Pensaba hacerlo mañana.

—Bien, presiónalo con lo que sea. Si te dio mala espina, seguro tienes razón, pues eres intuitivo. Si es un asunto de inmigrantes ilegales, cálmalo y dile que no somos de ese Departamento. Pero lo que ahora nos interesa es que nos diga si ha visto a esa mujer entregar comida a los mendigos, y que, por supuesto, la identifique. ¿Y reconoció a las víctimas?

—No. Dice que nunca los ha visto por allí. Pero como te digo, el encargado quería deshacerse de mí. No lo quise presionar de una vez. Pero lo haré.

—Lo que sea que esté ocultando, me importa menos que resolver estos asesinatos y atrapar a esta mujer. Tenemos que concentrarnos en la hora en que ella llegaba allí. Piensa en quiénes podrían estar a esa hora en la calle por alguna razón; para sacar la basura, por cambio de guardia de personal, para pasear un perro, para esperar a algún niño que saliera de esto que está un poco más acá, que parece una escuela. Vete ahora mismo para allá. Si no tuviera que ir a casa de Chiarello, me iría contigo. Es sumamente importante lo que puedas descubrir. Vuelve a preguntar si reconocen a la víctima del Felicia y si han visto a la enigmática mujer proveedora de viandas, ampliando un poco más el radio de consulta. La niña, la hija mayor de Greta, dijiste que tenía una bicicleta nueva y

que la primera vez que Greta vio a la extraña proveedora de comida estaba buscando a su hija... Es posible que por allí obtengamos algo. Si logras alguna identificación, llámanos a casa de Chiarello, y si ya no estamos allá, vete al Departamento y nos esperas.

Galeano asintió, entre retado y agradecido.

Tuve la certeza de que las víctimas del Felicia no se conocían entre ellos. Ella debió sacarlos de dos lugares diferentes. Y este que estábamos estudiando era solo el de la víctima identificada. Estuve seguro de que por allí, en alguna parte del canal, debía estar el cuerpo sin vida del otro mendigo. Me refiero al cadáver del otro que había mantenido contacto con la asesina y que podría ser para ella un cabo suelto. Vino a mi mente la cara risueña de Ethel, la niñera de la plaza, y la imagen de Nicolás entrando a mi oficina... Para ella era fácil matar.

Tomé la decisión en ese momento de contarles a mis tres oyentes que yo había visto a la asesina. Que la había visto desde la ventana de mi oficina. No era justo que no lo supieran, pensé en ese momento, porque reconocía que me había dejado llevar por un exagerado estado de paranoia al guardarme esa información solo para mí.

Yo sabía quién era, pero era un error decírselos a ellos en ese momento porque contaminaría el ritmo de la investigación, que había que continuar sin bajar la guardia. Pero al menos les diría sobre el mensaje que me había dejado.

—Tengo que confesarles algo que tal vez les haga entender mejor por qué debemos tomar medidas extraordinarias de cautela. En parte, por eso estamos aquí. Ella nos vigila. La asesina del Felicia fue quien mató a Nicolás Sánchez — les dije muy serio.

—Claro, Diego. Lo sabemos porque el ataque ha sido igual —me dijo Fletcher con un aire de condescendencia al cual yo no estaba acostumbrado.

—No quiero decir eso. Me expresé mal. Lo que quiero decir es que ella me ha estado observando, y que se comunicó conmigo. Tal vez nos siga a todos, y por eso deben extremar medidas de precaución. Todos podríamos estar en la mira. Me dejó esto en un banco de la plaza junto al Departamento de Policía. Un banco que se ve desde la ventana de la oficina. La misma plaza donde mataron a la niñera. Yo estoy seguro de que también lo hizo ella, porque es una asesina entre compulsiva y precavida.

Puse sobre la mesa la nota y los lentes de Sánchez, que todavía llevaba conmigo. Mis colegas no pudieron ocultar su consternación.

## CAPÍTULO XII



*Me molestaba no haber acabado aún con esa bruja de Malena. Estaba convencida de que sabía algo sobre mí. Hasta tuve la ilusión momentánea de que la había asesinado, sin recordarlo. Pero luego tuve la seguridad de que solo eran deseos no realizados, aunque «realizables», como dirían los optimistas del Mind Care.*

*Yo hasta discutí con Vicente, porque no estaba de buen humor para aguantar sus duros comentarios sobre la comida que preparo. Reconozco que soy insufrible cuando algo me sale mal.*

*¿Dónde se había metido esa odiosa Malena? Desde que la venía siguiendo, nunca había faltado al bar. Recuerdo la primera vez que lo hice cuando descubrí el suburbio donde vive. Aunque por supuesto que peor todavía es la zona de los mendigos, tanto la de La Ciudadela como la de las fábricas de donde saqué al otro.*

*¡Y aquella casucha donde pasaban la noche esos dos olía a rata!*

*Menos mal que no tuve que entrar en ella. Y también agradezco no tener que volver por allá. Cuando las condiciones son tan insoportables, lo que hago es concentrarme en un solo punto de visión: miro fijamente algo que me haga aguantar. Recuerdo que cuando le hice la propuesta a aquel borracho que había seleccionado, luego de matar a su compañero tirándolo al agua, me quedé mirando fijo a un lánguido ciprés que sobresalía del muro de la casa de al lado, donde vivía una niña que se la pasaba jugando con su bicicleta. La verdad es que si yo hubiese sido esa niña y viviese en esa calle tan horrible, y hubiese tenido una madre tan molesta como esa, a quien tuve el infortunio de escuchar una vez a través del muro, tampoco me bajaría de esa bendita bicicleta y hasta la usaría como medio para fugarme al más lejano pueblo, y librarme de ese espanto.*

*¡Y mi prima cada vez está más insoportable! Esperaba que Dahbar trabajara rápido, aunque lo había notado perdido. Según el último reporte de mi nuevo amiguito del Departamento de Policía, está investigando lo sucedido en El Rosario. Tal vez así mataría dos pájaros de un tiro y me aclararía qué fue lo que pasó allá con la intoxicación. Me encantaría comprobar que fue la tía la*



*culpable, para entonces contar con un mejor motivo para matarla. Al asesinarla podría igualarla con el villano Lex Luthor, el de la National Allied Publications. Aunque ella tiene una mente muy pequeña como para asemejársele, detrás de ese peinado tan espantoso que ha ido perfeccionando con los años. El mal gusto es más poderoso que cualquier cosa, porque ni el dinero puede con él.*

*Para quitarme la amargura, decidí volver a casa de Malena. Estudiar la manera de asesinarla más cerca de su hábitat. Podría incluso tocar a su puerta con la excusa de que quería ofrecerle trabajo en el Felicia, y que doblaríamos la paga de El Gato Blanco. Ella sin duda me dejaría entrar, porque he notado que para algunas personas las simpatías y antipatías son relativas y se transforman cuando hay dinero de por medio. Así de pusilánimes y de cambiantes son.*

*Estuve en su pocilga en veinte minutos y toqué a la puerta. La abrió un asqueroso niño con el pelo revuelto y olor a manteca. Nada más acorde, pensé.*

*—Hola. ¿Está tu mamá? —pregunté poniendo la cara más angelical que conseguí dentro de mi repertorio de expresiones.*

*—Mamá está viajando —dijo la criatura.*

*Apreté el puño de mi mano derecha, e intenté contenerme.*

*—Mamá está de viaje —remedé—. ¿Y para dónde se fue?*

*—A visitar a mi abuela, que se puso mala.*

*No quería escuchar los problemas de la patética familia de Malena, y le dije de una vez.*

*—Está bien. No importa. Dile que del restaurante Felicia la estuvimos buscando. ¿Tienes un papel y un lápiz para anotar el número de teléfono de casa?*

*—Sí, señora, ya lo traigo —me dijo y salió corriendo.*

*Esperé, muerta de la rabia. Sentí los ojos húmedos. ¡No podía ser que esta mujer tuviera tanta suerte! Fue entonces cuando de verdad comencé a temer que ella, movida por su mal educada curiosidad, supiera algo de mí que echara por la borda todo mi esfuerzo. Realmente no sabía de dónde sacaba ese temor que cada vez se iba haciendo más grande. Tal vez fue aquella vez que se quedó mirándome cuando yo estaba viendo a Vicente abrazar y besar a mi prima, luego de que había logrado enemistarlos un poco. Pero eso no constituía ninguna prueba.*

*Llegó el niño y anoté el número de casa. Le pedí que le dijera a su mamá apenas llegara que se comunicara conmigo.*

*Una mujer tan vulgar como esa no iba a arruinar mis planes.*

## CAPÍTULO XIII



Cuando salieron de la impresión por la nota y los lentes de Sánchez, por el atrevimiento de esta asesina y por la incredulidad de que no les hubiese revelado esto antes, le pregunté a Elías Santos qué había descubierto sobre el envenenamiento en El Rosario. Elías comenzó a hablar con mucha seguridad.

—Hay un «pez gordo» detrás de los restaurantes de los Chiarello. Nada más y nada menos que Beatriz Vidal, quien hoy maneja casi toda la Naviera Onorato. Es tía de Eileen Baroja y de Briseida Vidal. Hermana de la madre de la primera y del padre de la segunda. Una mujer muy dura para los negocios que debe estar en la lista de enemigos de unos cuantos.

Fletcher emitió un silbido y Galeano ni se inmutó.

—En los pasillos del Departamento de Policía se dice que le dieron el caso a usted, inspector Dahbar, porque el director necesitaba que se resolviera rápido y en forma efectiva, a petición de la misma Beatriz Vidal, de la mismísima «mujer de hierro». Que si solo le hubiese interesado que se resolviera rápido, pero de cualquier manera, le hubiesen encargado el caso de los mendigos a Buitrago — dijo Santos.

—Ahhh, eso dicen... —respondí.

—Eso dicen. El asunto es que Beatriz Vidal es la viuda de un hombre sumamente rico, de Raúl Onorato Valentín, y ella por su propia cuenta ha duplicado lo que él le dejó. Ese sí sabe quién es, ¿verdad?

—Claro, Elías. Continúa, por favor —pedí a Santos, intentando mostrar paciencia, porque una de las cosas que más me molesta de las nuevas generaciones es esa excesiva veneración que construyen hacia la gente rica.

—Lo que me dice mi amiga Violeta Domínguez, que sabe todo lo que pasa en la alta sociedad, y que es una fuente creíble, es que la tía no soporta a Vicente Chiarello, que no puede verlo ni en pintura, y que ha financiado los restaurantes solo porque una de sus debilidades es su sobrina Eileen. Violeta me cuenta que ella misma entrevistó a Beatriz Vidal cuando sucedió lo de El Rosario y esta le dijo, sin ningún reparo, que Vicente Chiarello era un «bueno para nada». Y que si quería, lo escribiera así mismo en el periódico.

—¡Vaya con la tía! —exclamó Fletcher.

—Mi amiga de la prensa está convencida de que Beatriz Vidal está detrás de la intoxicación de Aitor Osuna, el crítico de restaurantes que la misma Beatriz había logrado que fuese a El Rosario. El pescado estaba contaminado con una salmonela porque debieron de haber cortado pollo crudo antes de manipular el fino lenguado. Al parecer la tía sabía que, estando ese plato en el menú, el crítico no podría rechazarlo. Y lo peor es que para Aitor Osuna había sido el mejor fletán que había comido en su vida, porque eso parece que dijo a sus allegados.

—Es decir, que supuestamente Beatriz Vidal le puso una trampa a Vicente Chiarello. ¿Y eso no afectaría de mala manera a su sobrina Eileen? De hecho, al parecer es lo que ha sucedido —comenté.

—Tal vez calculó mal el efecto que tendría el escándalo. Tal vez solo esperaba que Eileen, cansada del fracaso y sin conocer muy bien a Vicente, optara por dejarle al ver que él no podía soportar lo ocurrido —respondió Santos.

—Y en lugar de eso, ¿les ha ayudado a abrir un nuevo restaurante, aunque sea más discreto? No lo creo. Hay algo que no me cuadra. No tiene sentido el auxilio que les ha dado con el Felicia. Ni el interés que tú dices que ha puesto en que el caso se resuelva —le respondí.

—Eso es cierto. Tu amiga, Violeta Domínguez, ¿no te enteró de ninguna otra habladuría en relación con lo sucedido con el pescado intoxicado? —preguntó Galeano a Santos, mostrando un súbito interés.

—Ahora que lo dices, sí hubo algo más. Un periodista novato que le impuso el jefe de redacción estaba convencido de que una de las ayudantes de cocina, con la cual sostuvo una entrevista, estaba muy satisfecha del escándalo de El Rosario. Eso le llamó la atención porque todo el personal se mostraba apenado de que el lugar cerraría —respondió Santos.

—¿Cuál era el nombre de esa ayudante? —quise saber.

—Eso fue lo que fui a buscar cuando dejé esta carpeta sobre el escritorio en su oficina. Es que el periodista estaba en una reunión y Violeta no había podido localizarlo cuando conversé con ella. La mujer se llamaba María Luisa y se la pasaba hablando de su esposo muerto. Luego obtuve el apellido. Era De Marco. Se llamaba María Luisa de Marco, viuda de un hombre llamado Víctor Baralt.

—Hazle una visita mañana mismo a esa mujer. ¿Y qué más tienes de los Chiarello? —pregunté.

—Aquí está todo. Bastante normal, creo. Vicente Chiarello es de una familia relativamente acomodada, se graduó en el instituto Cordon Blue y se convirtió en una estrella en el lugar. Todos afirman que tiene mucho talento. Allí están las reseñas. No tiene nada cuestionable en su pasado. Eileen Baroja, conocida en las

altas esferas por cometer algunas indiscreciones del tipo de alegrarse demasiado en las fiestas y cosas por ese estilo, que están aquí recopiladas por las noticias de sociales, asistió a una fiesta en el Topaz, que es un lugar que hace un par de años causaba furor en Altamira, y allí conoció a Vicente Chiarello. A los tres meses sorprendieron a todos anunciando la boda. Esta fue discreta, para lo que se esperaba en la familia de ella.

Me quedé pensando en esta descripción de Eileen Baroja y la contrasté con la mujer ojerosa que yo había conocido, diametralmente opuesta, y entendí lo que quiso decir Vicente en la cocina del Felicia. Esta de ahora era otra, como si se hubiese desnaturalizado la primera. Como si ahora fuera un personaje y no una persona.

—En cuanto a Briseida Vidal, ha sido una verdadera trotamundos. Ha vivido en Lisboa, Madrid, Florencia, Nueva York y en Caracas. No ha sido comidilla de las noticias, como su prima. Cuenta con una gran fortuna, porque para colmo es hija única y sus padres han muerto ambos. Comenzó a estudiar en el mismo instituto donde se graduó Vicente Chiarello, pero abandonó pronto. Violeta Domínguez, quien la conoce porque «admira su manera de conducirse y su propuesta estética al vestirse», opina que es toda una rareza que viva con su prima y el esposo de esta. Está segura de que eso es absolutamente temporal porque no la cree capaz de quedarse mucho tiempo en un solo lugar. Es, digámoslo así, un espíritu libre.

—Tal vez esté enamorada de Vicente. ¿No crees? —pregunté a Elías.

—Sí. Eso también me han dicho que se opina por allí. Lo cual se considera adecuado porque Eileen parece una mujer insufrible y sin clase, a pesar del dinero de su familia.

Definitivamente era una constante que a la gente le pareciera desagradable Eileen Baroja, como entendí por primera vez a través de la conversación que había mantenido con Daniel en El Gato Blanco.

—Aquí están todas las noticias que pude recabar, las fotografías y las notas de la conversación con mis fuentes —me dijo Santos.

—Sí, déjame eso para mirarlo luego en casa. Quiero que vayas a visitar a María Luisa de Marco, la ayudante de cocina que extrañó al periodista. Dile que estamos investigando por lo ocurrido en el Felicia. Quiero que te pienses como una esponja; mira su alrededor, la casa, sus maneras, sobre todo su actitud. Mira a ver qué puedes descubrir. Siempre hay algo por debajo de las apariencias.

Elías Santos asintió conforme.

—¿Es que crees que sea nuestra asesina? —preguntó Fletcher, abismado.

No le respondí. Es cierto que algunas veces me gusta quedar como un sujeto enigmático a los ojos de mi buen amigo.

Cuando nos disponíamos a salir, Galeano dijo algo más.

—El nombre de la fundación que administra las ayudas para los mendigos y les da de comer junto a la parroquia es Raúl Onorato.

Yo no me esperaba otra cosa diferente. Y pensé, además, que seguramente la flota de vehículos de la fundación eran autos negros, como el que había visto la testigo ocular. La verdad era que me maravillaba la habilidad que esta mujer había tenido para planificar los asesinatos. Había alimentado las mentiras que construyó a raíz de las verdades preexistentes, y esa era la mejor forma de mentir, para que todo se confundiera; para que la verdad y la mentira se mezclaran.

Sabía quién era la inteligente asesina, pero volví a decidir no hacérselos saber a ellos aún, hasta contar con una verdadera prueba. El problema era conseguir la forma de atraparla y que no pudiera zafarse, porque pertenecía a una familia poderosa, como había confirmado Elías Santos.

¿Pero por qué culpar a Vicente? Eso era la piedra en el zapato... Tomé el abrigo de Fletcher en lugar del mío porque estaba abstraído en esos pensamientos, y cuando me abstraigo soy una nulidad. Cuando comencé a ponérmelo, noté el error. Se necesitaban tres veces la medida de Braulio para alcanzar mi medida.

—Pero ¿qué haces? Ese es el mío —dijo Fletcher, sonriendo.

—Lo siento, estaba distraído. Es que son parecidos. Claro, el mío es bastante más grande.

¡Y entonces lo comprendí! La culpabilidad de Vicente era un error. ¡Qué idiota había sido al no darme cuenta!

Sentí unas ganas enormes de abrazar a Braulio. Si no hubiese sido por esa confusión con los abrigos, si no hubiese puesto el suyo junto al mío y la luz no fuera tan baja en aquel extraño lugar a donde nos había llevado Santos, esa pieza no hubiese encajado jamás.

# CAPÍTULO XIV



*¡Por fin el hombrecito infiltrado en la Policía me había resultado útil! Me llamó y me dijo lo que habían averiguado.*

*No pude disimular la sorpresa que me produjo escuchar el nombre de la traidora que ocasionó la intoxicación del crítico y de su grupo de amigos, aquella noche en la mejor mesa de El Rosario. Cuando el hombrecito me dijo que había una nota escrita por uno de los policías, llamado Elías Santos, que ponía algo sospechoso en relación con una «María Luisa, viuda de un hombre llamado Víctor Baralt» lo entendí todo. Y sentí que la culpa de lo sucedido en El Rosario, indirectamente, fue mía porque yo la había contratado. Y entonces comprendí que había sido ella la que contaminó el fletán.*

*Sentí unas ganas inmensas de asesinarla. De hecho, decidí hacerlo inmediatamente. Sé que uno debe planificar muy bien los asesinatos que comete, como lo hice en el Felicia, pero es que esto me desbordaba. Y es que esa mujer, la María Luisa que yo había contratado, me hablaba de su esposo Víctor, pero yo de idiota nunca hice la conexión pertinente. Y ella le hablaba de «su Víctor» a todo el mundo en aquella cocina. Incluso, una vez, otra de nuestras trabajadoras me dijo que era una persona desequilibrada y que quedó así porque su esposo había muerto. ¡Con que era eso, y esa la explicación retorcida que ella daba a sus propios fracasos! La demente esa se metió en la vida de Vicente para llevar a cabo su infantil venganza. Para empezar, eso había sucedido hacía mucho tiempo, me refiero a lo del problema de Vicente y Víctor. Y Vicente no tenía la culpa de que ese hombre hubiese desperdiciado su vida y de que fuese un perdedor que se culpaba todo el tiempo de aquella tontería.*

*Volví a sentir ese sabor a sangre. Busqué en el cuarto donde guardábamos los libros y los registros de El Rosario. Mi prima me vio entrar allí, pero no me preguntó nada. Obtuve la dirección de María Luisa de Marco. Tenía tiempo suficiente de ir a su casa, asesinarla y volver justo antes de que Dahbar nos visitara. Lo tendría muy justo, pero lo lograría.*

## CAPÍTULO XV



Llegamos a la calle del Felicia.

Había autos de los nuestros estacionados frente a El Gato Blanco.

—Iré a ver lo que pasa —dijo Fletcher, resignado.

Supe desde el momento en que vi los autos que era ella. Que había vuelto a matar. Imaginé a Malena muerta allí dentro, desangrada. Esperaba que no me hubiese dejado una nueva nota. No quería que esa mujer siguiera escribiéndome mensajes. Quería acabar de una vez con su macabra diversión. Tenía entonces la idea de que podría extinguir ese juego epistolar fácilmente.

Fui detrás de Fletcher. Entré al bar, sin detenerme a preguntar ni a hablar con nadie. Me pareció reconocer a la bailarina que había descrito Malena, la nueva novia del dueño del lugar. A su lado había un hombre mayor que ella, con una gran calva. Ella se mostraba muy molesta y el hombre más bien lucía preocupado. Miré la mesa donde me había sentado a hablar con Malena. Recordé, una a una, las palabras que ella me dijo, tal como si mi cerebro se hubiese convertido de pronto en mi libreta de notas taquigráficas. Tal vez haber vuelto al mismo lugar activó mi memoria con precisión. Soy un fiel creyente de la importancia de volver a los lugares para recordar cosas. Ella dijo: «No me gusta cómo mira a la gente. Una vez no aguanté y se lo dije». Ahora esas palabras significaban para mí algo diferente a lo que significaron la primera vez que las escuché.

Llegué a donde estaba Fletcher, en la parte de atrás. Allí también estaba el chico Daniel, tendido y muerto, pero sin una gota de sangre derramada. Tenía una bolsa plástica tapando su cabeza.

—Intentaron localizarnos cuando lo encontraron. Iban a abrir el bar y lo vieron aquí...

—¿No hay nadie más? —pregunté.

—No. Solo el chico. Le dieron un golpe en la cabeza. Tal vez para atontarlo.

Otra vida truncada de manera injusta por acción de esta mujer insaciable. Intenté enfriarme la sangre y aprender de Miguel Galeano. Quise ser él, con su mismo desafecto, mientras miraba a nuestros hombres que iban de un lado a otro buscando pistas.

—¿Qué tiene entre los dedos? —pregunté.

—¿Dónde?

Me agaché y asomé la cabeza junto a la mano de Daniel. Entre los dedos índice y pulgar había un trozo de papel.

Fletcher llamó a uno de los muchachos.

—¿Han visto esto? —dije, centrando la atención sobre la mano del chico.

—Aún no —respondió el aludido.

—Es un trozo de billete de veinte. ¿Lo ven? —les dije a ambos y me enderecé.

Supuse que el simpático Daniel había caído en la telaraña de esta mujer por su lado más débil, el del enriquecimiento fácil. Tal vez sabía algo y la estaba chantajeando. Tal vez vio algo o simplemente creyó que era aliado de ella, y brindaba sus servicios por unos pocos billetes.

La rabia volvió a resurgir dentro de mí, al mirarlo allí tendido. Lamenté no haberle podido alertar. ¿A cuántas personas más estaba dispuesta a matar esta demente?

—Fletcher, llama de aquí mismo al Departamento. ¿Quién quedó de guardia en Homicidios? No importa, llama y dile a quien sea que te dé las señas de la vivienda de Malena Gutiérrez, la testigo que afirmó haber visto a una de las víctimas del Felicia bajar del taxi de Míguez. Haz que vayan a su casa de inmediato. Cuando la encuentren, que te avisen.

Me culpé por no haberle puesto vigilancia a la asesina. Solo lo hice antes con Vicente, y eso fue más por saber si tenía algún enredo extramatrimonial, tal vez desde la época de El Rosario. Porque entonces la mujer con la cual estuviese enredado correría peligro. Pero no pensé que Daniel lo corría...

Cuando Fletcher volvió me preguntó cuándo iríamos al piso de Chiarello. Le dije que en la mañana. Que le pidiera a quienes vigilaban a Vicente que mantuvieran la vigilancia sobre el edificio. Que recordaran que había escaleras detrás. Le aclaré a Fletcher que yo debía hacer algo primero antes de hablar con ellas. Algo que si salía como esperaba, me haría contar con la prueba para atraparla. Y que entonces le diría quién era la asesina.

—¿Es que sabes quién ha cometido estos asesinatos? —me preguntó alarmado.

—Claro que lo sé, pero necesito una buena prueba. Además, lo he sabido gracias a ti, como pasa casi siempre. No imaginas las cosas que revelas para armar el rompecabezas de las investigaciones.

Me miró con obstinación. Sabía lo que Fletcher estaba pensando. Que era



injusto que me guardara la información sobre la asesina para mí solo. Fletcher aún no se acostumbraba a eso. Le pedí que se quedara con la jauría técnica mientras levantaban la escena del asesinato del pobre Daniel.

Salí caminando por la calle, pasé frente a la escalerita del Felicia y miré el anuncio que era discreto y de buen gusto, porque seguramente lo había elegido ella. Continué y miré la ventana de los Chiarello. Allí estaban las dos. El hombre del quiosco también estaba observando.

Entonces Braulio llegó corriendo y casi sin aliento a donde yo me encontraba, junto al farol que proyectaba una luz azul.

—Galeano lo logró. Logró que identificaran a la mujer que llevaba las viandas a los mendigos en La Ciudadela.

—Lo imaginé. No me lo digas, Braulio, porque sé a quién reconocieron. Todas las piezas encajan con una facilidad maravillosa. Pero esta muerte, la de este chico, no debió haber sucedido. Creo que está debilitándose y perdiendo el control. Y la culpa es de Vicente Chiarello. Está perdida por él. Él es el premio por el cual le ha valido la pena asesinar a tantas personas. A mí también me ha escogido, y eso me asusta un poco.

—Si sabías que era ella, si lo sabes, ¿por qué no la detenemos de una vez...?

Levanté la mano, haciendo una señal para que se callara.

—Porque ahora mismo quisiera matarla, y ella allí, tan tranquila, nos mira por la ventana... Además, te he dicho que necesito una prueba, y la identificación de Galeano no es suficiente. Confía en mí y esperemos a mañana. Ella está aguardando a que subamos de una vez para hablarles. Y no vamos a hacer lo que ella espera. Ya no más. De todas formas, te aseguro que no se nos va a escapar.

# CAPÍTULO XVI



*Me asomé por la ventana de la sala apenas llegué. Vi llegar los autos de la policía. Pero no había visto a Dahbar. Me pareció raro. Él también tendría que cubrir el asesinato de Danielito, así que no tardaría en llegar. Realmente no fue culpa de él que yo decidiera matar a ese chico, pero sabía que iba a culparse. Tiene una fastidiosa manera de responsabilizarse de todo. Lo mismo pasa con su hermana Mary. Debe sentirse responsable de la triste vida que ella ha llevado.*

*Mi prima me dijo algo, con esa voz tan chillona y ese volumen tan alto que usa cuando habla, incluso a la gente que se encuentra cerca de ella. Di un brinco al escucharla y casi vuelco la copa de vino.*

*—¿Qué habrá pasado ahora?*

*—No sé qué pasó allí, en El Gato Blanco —le respondí.*

*—Aquel es un vehículo para trasladar cadáveres. Vi uno igual cuando pasó lo del Felicia. ¿Tú crees que alguien más haya muerto? ¿Qué es lo que está sucediendo en esta maldita calle? En La Alameda no hubiese pasado esto nunca...*

*—Nada, querida, no debe ser nada —mentí.*

*Intenté consolarla, aunque lo que quería era estranglarla de una vez. Pero sabía que debía mantener el teatro solo un poquito más. Pronto dejaríamos de ser tres en esa casa.*

## TERCERA PARTE

# CAPÍTULO I



Realmente la similitud entre ambas mujeres era increíble, aunque Eileen era más salvaje.

—Buenos días —dije, acomodándome en el sillón de la sala.

El ambiente era tenso. Parecía que estaban esperando que el resultado de esa reunión fuese apresar a alguno de ellos, y eso era cierto. Ya había convencido a Fletcher de que la mejor estrategia era llegar a esa detención con sumo tacto. Yo no quería mirar con detenimiento a la asesina porque no quería alertarla, y me parecía que si la miraba, ella me descubriría con facilidad.

Volví a tomar la palabra.

—Nos encontramos en posesión de nueva información que consideramos clave para la investigación de los asesinatos cometidos en el Felicia.

Vicente se puso tenso. Eileen apretó los labios y dejó una copa de mimosa sobre la mesita que estaba junto a ella. Briseida me miró con curiosidad.

—Ya sabrán que han encontrado asesinado al chico que trabajaba y vivía en el bar El Gato Blanco. Ese hecho guarda relación con los sucesos del Felicia, y por supuesto vamos a adelantar también esa investigación. Pero vamos poco a poco y primero con lo primero. Debo decirles que los hombres asesinados en el restaurante Felicia eran mendigos. Al menos estamos seguros de que uno de ellos lo era, y presumimos que el otro también, pero de otra zona.

Eileen soltó un grito que pareció estallar en la habitación.

—¡No puede ser! Cariño, ¿por qué nos están haciendo esto? No importa lo que uno haga para redimirse, las cosas siempre vuelven a estallar sobre nosotros —dijo Eileen sollozando y dirigiéndose a Vicente.

Inmediatamente, Briseida se levantó y llegó a su lado. Tocó su hombro y luego tomó su mano. Se sentó junto a ella en el pequeño sofá y le dijo algo en voz baja.

—¿Dos mendigos en mi restaurante? ¿Quién los condujo hasta allí? —preguntó Vicente.

—Definitivamente alguien, como usted dice, debió de haberlos conducido hasta allí. No eran de esta zona, sino de un área distante. Al menos uno de ellos.

Me pareció llamativo que Vicente no preguntara para qué los habían traído, o

por qué. Solo había preguntado «quién», como si la razón fuese por él conocida. Entonces volví al ataque.

—¿Tiene usted alguna idea de la razón por la cual alguien quisiera asesinar a estos hombres en el Felicia?

—Ninguna —respondió de manera acelerada.

Yo supe que mentía. Vicente no era culpable de los asesinatos, pero no era un hombre inocente del todo. Eileen se había callado y ahora miraba hacia abajo, paralizada. Briseida nos miraba alternativamente a Fletcher y a mí, y se notaba sorprendida.

—¿Quiere saber algo más de nosotros? Tengo que ocuparme de algunas cosas del restaurante, porque nos han dicho que mañana podemos intentar recuperar algo de normalidad. Aunque no sé si ahora, con la muerte del muchacho del bar, necesiten nuevas declaraciones...

Fue entonces cuando Eileen Baroja nos sorprendió a todos por lo que hizo a continuación.

## CAPÍTULO II



*La historia de Vicente con los mendigos siempre me ha parecido tragicómica, y me encantaría que la utilizaran en alguna revista de las del tipo de Crime Does not Pay, aunque esta tendría que contar con una línea editorial diferente. Hasta podríamos incluir en la historia algo como que esos hombres se transformaron en monstruos y salieron oliendo a tierra y llenos de gusanos asesinos, buscando venganza...*

*Cuando me lo contó por primera vez, yo tuve que controlarme mucho para no soltar una sonora carcajada. Sobre todo, recuerdo la expresión de su cara. Realmente aquello le afectó muchísimo.*

*Lo que más adoro de Vicente es que es como un caballo purasangre confundido y extraviado, pero no por ello pierde su pureza. Por eso necesita control y cuidado adecuado, y con mi prima aquí no puede tener eso.*

*Creo que Dahbar le ha tomado cariño porque también ha notado su valor.*

*Vicente me recuerda tanto a aquel caballo blanco que vi correr en las afueras del pueblo medieval, rodeado de pantanos donde cultivan arroz, cercano a la frontera entre España y Francia. No logro olvidarme de esa imagen de ese animal que salió de la nada y que me hizo detener el auto.*

*Tal vez eso sea Vicente para mí, como una imagen detenida. Tal vez sea mejor asesinarlo y procurar su conservación a través de químicos. Sé algo sobre eso. Así no se podrá volver a dañar lo que hay entre nosotros a causa de intromisiones como las que ella ha ocasionado. Creo que soy capaz de preparar el cadáver de Vicente, de forma tal que siempre me resulte atractivo admirarlo.*

*Así que es un hombre afortunado de tenerme, aunque se sienta ahora tan desdichado.*

## CAPÍTULO III



—Debes decirlo de una vez, Vicente. ¡No podemos seguir así, suspendidos y sin caer! Es mejor despeñarnos de una maldita vez.

Cuando Eileen dijo eso, parecía poseída por otra mujer diferente. Y entonces volví a recordar que Vicente había dicho que su esposa ahora era otra persona. Tal vez Vicente tampoco conocía muy bien a la verdadera Eileen porque ellos habían tenido un noviazgo sumamente corto. Solo tres meses, en los cuales ella se había apaciguado y dejó de lado esa vida «intensa» que yo leí y releí en la madrugada, en las notas que me había dejado Santos. No puedo evitar llevar trabajo a casa.

—¿Qué es lo que tienen que decirme? —pregunté.

Entonces Vicente sonrió como resignado. Levantó las manos y luego las llevó al apoyabrazos de la silla vienesa, dándole un golpe. Tal vez Vicente era un hombre violento y no era tan inteligente como había pensado cuando lo conocí, aunque seguía considerando que su principal debilidad era el egocentrismo, porque este no le dejaría darse cuenta de los peligros que lo rodeaban, como era el caso. Este hombre había estado conviviendo con una asesina y ni siquiera lo notó.

Cruzó las piernas y comenzó a hablar, como si hubiese aprendido de memoria unas líneas desde hacía mucho tiempo, y ahora tuviera que recordarlas.

—Hice algo cuando tenía diecisiete años. Yo iba con frecuencia a una cantera que quedaba cerca de mi casa, con mi amigo Víctor Baralt, y de pronto comenzamos a ver un par de mendigos harapientos allí en nuestro lugar. Eso nos molestó sobremanera. Entonces decidimos poner fin a esa incomodidad. Nos hicimos sus amigos y les compramos un par de botellas de licor barato, pusimos unos cartones para tapar la boca de un hueco que había en el terreno, y logramos que caminaran por allí. Los vimos caer, y reímos, pero la tierra era blanda y no lo sabíamos. Cayeron mucho más adentro, tanto que no supimos más nada de ellos. Fue como si nunca hubiesen existido. Creo que después de ese susto, mi amigo prefirió convencerse de que aquello realmente no había pasado. Ni hablamos más del tema ni volvimos a la cantera. Y ese crimen que cometimos, porque eso fue, quedó enterrado tan profundo como esos pobres hombres.

—¿Está usted confesando esto cuántos años después? —preguntó Fletcher indignado.

—Trece años después. El asesino de los mendigos en mi restaurante debía saberlo y quiere destruirme por eso. Me está enviando un sangriento mensaje envuelto en una horrorosa sátira.

Fletcher me miró con gravedad y resplandeció como nunca su cara de lagarto.

—¿Está usted seguro de que esos hombres murieron? —pregunté.

—Yo no lo sé. Creo que sí...

Eileen rompió a llorar, y Briseida, quien aparentaba tener mayor control, por primera vez me pareció confundida. Luego me miró como interrogándome, o más bien, pidiéndome si era posible llevarse a su prima de esa habitación para que no diera algún otro espectáculo. Me pareció oír sus pensamientos, entonces me dirigí directamente a Eileen Baroja.

—Señora Baroja, podría retirarse si lo desea. Si tengo que conversar con usted nuevamente, lo cual es muy probable, se lo haré saber.

Ella me miró con cara de niña antes de retirarse. Viéndolo bien, era una mujer hermosa. Tal vez más que la prima Briseida a pesar del parecido físico, porque contaba con una vivacidad diferente, aunque a ratos dormida. Tenía que comenzar a comprender ese estado salvaje que detectaba en Eileen. Ya sabía que no era una mujer tan simple como pretendía hacer ver.

—¿Quién sabe esto? —le pregunté a Vicente.

—Mi esposa, Briseida, mi amigo Víctor, naturalmente, aunque ya murió hace poco tiempo. Parece que estaba desequilibrado. Su hermano tal vez, y nadie más. Creo que Víctor se casó, pero estoy seguro de que él no volvió a hablar de eso con ninguna otra persona. Era muy reservado.

—¿Sabe usted si alguno de sus empleados de El Rosario mostró algún tipo de comportamiento sospechoso, o alguna mujer del entorno de ellos lo hizo, para el tiempo en el cual se dio la intoxicación de los comensales? Su amigo Víctor, ¿dice usted que se casó?

—¿Por qué me pregunta por una mujer? Sí, creo que se casó, porque algo escuché decir a mi madre, con una muchacha llamada María Luisa, o algo así.

Fletcher me miró. Los dos recordamos la sospecha del periodista. Me refiero a la sospecha sobre la ayudante de cocina satisfecha con lo sucedido en El Rosario. Después de todo, el periodista quizá había tenido razón.

—Porque ha sido vista una mujer abandonando el Felicia a la hora que usted vio aquella sombra. Esta mujer tenía la pierna ensangrentada. Bajó hacia la calle



Villarana, así como usted dijo. Y podría pensarse que hay una mujer queriendo vengarse de usted, y entonces tal vez sea alguien que conociera esta historia de los mendigos enterrados, y que tal vez sea cercana a Víctor Baralt. Tal vez todo esto tiene que ver con lo sucedido en la cantera y también en El Rosario —le expliqué.

Dije eso porque sabía que, aunque la asesina estuviese en la otra habitación, me estaba escuchando y quería confundirla. Quería hacerle creer que yo pensaba que los crímenes estaban conectados con El Rosario. Era mi intención que tuviera un acceso de ira, de desesperación, al ver que mis sospechas iban muy lejos de donde ella quería que fuesen.

—Pero lo que yo vi no fue a una mujer, sino a un hombre —dijo Vicente.

—¿Está usted seguro? Porque eso no lo había afirmado antes.

—Totalmente —me respondió.

—¿Y por qué no es sino hasta ahora que afirma conocer ese rasgo fundamental de la identidad del presunto culpable de los hechos del Felicia? —pregunté.

Sabía que me estaba mintiendo para encubrirla. Creía que ella era la culpable, y eso le dolía demasiado.

## CAPÍTULO IV



Entonces me quedé con mi prima en la cocina, tratando de distraerla mientras ellos continuaban hablando en la sala. Mi actuación había estado bien, aunque no sea de buena educación decirlo. Esperaba que ya el inspector supiera de las escaleras ocultas, y también lo otro. Ya había tenido tiempo para enterarse, siempre y cuando el impacto por la muerte de su amigo y del chico del bar no lo hubiesen inutilizado por más horas de las debidas. Esperaba que no me defraudara, pues yo tenía muchas ilusiones descansando en su famosa inteligencia. ¡Mi futuro completo dependía de Dahbar! Así que no entendía por qué a estas alturas le daba tanta importancia a lo de El Rosario. No podía estar tan perdido...

Pero yo debía reconocer que gracias a la investigación que él estaba llevando a cabo logré saber lo que hizo quien en vida había sido María Luisa de Marco. Digo «había sido» porque luego de que conseguí su dirección en los papeles de El Rosario fui hasta su casa.

—¡Usted! ¿Cómo está? Tiempo sin verla... —me dijo la muy hipócrita cuando abrió la puerta y me dejó entrar con confianza.

Era increíble cómo la venganza consumada en el fletán le había devuelto algo de alegría. No era en nada parecida a aquella nerviosa mujer que habíamos contratado. Tal vez pensaba que ya estaba a mano con nosotros, con Vicente y con la vida misma. Y por eso había conseguido una relativa armonía. Estaba bien que pensara eso, porque ahora mismo yo estaba a punto de conseguir también la armonía derivada de la venganza.

Recuerdo que miré a todos lados, y me di cuenta de que vivía sola. ¡Era perfecto!

Recuerdo también que pude ver una fotografía de un hombre bien parecido y sonriente, aunque lucía tímido, sobre el mueble ubicado en el pasillo que conducía a la sala.

Quise poner el dedo en la llaga antes de matarla.

—¿Quién es este hombre tan guapo? —le pregunté, haciéndome la mosca muerta.

Reconocí la acidez del dolor aparecer en su cara.

—Es Víctor, mi esposo. Te he hablado de él.

Si esa loca estaba disimulando, y sospechaba que yo había descubierto que envenenó aquel lenguado, era una excelente actriz, pensé para mis adentros.

—¡Ahhh, claro! Tu Víctor. Perdona, lo había olvidado. Lo querías mucho. Debe ser una suerte querer tanto a alguien. Creo que mucha gente se pasa la vida sin encontrar a esa persona especial, y eso debe ser muy triste. Y peor cuando uno encuentra a esa persona, pero llegan algunos entrometidos a cometer bajezas que la afectan.

Comenzó a mirarme con miedo porque se sintió descubierta, y esa loca era una cobarde. Tomó una pequeña escultura de madera que estaba junto al retrato, y que luego miré mejor y decidí que no era del todo fea. Creo que representaba a dos personas alargadas y abrazadas. Intentó atacarme con eso. Me causó risa tal ocurrencia. Esa escultura no haría daño ni siquiera a un niño.

Con fuerza la tomé por los brazos. Comenzó a mover la cabeza de un lado a otro como una posesa, supongo que intentando desembarazarse de mí, pero lo que lograba era que yo sintiera ganas de reír y afincara más mis dedos sobre sus raquíuticos brazos. Es que era una mujer muy enclenque, y por ello me atreví a atacarla de esa manera. Logré tumbarla en el piso sobre una horrible alfombra de flecos y motivos árabes, y me puse sobre ella. El mueble que sostenía la fotografía de Víctor comenzó a temblar. Las demás cosas que estaban sobre él fueron a parar al piso cerca de nosotras, haciendo un fuerte ruido que invadió el silencio de la casa. Entonces me propuse, si el portarretrato caía, hacerle daño con el vidrio roto. El vidrio que había guardado la cara de Víctor, el débil amigo de Vicente. Pero ella comenzó a moverse con más fuerza, y balanceaba las piernas e intentaba soltarse de mí. Entonces opté por agarrarle el cuello con mis dos manos y por sostener sus debilitados brazos con mis piernas. Era la primera vez que yo atacaba de esa forma tan vulgar. Pero todo se valía, últimamente, dentro de mi cabeza.

Apreté y apreté hasta que ya no pudo más, y murió. Agarré el portarretrato y lo estallé contra la punta del mueble. Me encantó el ruido que hizo, como si fuera una campana de cristal. Tomé el trozo de vidrio más puntiagudo y le hice unas marcas en la cara, primero una, luego otra, en forma de equis. Froté el vidrio contra sus labios hasta destruirlos, con cuidado de no cortar mis guantes.

¿Cómo se le ocurría haber envenenado a aquel crítico en El Rosario solo por culpar a Vicente de la patética vida que su esposo había llevado? Allá ella si se había juntado con un ser de naturaleza defectuosa. Pero ese no era el caso de Vicente, porque yo había tenido mejor tino.

*Luego busqué papel y lápiz, que encontré allí mismo junto a un teléfono gris y negro de un pésimo gusto. Tomé la hoja de papel y la puse sobre la superficie del mueble. Luego agarré el lápiz y escribí: «Para el inspector Diego Dahbar en agradecimiento por guiarme hasta ella». Metí el lápiz en el bolsillo de la blusa. Di una patada sobre el cuerpo inerte de esa mujer tan cómica y salí de la casa cuidando no ser vista. Después de todo, uno adquiere práctica, y cuando eso pasa, no es tan necesario invertir meses planificando los ataques.*

*Ahora miraba a mi prima y me mordían las ganas de agarrarla por el cuello de la misma manera, como lo hice con aquella... Pero ellos estaban allí cerca. Tuve que controlarme. Ya debía de faltar poco para que avisaran a Dahbar sobre el asesinato y el hallazgo de la nota dirigida a él. No tardarían en intentar obtener una entrevista con ella, y entonces encontrarían su cuerpo con la cara destrozada.*

## CAPÍTULO V



—Pues tendremos que ir con usted a esa cantera, Vicente. Además debemos decirle otra cosa. Algo que no va a gustarle y que quizá sea mejor informarle estando fuera de aquí —le dije con gravedad.

—¿Otra cosa? ¿A qué se refiere? —me preguntó alarmado.

Desde antes me molestaba un olor dulzón que había ocupado la estancia. Era invasivo. Pero lo peor era que no sabía reconocerlo. Mi abuela materna nos hacía oler esencias y condimentos con los ojos cerrados, y nos daba premios a aquellos que lográramos más aciertos. Ese cultivo del olfato me ha sido útil para mi nueva afición por la cocina. El olor que había en aquel lugar me era totalmente desconocido.

Volvió a aparecer Eileen. Ahora traía la cara sumamente descompuesta y los ojos exacerbados.

—Lo que tenga que decirle a mi marido va a tener que decirlo frente a mí. No le consiento que se lo lleve de esa forma a él solo. Le he escuchado.

Detrás venía Briseida, parecía apenada por no haber logrado contener a su prima ni siquiera cinco minutos en la cocina.

—Está bien. Será como usted quiera. Lo habíamos planteado de otra manera para hacerle esto más llevadero a su esposo. Eileen Baroja, está usted detenida en carácter de sospechosa por los asesinatos de los hombres de identidad desconocida, sucedida en la noche del día 16 de septiembre en el restaurante Felicia.

Fletcher contuvo a Vicente, quien se me venía encima.

Briseida aún sostenía del brazo a su prima.

La cortina traslúcida que colgaba frente a la ventana de la sala se movió hacia adentro y luego se replegó. Esa entrada de aire hizo que aquel olor dulzón atacara más fuerte. También hizo que me fijara en una mesita que sobresalía en el rincón. Había un conjunto de revistas y discos junto a una caja dorada de bombones que llamó mi atención.

# CAPÍTULO VI



*La ha visto. La caja de bombones.*

*No tardará en atar cabos si es que ella llegó a decirle algo. Esperaba que no. Ya a estas horas debía estar muerta. No era que me pareciera antipática, ni tampoco deseaba tanto su muerte.*

*Era solo un efecto colateral para, como dije antes, dotar de mayor drama la situación de Dahbar, y hacer que finalmente perdiera la razón y se obsesionara aún más con mis asesinatos.*

## CAPÍTULO VII



Eileen actuó de manera dócil. Creo que hasta lucía aliviada.

Abrimos la puerta y dejamos entrar a dos de nuestros hombres, que aguardaban por si las cosas se salían de control. Retuvieron a Vicente, quien se comportaba como un loco. No podía culparlo, porque realmente quería a esa mujer. Ella le dijo algunas palabras para tranquilizarlo y lo logró. Le dijo que todo iba a aclararse muy pronto.

Luego Briseida abrazó a Vicente y este respondió al abrazo, como si lo necesitara y lo hubiese estado esperando desde hacía mucho tiempo. Miré la cara de Eileen en ese momento. Vi el brillo de los celos en sus ojos. Algo parecido debió haber identificado Malena en aquella oportunidad.

Pensé que Eileen Baroja era una mujer capaz de sentir una pasión desmedida, y eso normalmente no trae consigo cosas buenas.

No sé por qué recordé a Mary. En ese preciso momento no supe establecer la razón por la cual aquella habitación me la hacía recordar.

Fletcher se quedó dentro. Entre otras cosas, argumentamos querer conocer las señas exactas del lugar donde hacía trece años los mendigos habían sido tragados por la tierra de la cantera, de la cual habló Vicente. Yo siempre supe que él nos ocultaba algo. No estaba equivocado. Tampoco lo estaba en cuanto a que él significaba un premio, una reconquista.

Eileen oprimió el botón de llamada del ascensor. Me fijé en una horquilla muy hermosa que llevaba recogiendo su largo pelo brillante y azabache. No me dijo nada, ni una palabra. Agarró la horquilla y se la quitó. La melena oscura cayó sobre sus hombros. Dejé que entrara ella primero, y luego lo hice yo. Oprimí el botón para llegar a la planta baja. Entonces el olor dulce me atacó por completo y no pude evitar preguntarle.

—Ese olor que usted desprende...

Ella me interrumpió con un tono de voz aún más infantil. Era casi igual a una niña pequeña recitando un poema en una actuación escolar.

—Es sarrapia. Una especie de vainilla que se da en la selva venezolana. Estamos probando sus usos junto al cacao de Paria, también de esa tierra, existente desde la colonia española. Nos gusta experimentar con los sabores... y

desde muy temprano he estado preparando unos bombones que estamos intentando introducir en el mercado.

Sentí un fuerte vértigo. ¡Mary! ¡Iba a matar a Mary!

Recordé lo de los bombones y la invitación junto a ellos, de los cuales me había hablado en la llamada telefónica. Esperaba que no los hubiese probado. Pero Mary era glotona y los medicamentos le daban sueño y hambre. ¡No podía ser! ¡No a mi hermana menor...!

La cara se me puso caliente. Quería desaparecer y aparecer inmediatamente en el sanatorio y cruzar corriendo aquella reja enarbolada que tantas veces odié, porque significaba una triste realidad y un lúgubre presidio. Respiré profundo un par de veces.

Salí corriendo. Bajé las escaleras a toda prisa, me pareció que pasó un siglo hasta llegar a la calle. Recuerdo que tropecé con un macetero que contenía una palma enana que se balanceó. Uno recuerda cosas absurdas cuando está aterrado.



# CAPÍTULO VIII



*El paliducho y aburrido subinspector Fletcher se llevó a Vicente a la vieja cantera.*

*No encontraron nada, como era de esperarse, en una primera visita. Al menos eso me dijeron luego. Los monstruos llenos de gusanos de mi fantasía aún dormían el sueño de los justos.*

*En el fondo, me pareció innecesario que Vicente confesara aquello. ¿Qué iba a ganarse con ello? Ni siquiera sabía si realmente esos hombres habían muerto. Tal vez solo pasaron allí la borrachera y a la mañana siguiente lograron la manera de salir trepando. Nadie lo sabría jamás. Esperaba de corazón que cuando excavarán no encontraran esas osamentas humanas. Era maravilloso pensar que Vicente se libraría de ese peso muerto que lo había acompañado hasta ahora.*

*Pronto comenzarían a molestarnos también con motivo de la investigación por el asesinato de Danielito. La bruja de Malena parece que se salvaría por el momento. Me había propuesto acabar con ella, pero dejaría pasar unos meses para que las cosas se enfriaran. Aunque primero debían terminar de calentarse de una vez por todas. Por eso esperaba que Mary Dahbar ya estuviese muerta... Además de que es interesante asistir a la transformación que sufre una persona cuando se le conoce antes y después de la muerte de alguien cercano que afirma querer. Es una forma radical de comprobación de tales afectos.*

## CAPÍTULO IX



Las manos me temblaban. Apenas pude discar los números del sanatorio. Me encontraba en la caseta telefónica que había en la esquina de la calle del Felicia. Agradecí a Dios haberme aprendido aquel número y haberlo discado todos los días.

En esos segundos solo pensaba en Mary como era cuando era niña, en su temperamento cambiante, en su sonrisa y en sus ojos bonitos.

—¿Cómo estás? Me has sacado de mi ensayo. Como te dije, me han invitado a una presentación en La Villa de la Fundación Onorato. Y mira que es una fundación prestigiosa que fomenta intercambios maravillosos de música, de teatro...

—Mary, los bombones de los que me hablaste, ¿los has comido? —le pregunté, armándome de valor como pude.

—Claro que no. ¿Cómo se te ocurre? Decidí dejarlos para después de la presentación. Serían como un premio. Aquí me dicen que debo aprender a dominar los impulsos, y eso hago. ¿Por qué has dicho a la enfermera que se lleve mi caja de bombones? No entiendo qué te pasa, Diego, y vas a tener que explicármelo bien.

—Claro que te lo explicaré, querida Mary. Solo déjame terminar un asunto de un caso pendiente e iré para allá a visitarte.

No pude seguir hablando porque un ataque de llanto me impidió continuar. Había logrado salvar a mi hermana. Nunca me hubiese perdonado que ella muriera.

—Está muy bien, así te cuento todo lo de la invitación y todo lo demás. Dejaré entonces que la enfermera me guarde la caja. La carta y los bombones me los ha enviado alguien que dicen que es la sobrina de la dueña de la Naviera Onorato, o algo así. ¿No te parece increíble?

—Sí, querida, es increíble —le respondí, secando las lágrimas de mis ojos.

Me despedí de Mary y volví a hablar con la enfermera. Le pedí que mantuviera la caja de bombones bajo total custodia hasta que uno de nuestros hombres llegara a buscarla. Luego colgué el auricular.

Salí de la caseta renovado, y vi de lejos a Eileen Baroja, quien se había

quedado junto a uno de los agentes, que la miraba embobado. También vi a Fletcher atravesar la puerta del edificio junto con Vicente. Y parada junto a la ventana del primer piso estaba Briseida, mirando hacia abajo.

Nunca me había sentido tan aliviado, porque ya esta mujer no podría matar a nadie más. Pensé que yo no conocía a todas sus víctimas inocentes. Que aunque habíamos investigado muertes sospechosas en los últimos años en las cercanías, no habíamos podido descubrir otros asesinatos que, yo estaba convencido, ella había cometido. ¿Cuál habría sido su primera vez? ¿Sus propios padres? No lo descartaba.

Si no hubiese sido por la hija de Greta, yo no tendría la prueba de su culpabilidad. Porque cuando salí de El Gato Blanco, luego de encargarme a Fletcher el levantamiento de la escena del asesinato de Daniel, tomé uno de los autos oficiales y me fui directo a La Ciudadela para visitar la casa de la testigo Greta Molina. Esta resultó ser tal como la imaginaba. Una casa que destacaba del conjunto por el arreglo, el orden y el cuidado. Desde el umbral miré de lejos el lugar donde Eileen Baroja repartía las viandas experimentales.

Crucé el corredor lateral de la casa, que formaba un gracioso caminito lleno de flores y algunos cipreses pegados a un muro deteriorado, que separaba esta de la construcción donde se refugiaban los mendigos.

Vi un bonito gato blanco que atravesó caminando a buen paso sobre el oscuro muro. Miré hacia abajo y vi una pelota roja junto a la jardinera. Y más allá estaba estacionada la bicicleta.

Me lo estaba jugando todo a una sola carta. Pero era muy posible que tuviese razón. Esta era el área de juego de la niña, sin duda. Una niña que vive en un lugar gris y desabrido, de las que prefieren jugar al aire libre, para mi fortuna.

# CAPÍTULO X



—Querida, ¿dónde está Vicente? No ha venido —dijo Eileen—. Me han permitido hacer esta llamada. Me tienen aquí, interrogándome, y no quieren dejarme ir. Dicen que yo he mentado. Que yo conocía a ese hombre y que dije que nunca lo había visto. Y que tenía una relación con él, por lo de las viandas de comida. La verdad es que no me fijé bien y ni siquiera supe que era el mismo hombre. Tú sabes que inventé lo de las viandas para alimentar a esos pobres miserables, para ver si Vicente dejaba de sentir culpa por aquello que hizo. Además de que era una gran idea probar los nuevos sabores con ellos, una revolucionaria idea de mercado. Son tantas cosas que tengo en la cabeza que no sé ya ni lo que digo. Necesito las pastillas que me calman, las que me consigues. Para colmo también me acusan del intento de asesinato de la hermana del inspector Dahbar. Dicen que le envié uno de nuestros bombones llenos de una toxina, en una caja con mis huellas, y que gracias a Dios no los consumió. ¡Tienes que ayudarme! Cuando llegue Vicente, dile que venga a Homicidios, aquí a la calle Magnolia con la 57, el mismo lugar donde vinimos a declarar.

# CAPÍTULO XI



—¿Qué significa esto? —me preguntó con un tono altanero Beatriz Vidal, quien se encontraba frente a mí.

—Que su sobrina nos ha mentado cuando ha dicho que nunca había visto a una de las víctimas del Felicia —respondí con tranquilidad.

—¿Y eso qué importancia tiene? ¡Solo les regalaba comida, por el amor de Dios! No sé si usted está en conocimiento de todo lo que hacemos por esta ciudad en materia de salud y en alimentación para esa gente, y todo eso lo hacemos porque ha sido Eileen la que se ha empeñado en ello. No puedo creer que ustedes estén pensando que alguien de mi familia está mezclado en un asunto tan turbio como un vulgar asesinato. ¡Pues ya viene en camino nuestro abogado! Nunca en mi vida había escuchado una insensatez semejante —respondió la desagradable mujer, indignada.

Tuve oportunidad de observarla mientras cacareaba, furibunda. Y no me gustaba lo que veía. Era autoritaria, maleducada, y estaba acostumbrada a que bajaran la cabeza por donde pasaba.

—Está muy bien, entonces esperaremos —le respondí con aire complacido, lo cual debió de haberla irritado aún más.

Entonces llegó a mi oficina el director del Departamento. Lucía descolocado y nervioso. Pensé que ella se lo comería vivo. Beatriz Vidal se levantó de la silla sin decir una palabra más, me miró y luego miró al director. Salió de la oficina y se quedó parada apenas cruzó la puerta. Él me lanzó una mirada de soslayo y fue detrás de ella, resignado. Le dijo algo e hizo un ademán con la mano para orientar hacia dónde debían dirigirse. Los vi caminar a ambos en dirección a la oficina de él. También me di cuenta de que, al cruzar la sala, la mujer se quedó mirando a uno de los agentes como si lo reconociera. Este se puso nervioso cuando notó que yo lo había visto.

No me extrañaba que una mujer como esta tuviese infiltrados en nuestra organización. Nosotros manejábamos información lo mismo que los periódicos, aunque de naturaleza diferente. Y la información significa poder, sobre todo en estos días. La gente inescrupulosa que podía haber levantado imperios en la ciudad, podía pagar muy bien para manejar esa información. La pregunta que yo

me hacía era si Beatriz Vidal sabía que una de sus sobrinas era una peligrosa asesina, y si sería capaz de encubriarla para evitar el escándalo. Esa mujer no era una mansa paloma. De eso estaba seguro.

Y ahora también lo estaba del pequeño equipo que había formado, compuesto por Fletcher, Santos y Galeano, estaba libre de pecado. Allí no se encontraba el soplón. Lo más seguro era que fuera este hombre de la mirada esquiva. Su apellido era Estévez. El sargento Julián Estévez, de los nuevos que llegaron transferidos y además de los bien vistos por el director. Encargaría a Santos que averiguase sobre él. Cada vez sentía menos ganas de jubilarme. Ahora era necesario dar una batalla mayor porque los enemigos eran diferentes y se encontraban colados en todas partes.

Apareció Galeano de la nada y me abordó allí mismo, en el umbral de la puerta que daba al pasillo.

—Entonces su majestad ha tenido que venir en persona a abogar por su sobrina... ¿Quién lo diría? No me gustaría estar en el pellejo de nuestro querido director —me dijo de forma sarcástica y disfrutándolo.

—¿Dónde está Fletcher? —pregunté.

—Terminando la declaración de la identificación que hizo la niña Molina. Ya debe estar por venir. Me dijo que querías que averiguara las condiciones de la muerte del crítico Aitor Osuna, ocurrida hace unos meses. La que fue declarada muerte accidental.

—Eso quiero. Y de la cantera, ¿aún nada?

—Nada en absoluto. Siguen cavando, pero no hay osamentas humanas hasta ahora.

—¿Y Vicente Chiarello? —pregunté.

—De vuelta a casa. Todo está organizado tal cual lo pediste, y todos en sus puestos.

—Bien. Dile a Santos que se reporte, porque hay algo más que quiero pedirle.

—Está bien. Sé que no ha podido encontrar a la ayudante de cocina de El Rosario, es decir, a la esposa del otro implicado en el cuento de los hombres enterrados. Ya no está en la casa en la que vivió con su esposo, que parece era un tipo bastante atormentado. Pero sé que Santos anda en eso.

Miguel Galeano se fue y yo volví a entrar en mi oficina, y subí la persiana. Estaba seguro de que no habría nadie vigilándome desde aquel banco. La vida en la plaza continuaba como si no hubiese pasado nada. Las muertes de Sánchez, de aquella muchacha, y del pobre chico del bar, no quedarían impunes, me prometí

mirando a la calle y pensando en Mary.

Entonces el fuerte ruido del teléfono a mis espaldas me hizo brincar. Era Santos.

—Jefe, encontramos a la ayudante de cocina y esposa de Víctor Baralt. Asesinada. Y había una nota para usted...

La luz de la ventana me pareció más brillante. Esa mujer seguía invadiéndome de una manera obscena.

—Envíame la maldita nota para acá. ¿Cómo la mató? ¿A cuchilladas? — pregunté.

—No esta vez. Parece estar ensayando otras formas. A esta la estranguló con sus propias manos. Y luego le destruyó la cara y los labios con un trozo de vidrio.

—Quédate allí y encárgate hasta que yo llegue.

Solté el auricular con rabia. Caminé nuevamente hasta el umbral de la puerta de la oficina. Miré hacia el final del pasillo y vi al director junto con Beatriz Vidal, y con Eileen. Esta última levantó la mano para saludarme. Se veía renovada, como si nunca hubiese sido aquella débil mujer de ojeras profundas. Como si se hubiese despojado del personaje que antes encarnaba.

Muy pronto quedaría libre Eileen Baroja.

## CAPÍTULO XII



—Pronto estará listo el osobuco, y espero que cuente con tu aprobación —le dije a Vicente.

Él me respondió que contaría con ella, con toda seguridad. Se encontraba de buen humor, y supuse que era porque al fin estábamos solos. Yo había pasado horas cocinando, había puesto el champaña a enfriar en el congelador y había arreglado la mesa del comedor para la ocasión. Me encontraba como metida en una atmósfera nebulosa y divina. Recuerdo que me quedé dormida en la bañera y luego me vestí con un bonito vestido negro de listones blancos. Uno con el cual me fotografiaron una noche y había aparecido en la página de sociales. ¡Era soberbio!

Me puse las perlas y el prendedor de plata que compré en Barcelona. Pinté mis labios de rojo granate y me detuve frente al espejo. Pensé que era hora de cambiar. Busqué unas tijeras en la cómoda y di varios cortes en mi pelo para arreglar el peinado al estilo Garbo en Ninotchka. Aunque me sentía más como Bette Davis en Dangerous. Recuerdo que fui a ver esa película en el cine Capitolio el mismo día de la muerte del tío Raúl. La ficción es una espléndida manera de convertirnos en otras personas, y por ello las clases de teatro que he tomado me han sido muy útiles. Hubiese sido una gran actriz, de habérmelo propuesto.

Quería impresionar a Vicente. Era nuestra primera cita desde hacía mucho tiempo. Y tenía que distinguirme de mi prima, tan mojigata e intensa, tan «auténtica», como ella misma se describía. Y, además, tan creída de que era buena cocinera. Fue con eso que atrapó a Vicente, con esas ínfulas. Y lo embrujó con esas ideas sobre crear un centro de experimentación de sabores; «que si unos alimentos son equivalentes a otros»... y puras insensateces.

Cuando estuve conforme con la transformación, me puse un poco de mi perfume preferido en el cuello, aunque al hacerlo pensé que debí ponerlo antes de colgarme las perlas, pero luego me dije que ese día se valían las equivocaciones. Pensaba que esa fragancia debía dejar un maravilloso olor sobre la piel de Vicente.

Todavía no había decidido si matarlo de una vez, si hacerlo dentro de diez



*años o nunca. Era, independientemente de esa decisión, un maravilloso momento para iniciar la celebración.*

## CAPÍTULO XIII



Para quitarme ese sabor amargo que me dejaba la muerte de María Luisa de Marco, la viuda de Víctor Baralt, reviví el momento en el cual toqué a la puerta de la casa en el límite de La Ciudadela.

Había atendido el llamado la hija de Greta Molina, quien era una niña muy despierta.

—Hola. Soy inspector de Policía. Tú debes ser la dueña de esa bicicleta. ¿Verdad?

—Sí. Soy Colette. ¿Podría mostrarme su identificación? —pidió ella con algo de timidez, pero a la vez con determinación.

Sonreí e hice lo que me pedía.

Una vez dentro de la casa y en compañía de su madre, le pregunté a la niña si sería capaz de reconocer la voz de la mujer que seguramente había hablado con los mendigos de junto, y que ella debió haber escuchado detrás del muro mientras jugaba en el corredor externo con su bicicleta nueva.

# CAPÍTULO XIV



*El hueso debía desprenderse de la carne con facilidad. Esa era la teoría en esta preparación. Nunca había separado carne humana de hueso, pero pensaba que con los instrumentos adecuados podría hacerse sin mayor dificultad. No he estudiado tanto la antropología, pero sé que se han encontrado costumbres fabulosas en las tribus de las islas: no solo se comían a los enemigos, sino también a los seres queridos.*

*Guardé el resto del caldo de ternera y, mientras lo hacía, pensé que yo podría comerme a Vicente, y creo que me duraría alrededor de un año, bien administrado. La primera vez lo acompañaría con un buen chianti florentino, el de la botella del gallo negro. Tal vez podría convencer a Vicente de ir a Florencia. ¡Eso sería perfecto! Es mi ciudad preferida en el mundo, tan llena de pasión, pero a la vez tan oculta y elegante. Me encanta el olor de los bosques que la circundan. Habría muchas cosas que hacer allí junto con él.*

*Mientras terminaba de preparar el osobuco para la cena, pensé que era una verdadera lástima que Mary Dahbar no hubiese muerto. Ahora podría decir que yo la visitaba y que yo era su alumna predilecta, aunque tomé la previsión de vestirme como mi prima y peinarme como ella. Eso lo hice sobre todo pensando en la gente que me veía entrar en el sanatorio. No tanto por las enfermeras, porque esa «especie» casi nunca se fija en la apariencia de quienes visitan a los enfermos. Además de que el salón de música está retirado de los pasillos más concurridos de esa triste institución. Pero en el peor de los casos; ¿cuál sería el problema de que yo quisiera ir a recibir clases de piano en aquel lugar, y de que me acercara a hablar con una simpática interna llamada Mary Dahbar, que casualmente terminó siendo hermana del inspector Diego Dahbar?*

*Nadie podría probar que había sido yo la que le envió la carta y la caja de bombones. Nadie podría probar nada.*

## CAPÍTULO XV



—Claro que sí —me respondió Colette, la hija de Greta Molina, y continuó hablando con seguridad—. Era una voz bastante ronca y bonita. Y decía cosas muy locas. Hablaba de jugarle una broma a alguien porque había sido malo. De una invitación a comer como finos comensales. El hombre se reía. Pero creo que era uno solo, porque el otro dejó de venir desde hacía días. Ella también dijo que iba a pagarle mucho dinero. A mí todo me pareció que era mentira. A esas personas se les engaña muy fácilmente. No está bien engañar a la gente así, creo yo.

La joven madre la miraba entre espantada y orgullosa.

Gracias a esta niña podría atrapar a la peligrosa asesina Briseida Vidal, que estuvo a punto de quitarle la vida a mi propia hermana.

Porque esto era lo único que ella no había calculado, el lugar de juego tras el muro. Todo lo demás, incluyendo la entrega de las viandas, lo habíamos descubierto porque ella así lo había querido. Hasta la identificación del hombre de la falsa lavandería. Hasta el hecho de que el mendigo tomara aquel taxi que conducía Míguez, quien sabría reconocerlo, lo cual no haría cualquier otro taxista. Todo estuvo calculado para que tarde o temprano llegáramos a descubrir que eran mendigos que habían tenido contacto con Eileen. Briseida montó su estrategia sobre los pasos de Eileen para que la culpásemos a ella.

Entonces, yo pensé que tal vez el único lugar en el cual Briseida podría hablar con el mendigo que había seleccionado para asesinar en el Felicia era la misma casa que les servía de refugio. Porque allí nadie la vería. Y aprovecharía que a quien habían visto con él, en el callejón, era precisamente a su prima Eileen.

Briseida había alimentado la idea de Eileen de entregar viandas a los indigentes en los suburbios del sur de la ciudad. Eso le servía de indicio de culpabilidad porque establecía un contacto previo de su prima con las víctimas. Así como la mala imagen que se había encargado de transmitir en la calle del Felicia, en relación con ella, para que se tuviese la expectativa velada de que la asesina era Eileen. Para que a todos nos pareciera eso lo lógico y, por lo tanto, lo real. Como dijo aquella mujer en la cafetería que me hizo ver la importancia de

las expectativas creadas, de lo considerado «natural»: «La gente sabe que nunca te ha gustado esta ciudad, así que es natural que espere que ahora digas que las Navidades aquí son tristes». Briseida supo difundir rumores sobre la inestabilidad de su prima de una forma ingeniosa e intangible para que «fuese natural que todos esperáramos que Eileen fuese la culpable».

Pero Daniel me habló de eso, muy temprano, y me ayudó a distinguir lo esencial; el carácter de loca imputado a Eileen que todos habían normalizado. Briseida hasta medicaba a Eileen para que fuese agresiva e irritable. Por eso aquella pelea que había escuchado Daniel cuando la apertura del Felicia. Así podría calzar perfectamente la idea de que una Eileen desequilibrada había invitado a unos mendigos a su restaurante, porque le gustaba hacer experimentos con ellos, y que en un arrebato de locura los había asesinado, y luego había salido por la puerta principal. Y entonces el chico de al lado, a quien Briseida había estudiado y sabía que estaría parado por allí a esas horas, atendiendo el negocio de las botellas, vería salir a una sospechosa mujer corriendo. Tal vez el chico vio más de la cuenta. Tal vez incluso la reconoció y quiso chantajearla, y por eso tuvo que matarlo.

Yo más bien pensaba que quien estaba en peligro era Malena. Porque Malena vio algo importante, aunque poco objetivo. Luego de todo esto pude hablar con ella. Recordé las palabras que me había dicho en el bar sobre la peligrosidad de la mujer del Felicia y le pedí mayor claridad al respecto. Comprobé que hablaba de Briseida y no de Eileen, como supuse en un primer momento, contaminado por el reciente comentario que me había hecho Daniel. Malena refería a un momento en que vio a Briseida mirar a Eileen cuando abrazaba a Vicente. Ese momento pudo mostrar el verdadero motivo, el verdadero móvil de los asesinatos en esta última etapa de Briseida Vidal: que es, naturalmente, la envidia.

Esa inteligente y bella mujer nunca había sentido envidia en su vida, y los otros asesinatos que debe haber cometido, porque nadie me quita de la cabeza que lo ha hecho tal vez en Florencia o en Caracas o donde sea que haya estado, no deben haber sido por envidia. Pero al prendarse de Vicente y ver con cuánta facilidad su propia prima se lo arrebató, surgió en ella esa fuerza oceánica que desembocó en los asesinatos de quienes se interpusieron a su paso. Según la investigación que hizo Santos, Briseida había sido la primera en conocer a Vicente Chiarello. Y luego, aquella noche en el piano bar Topaz, su prima había coincidido en el lugar de moda. Y la atracción de Vicente por Briseida se volvió sal y agua. La intensidad de Eileen acabó por desdibujarla por completo. Eso era

algo que ella nunca tendría; una intensidad auténtica.

Hasta lo del taxi, que en un principio pensé que era una pista, resultó ser una pista, sí, pero puesta allí por ella. Sabría que alguien vería al hombre bajar del taxi «elegante» y entrar en el Felicia en una calle tan transitada como aquella. Y era fundamental que le siguiéramos la pista al mendigo a través de un hombre que lo reconociera, para que diéramos con el rastro. Con el rastro de Eileen, que Briseida aprovechó para hacernos relacionar a su prima con la víctima.

Pero lo del cuchillo había sido una equivocación, y eso fue lo que tardé en descubrir, y lo que me confundió.

# CAPÍTULO XVI



*Todo había empezado aquella tarde cuando conocí a Vicente en el instituto. Ese día supe que ya era hora de sentar cabeza. Allí estaba él, haciendo una preparación, y se veía tan varonil y delicado a la vez. Entonces me las arreglé para estar a su lado y para decirle cosas graciosas. Logré sacarle una invitación para visitar el piano bar de moda, el que habían decorado a semejanza del trasatlántico, llamado Topaz. Las dos primeras horas fueron sublimes, hasta que llegó mi prima y lo descompuso todo. Ahora ella solo era un horrible paréntesis en la conducción adecuada que debió llevar la vida de Vicente.*

*—Voy a recostarme un poco. No te importa, ¿verdad, Brise? —me preguntó.*

*La vi caminar por el pasillo en dirección hacia la habitación. Me quedé parada mirando la fotografía del alce que había comprado junto a El Rosario, sin importarme las protestas de mi prima.*

*¿Por qué Vicente se había ido?*

*Esperaba que no se atreviera a rechazarme. Después de todo lo que había hecho, eso sería impensable. Miré los cuchillos que brillaban desde la tabla de la cocina. Estaba segura de no poder soportar otra traición como la que me hizo el tío Raúl. Cuando se cansó de su enfermedad mortal, me convenció de que le administrara aquel veneno, prometiéndome que toda su fortuna quedaría en mis manos. Y yo, con apenas doce años, me imaginé siendo la niña más rica del mundo, y poniendo yo misma las reglas de la casa porque sería más rica que mis padres o que mis primos. Y sobre todo, me excitaba la idea de dejar a la tía Beatriz en la más bochornosa ruina. Pero solo lo dijo para que le ayudara a morir.*

*¡Vicente no podía traicionarme así! Porque si lo hacía, lo mataría por una pésima razón no cargada de romanticismo. Aunque luego hasta podría comerme algunas partes de su cuerpo, como quise hacer con Aitor Osuna, pero su muerte repentina se me adelantó. Siempre he querido probar la carne de una persona de gusto culinario cultivado.*

*Tal vez eran ideas mías, tal vez solo estaba cansado, me dije. Pero me sentía angustiada con una inquietud que pocas veces me había atacado. Recordé mi*

*imagen en el espejo y las tijeras afiladas. Entonces me di cuenta de que me había hecho una pequeña herida al cortar el flequillo. Era minúscula, pero en ese momento comenzó a arder. Toqué con la punta de mis dedos el lugar y comprobé que no había sangre, aunque sentía algo de humedad. Era muy pequeña la herida, y aunque no pudiera ver nada, sentía un fino dolor. Un dolor transparente.*



## CAPÍTULO XVII



Sabía que perdería la razón en cuanto él la rechazara. Habíamos contado a Vicente lo que Briseida había hecho cuando ella creía que lo llevábamos a la cantera. Cuando nos llevamos detenida a Eileen también la pusimos al tanto del reconocimiento de voz que había hecho la niña Molina. Habíamos ideado el plan, y precisamos la participación de Vicente y de Eileen para atrapar a Briseida. Necesitábamos que se descontrolara y que confesara. Yo estaba seguro de que estando sola con Vicente se animaría a hacerlo.

Eileen Baroja realmente nunca estuvo detenida. Todo fue un engaño. Beatriz Vidal, esa agria mujer, no estaba al tanto de nada. Solo supo que su sobrina Eileen había tenido que ser llevada a un nuevo interrogatorio porque, efectivamente, nos había mentido sobre el previo contacto con una de las víctimas. Sin embargo, el director la atendió y la calmó. Luego se la llevó para alejarla de la verdadera cacería que era la trampa para Briseida Vidal, la cual tendría lugar en el piso de Chiarello. Para esta necesitábamos la actuación de Vicente. Con él ensayamos las palabras adecuadas que debía decirle a la prima de su esposa.

Había que sacar de quicio a Briseida, dejándole claro que él la rechazaba, aunque Eileen ya no estuviese allí. Buscábamos una confesión.

## CAPÍTULO XVIII



*Vicente se acercó a la mesa. Entonces pudo verme mejor a la luz de las velas, porque el apartamento estaba casi en penumbra. Yo solo había dejado iluminada, a propósito, la mesa del comedor y el área junto a ella. También un poco la entrada de la cocina y el inicio del pasillo que conducía a las habitaciones.*

*Vicente debió haber notado que me había vestido para agradarle y que ya no quería parecerme a ella. El proceso de mimetización que padecí en las calles para que me confundieran con Eileen había llegado a su final. Él se había puesto una linda camisa que le regalé para su cumpleaños, el día 27 de mayo. Eso significaba que él sabía lo que estábamos haciendo. Nos sentamos y comencé a servir el vino. Me dijo que me veía hermosa. Que había hecho algo distinto a mi peinado. Pensé que había valido la pena el cambio y que luego recogería lo que dejé en el piso de mi cuarto; esos cúmulos de pelo amontonado y la ropa sobre la cama. Ese desorden que era prueba de haber dudado sobre qué apariencia llevar para atraerle, prueba de la inseguridad y la emoción ante la personificación definitiva que llevaría a cabo, la que sería mi última actuación.*

*Una idea me asaltó de pronto. Si todo salía bien esa noche, si lográbamos una cena perfecta, tal vez lo mejor sería acabar con él de inmediato, para que no se arruinara lo logrado. Esa ocurrencia se me metió entre los huesos. Estaba ante el dilema de proyectar el futuro incierto con Vicente o de acabar con él, en medio de la seguridad que me transmitía el hecho de saber que no volvería a tener ninguna otra oportunidad para despreciarme, como ya lo había hecho en el Topaz.*

*Me dijo algo cruel, luego de unos segundos de silencio, mientras las luces de las velas se balanceaban de un lado a otro y producían sombras que habitaban el espacio junto a nosotros.*

*—No me gusta esa fotografía que has traído, aunque no te lo había dicho antes. Porque eso es una especie de alce cuidando un nido de huevos. ¡Y se ve asomarse un pequeño alce en miniatura! Es un sinsentido porque esos animales no son ovíparos. Me molesta esa imagen porque me recuerda la fallida*

*pretensión que significa intentar copiar la vida de los otros sin conocerlos realmente, porque entonces solo se termina creando monstruos. Eileen decía que la imitación es una fuerza antipática que termina por apagar los fuegos más interesantes.*

*Recordé cuando compré la fotografía en cuestión. Recordé que ese día fue cuando decidí ponerle una trampa a mi prima y planifiqué matar a los mendigos. Primero había considerado hacerlo en El Rosario, pero no lo hice porque yo necesitaba los ojos en la calle, y en La Alameda nadie mira a nadie. Yo necesitaba hacerme de testigos vecinos como Daniel, como el imbécil del quiosco, y hasta como Malena. Aunque esta última se entrometía de más. Necesitaba que la calle entera pensara que había sido mi prima la asesina, dado su extraño comportamiento. Necesitaba también que alguien viera llegar el taxi que manejaba el hombre que podía identificar a aquel borracho, que vieran a la mujer con las piernas manchadas de sangre. Nada de eso podría pasar frente a El Rosario. Por eso la intoxicación de los comensales terminó siendo beneficiosa para mí. Luego solo tuve que convencerlos de que rentaran el local del Felicia. Y entonces, en este momento, venía Vicente a decirme que esa fotografía de valor único no le gustaba solo porque a mi prima no le gustaba tampoco. Sentí una ira incandescente y tiré la copa de vino en la mesa. El líquido se derramó e inundó gran parte del blanco mantel. Como cuando la sangre se desborda sobre la nieve haciendo un vivo contraste.*

*—Pero Eileen ya no está —alcancé a decirle con rabia.*

*Él me miró asombrado, y creo que comenzó a temerme, pero yo continué hablando.*

*—Quiero decir que ya ella no estará más. ¡No ves que ha matado a esos hombres! Sé que no quieres aceptarlo, pero pronto lo harás. Yo voy a ayudarte con eso, y también podría ayudarte más en el Felicia para hacer lo que creas apropiado. Sabes que podría invertir lo que fuera y ya no tendrías que depender de tía Beatriz.*

*Entonces, luego de que le dije eso, comenzó a ser el mismo de antes. Le pedí perdón por haber tirado la copa y le argumenté que estaba nerviosa con todo lo que nos estaba pasando. Serví el osobuco y los vegetales que había preparado. Comenzamos a comer.*

*—¿Te ha gustado? —pregunté con humildad una vez que vi que lo probó.*

*—¡Está excepcional! —me respondió, pero lo descubrí exagerado.*

*—Brise, desde hace un tiempo he querido decirte algo. No quería aceptarlo para no herir a Eileen, porque, además de mi esposa, es tu prima. Y sé que la*

quieres. Sé que esto no es adecuado en este momento, pero necesitaba que lo supieras. Porque ha venido pasando algo entre nosotros que no podemos seguir ocultando.

—Claro que es adecuado. Tú vales demasiado para ella —le interrumpí, y reconozco que estaba emocionada.

—No sé si ha sido una suerte, después de todo, que haya pasado esto. Claro que lo siento por esos hombres, por esos miserables. Pero la pobre Eileen está desequilibrada y los mató en parte por mi culpa. Ella ha ido perdiendo la razón frente a mis ojos —se lamentó.

—¡Es que aún no lo entiendes todo! —le grité.

Y entonces me atreví, y tomé la decisión de contarle todo. Fue allí donde me equivoqué

—Vicente, no ves el asunto en toda su complejidad. No ha sido suerte, ni mucho menos. Yo hice que todo pasara. Ahora puedo decírtelo. Pero no quería que tú pagaras por los asesinatos que cometí, por supuesto. Armé la trampa para ella, no para ti. Tú no tenías que estar allí. Yo aumenté la medicación que siempre le administro para que ella no pudiera pararse y tranquilé la puerta de la habitación con llave. Logré que te convenciera de que ella prepararía la masa del sfincione esa noche. Escondí los quesos para que salieras y no supieras que yo no estaba aquí, y luego creyeras que estaba en mi cuarto. Tú debiste quedarte en casa al volver, y dormirte en el cuarto de al lado como lo haces últimamente. Debíamos encontrar los cadáveres en la mañana, y debían haber visto a una mujer vestida como Eileen, con las piernas llenas de sangre. Y debían saber que ella tenía contacto con esos hombres, porque descubrirían que eran mendigos, tarde o temprano. Y todos afirmarían que Eileen era culpable. Teníamos que librarnos de mi prima, cariño. Porque desde que la viste, quedaste como hipnotizado, pero yo sabía que eso era temporal.

Todo el tiempo —continué— me he estado vistiendo como Eileen, y hasta estudié al muchacho del bar, que salía a esa hora a entregar las botellas adulteradas. Al otro día sería un testigo estrella, y junto con otros indicios que he ido sembrando, junto con los rumores que he esparcido sobre el deterioro mental de mi prima, hubiese sido la inculpación perfecta. No te imaginas la importancia de las convicciones y pareceres que guarda la gente adentro, y las expectativas que eso construye, que son las mismas que hay que alinear para que todos se traguen las mentiras que uno diseña. Hasta estudié al inspector Dahbar porque sabía que le darían el caso. Me hice amiga de su hermana, una débil mental bastante simpática.

—¿Mataste a Daniel? —me interrumpió.

—¿Eso qué importa ahora? ¿Qué más da? Eileen estaba drogada cuando lo maté y no recordará lo que estuvo haciendo, así que tal vez también la culparán a ella. Igual podrían culparla de lo de María Luisa también... —le dije, meciendo la copa que había vuelto a servir.

—Cometiste un error —me dijo.

—¿Cuál? —pregunté.

—Tomaste el cuchillo equivocado. Has debido tomar el cuchillo de Eileen y no el mío. Si realmente querías culparla a ella...

Reí al escucharle decir esa gran verdad, tan comprimida y directa. Había sido el único error de mi plan.

—Es cierto, porque nunca pude entender muy bien el orden que ustedes guardaban al respecto. Pero dado como sucedieron las cosas, ese error se convirtió en una bendición. Porque entonces rediseñé el plan y le impuse otro rumbo; entonces ya no sería tu esposa la loca que cita y mata indigentes en su restaurante, lo cual aunado a su extraño y patético comportamiento completaría un bonito cuadro demencial, sino que sería la esposa desequilibrada que quiere culpar a su marido de un asesinato espantoso, para vengarse de él y para ventilar un oscuro hecho del pasado, porque él ya no la quiere.

—Lo de los mendigos —continué— sirvió como un toque para rememorar tus años de juventud y para aderezar la locura que construí para Eileen. Así tú creerías que ella incorporó tu trágico secreto en su propia locura. Sabía que, tarde o temprano, tú saldrías del ámbito de las sospechas, y entonces entraría ella con fuerza.

—Lo pensaste todo muy bien —me dijo de una manera artificial.

Y fue cuando tuve que aceptar que él estaba disimulando y que me había apresurado al contarle todo de una vez. Que he debido hacerlo poco a poco y esperar meses, tal vez años. Pero la paciencia en algunos asuntos se me estaba escapando. Supe que Vicente me estaba poniendo una trampa y que Dahbar debía estar detrás de eso. Dahbar necesitaba atraparme y había utilizado el único lado débil que creía que tenía. A Vicente.

Pero la mejor manera de curarse de un enamoramiento, de una equivocación cuando creemos que alguien vale la pena y no la vale, es el desengaño. El mío fue instantáneo. Me avergoncé de mí misma de haberme creído enamorada de Vicente todos estos meses. Entonces sentí una gran necesidad de probar su sangre. Algo que nadie había probado, ni siquiera él mismo, y mucho menos la estúpida de mi prima.

—He preparado unos cannolis estupendos y hay limoncello helado. Voy a servirte —le dije.

Caminé hasta la cocina, guiada por la luz móvil de las velas que se habían convertido en mis cómplices, y fui a detenerme frente al gabinete. El afilado cuchillo que descansaba sobre el mesón era mi objetivo. Lo había dejado allí por si las cosas salían mal, porque en el fondo nunca me confié del todo de Vicente. Para disimular, abrí la puerta del gabinete y saqué dos platos de postre.

Era el momento, antes de que las condiciones cambiaran porque tal vez Dahbar no tardaría en llegar. Sin pensarlo más tomé el cuchillo, y con gran velocidad, con una rabia ciega, llegué hasta donde estaba Vicente y me abalancé sobre él, buscando su cuello. Logré herirlo, pero no lo suficiente ni en el lugar preciso para alcanzar la carótida. Escuché voces. Vicente logró esquivar mi nuevo ataque, y la silla salió volando y chocó contra el cristal de la ventana que estaba corrida dejando un lado abierto. Alguien salió de la terraza y gritó la palabra «alto». Unas gotas de sangre de Vicente habían caído en mis labios granates. Entonces vi a Dahbar aparecer entre la penumbra. Tal vez yo percibí a esa noche más oscura y borrosa de lo que fue en realidad.

—Se acabó, señorita Vidal. Han reconocido su voz cuando hacía la propuesta al mendigo que luego asesinó en el Felicia. Y ahora hemos escuchado y grabado su confesión completa —me dijo con voz casi paternal mientras yo saboreaba la sangre.

Me sentí atrapada por primera vez. Había arriesgado demasiado. El papel que busqué personificar junto con Vicente, el de esa mujer que lo deseaba, se transformó en otra cosa mejor. Entonces, tras un brevísimo momento en que tardé en decidirlo, acerqué el filo del cuchillo hacia mí.

## CAPÍTULO XIX



—¿Por qué fue un accidente lo de los cuchillos? —preguntó Fletcher.

Nos encontrábamos en el mismo cuchitril al cual Santos nos había llevado. Con frecuencia nos metíamos allí los viernes en la noche. Yo quedé prendado de ese lugar. Además encontré en él discos de música maravillosa. Por supuesto que no los saqué de allí porque eso hubiese sido un robo, aunque el dueño de todo aquello continuara desaparecido. Entonces algunas noches me iba a escuchar música yo solo, allí adentro.

—Porque ella quería tomar el cuchillo de Eileen, pero se confundió de estuche. Creo que lo que hizo que matara a Sánchez fue que él descubrió que la utilización del arma fue una farsa. Que había sido manipulada con guantes. Aunque esta mujer no necesita muchas razones, ni muy claras, para matar personas. Ya lo has visto.

—Sí, lo he visto. Si hasta intentó suicidarse cuando la atrapamos. La sangre fría que demostró al cortarse a sí misma la garganta me ha dejado atónito. Una mujer tan hermosa y que lo tenía todo —dijo Fletcher.

Briseida Vidal, cuando entramos al comedor del piso de Chiarello, hace ya cuatro meses, me miró, sonrió y luego se cortó el cuello. Yo no estaba de acuerdo con Fletcher. Si hubiese querido actuar con precisión, estaría muerta. Creo que se hizo exactamente la lesión que quiso hacerse. Creo que tiene amplios conocimientos de anatomía y de muchas otras cosas. Yo hubiese preferido apresarla en una cárcel. Gracias a eso que hizo, en contra de su propia vida, los abogados lograron su reclusión en el hospital psiquiátrico. Estos abogados sabían lo que hacían porque Beatriz Vidal se dedicó a financiar sin reparos la mejor defensa para su sobrina preferida.

—¿Por qué dijiste que yo te había ayudado a ver claramente esa pieza que no encajaba?

—Fue aquí mismo en esta mesa, con los abrigos. Lo que me daba vueltas en la cabeza era lo del cuchillo de Vicente Chiarello. Yo pensaba que una de ellas quería culpar a la otra, y por ello lo de la salida por la puerta más visible. Esas mujeres eran muy parecidas, tú mismo lo dijiste. Estaba convencido de que una quería culpar a la otra, pero, entonces, ¿por qué diablos usar el cuchillo de él? Y

siempre lo vi de manera inadecuada, porque supuse que eso había sido parte del plan. Hasta me planteé que el móvil era la venganza contra Vicente, y que existía la intención expresa de inculparlo, pero nada más lejos de la verdad. Por eso no entendía la existencia de esos dos eventos contradictorios: la salida de la mujer por la puerta principal y la utilización del cuchillo de Vicente. Tal vez es una equivocación mía no imaginar que el asesino también se equivoca. Considerar que ella no era infalible me hubiese ayudado a ver claro. Por otro lado, un cocinero jamás se equivoca al usar su cuchillo, y también sabe reconocer los de los otros que cocinan diariamente junto con él. Entonces, quien había cometido la equivocación debía ser Briseida, no Eileen. Briseida pensó que el estuche de cuchillos propiedad de Vicente era el de Eileen. Ambos estuches eran idénticos, tal como yo comprobé en la cocina del Felicia. Por cierto, ¿la has visto ahora, a Eileen?... Es otra, y eso debe tener muy contento a Vicente Chiarello.

—¿Briseida Vidal le administraba drogas a su prima?

—Sí. Muchas. Un coctel que hubiese enloquecido a cualquiera. Quizá hasta quería convencerla de que ella misma había asesinado a los mendigos, a Daniel y a María Luisa de Marco, sin recordarlo, para que confesara algo que no había cometido.

—Eso es muy posible. No lo había pensado así —reconoció.

—Y al final Vicente se libró. No solo se salvó de que esa mujer lo matara, porque tarde o temprano iba a hacerlo, sino que, por mucho que buscamos, no encontramos huesos humanos en la cantera. Tal vez esos hombres lograron salir, después de todo. Así que hicimos un buen trabajo, Braulio, porque se lo debíamos a nuestro amigo Nicolás, y logramos encerrarla. Ahora me iré a ver a mi hermana Mary y a casa luego, a comerme yo solo un gran *sfinzione* que me ha enviado Chiarello. Me lo ha dejado en la puerta en un bonito envoltorio, lo cual fue un amable detalle.

—Yo pasaré a la oficina un momento de camino a casa, y luego a la cafetería de Nancy. Eulalia ahora está cocinando comida «exótica», y la verdad es que no me gusta nada, nada. Prefiero, como dijiste tú, lo crocante y lo caliente.



# CAPÍTULO XX



Subinspector Braulio Fletcher:

Por medio de esta nota quiero hacerle saber que he tomado algunas medidas adicionales para procurar cierta cadena de sucesos que propicie su más rápido ascenso. Hay platos que uno no puede rehusar.

Atentamente,  
Briseida Vidal

# CAPÍTULO XXI



Llegué a casa después de ver a Mary. No le dije jamás que su alumna era una asesina peligrosa y que estuvo a punto de matarla. ¿Para qué hacerla sufrir?

Tenía, en lo profundo, una sensación extraña. Como si Briseida aún no hubiese terminado. Como si algo hubiese quedado inconcluso. Tal vez era porque había estado hablando de ella con Fletcher, y también de Beatriz Vidal, quien era como una sombra que se posaba sobre todos los lugares. No me gustaba saber que era dueña de la mitad de la ciudad. Quizá era porque no me sentía seguro en el Departamento, o por que la idea de las viandas experimentales que había desarrollado Eileen me dejaba mal sabor. Aunque sabía que Eileen Baroja repartía comida, en parte, para limpiar la conciencia de lo que había hecho Vicente. Pero entendía el temor de Greta Molina sobre aquello que consideraba un experimento macabro. Pensé que era verdad que en estos tiempos se podría envenenar o matar a mucha gente haciendo uso de la impersonalidad reinante, construida por la presencia de institutos, fundaciones y organizaciones de las que nadie había oído hablar, pero a las que todos creíamos llenas de buenas intenciones.

Decidí que ya estaba bien de preocupaciones viejas que debía saber enterrar. Corté un buen trozo de *sfincione* y busqué una cerveza rubia. Me prometí a mí mismo intentar preparar uno, alguna vez. No debía de ser tan difícil si contaba con los ingredientes y con la asesoría de Vicente.

El teléfono comenzó a sonar. ¡Vaya momento para escuchar ese ruido molesto! Esperaba que no hubiese aparecido otro cuerpo. Cuando iba a dar el primer mordisco, escuché un golpe seco en la ventana frente a mí y vi una cara conocida.

—¿Qué diablos te pasa, Braulio? —le pregunté, abriendo la ventana.

—¡No comas eso! No ha sido un obsequio de Vicente Chiarello, ni de Eileen Baroja. Lo he comprobado.

Metió su delgado brazo por la ventana y tumbó el trozo de pan que yo tenía en la mano y que cayó justo al lado de mi zapato, regando totalmente la cubierta de cebolla y pan rallado.

—¿Y quién si no iba a enviarme esto? —pregunté asombrado.

—Briseida Vidal desde su encierro. Una cosa es que no tenga movilidad y que no pueda hablar por la lesión que ella misma se hizo, y otra que no pueda seguir pensando monstruosidades.

## CAPÍTULO XXII



Estimado inspector Diego Dahbar:

Me he enterado de que no has podido disfrutar del presente que te he enviado. Es una lástima, porque te hubiese parecido una preparación sublime y mucho mejor que el que prepara el esposo de mi prima Eileen. Debes convencerte de que no me ha pasado por la cabeza en ningún momento asesinarte. Yo sabía que, más temprano que tarde, comentarías con tu amigo sobre el regalo que comerías. Imagino al pobre subinspector Fletcher al leer mi nota, que fue solo una broma. Casi lo estoy viendo salir despavorido del Departamento de Policía a donde debió llegar la misiva, tomar su auto y manejar como loco por esas calles, cometiendo imprudencias y saltándose las reglas de tránsito que tanto debe guardar, frente a peatones espantados, solo con el objetivo de salvarte. Además, a través de esta broma, te darías cuenta de que, aunque estoy encerrada, sigo contando con medios para hacer lo que desee dentro de esta ciudad.

Entiendo que fue mi voz, en parte, lo que te ayudó a atraparme, aunque desde antes sabías que yo era culpable. Algún día me gustaría que me aclarases cómo lo supiste tan temprano. No tengo problema en aprender de mis errores ahora que he iniciado un nuevo proyecto. Te estarás preguntando en qué consiste. Ten paciencia, Diego, porque te lo voy a contar, pero poco a poco. Para adelantarte algo te digo que somos muchos los que compartimos los deseos de obtener cosas a cambio de matar personas. Y no siempre estamos dispuestos a ello por las mismas razones. Pero yo pienso que las razones no importan. He allí una diferencia entre nosotros, que estimo se debe fundamentalmente a cuestiones generacionales. En las investigaciones de homicidios tradicionalmente nos han enseñado que uno de los elementos a descubrir es el motivo. Yo ese aspecto lo ignoraría en la actualidad. ¿A alguien le interesa realmente las razones que movieron a Jack el Destripador para despedazar a esas mujeres? ¡Por supuesto que no! Eso solo forma parte de la hipocresía sistemática con la que educan a la mayoría.

Voy a confesarte algo que te resultará doloroso: tu amigo Nicolás Sánchez

me preguntó por qué lo hacía cuando le clavé la horquilla. Por cierto, se la regalé a Eileen y creo que aún no se ha enterado de que con ella he matado a varias personas. Bien podrías decirle a mi lenta prima la vocación verdadera de esa horquilla, porque tal vez esa información cambie la percepción que tiene de ese maravilloso objeto.

Mi proyecto actual consiste en captar y educar aprendices para asesinar. Me aburro de manera espantosa en este lugar que ni siquiera Allan Poe pudo haber imaginado. Este puede que sea el lugar más descorazonado del mundo, y te lo digo yo que he dedicado parte de mi vida a recorrer el planeta. Me han traído libros, novelas, los últimos cómics de crímenes; hasta he intentado dibujar mis propios personajes para liberar las energías, pero siempre termino en lo mismo, que es escribiendo y perfeccionando mi proyecto.

A lo largo de mi vida he conocido personas interesantes, haciendo uso de un método de identificación que incluye el estudio de hábitos. Algunas de ellas, con un poco de trabajo y de intercambio provechoso de ideas, se han convertido en buenos alumnos. Se trata solo de un registro, un gran y mortal registro bien pensado.

Así como se ha dicho que Scotland Yard se ha hecho fuerte gracias a los archivos, al orden, a la estadística; de la misma manera su antítesis, es decir, una organización con fines criminales tiene que emplear esas mismas armas y mejores. Ese es el futuro. Comprender los usos y consumos de las personas, para catalogarlas y manipular las acciones. El asesino perfecto debe constituirse en un buen actuario de seguros, por sobre todas las otras cosas que debe ser.

¿Estarías dispuesto a viajar a Lisboa, a Barcelona, a Florencia, para evitar la comisión de nuevos asesinatos? ¿O para atrapar a los responsables de asesinatos que no puedas evitar? ¿Qué me dirías si afirmo que en esta misma ciudad, en este momento, podría estar muriendo alguien, y que parte del plan es que participes de la cacería del culpable de esa muerte? Cada vez que atrapes al culpable ganas puntos y yo los pierdo, lo cual se traduce en la eliminación de un nuevo asesinato.

Mi idea es sencilla. Digamos que tengo planificado cometer cien asesinatos de diferente naturaleza; unos colectivos e impersonales, otros individuales y apasionados. Si descubres al asesino del primero de ellos, estarías evitando el asesinato número cien. Si descubres al segundo, estarías evitando el número noventa y nueve de la lista. Y así sucesivamente.

Te doy mi palabra de que no haré trampa, porque siempre he odiado a la gente tramposa casi tanto como a la gente grosera e impertinente. Puedo también

asegurarte que cada una de estas cien personas, a mi juicio, merece morir, y que en el mejor de los casos, podrías evitar la muerte de la mitad de ellas. Pero para un solo hombre, ese porcentaje es magnífico.

Debes estar pensando que con interrumpirme la posibilidad de un intercambio epistolar o la posibilidad de comunicación telefónica solucionas esta nueva amenaza que te estoy presentando, tan orgullosa. Pero la solución no es tan fácil porque ya los planes se han iniciado. Y tampoco es fácil porque soy poseedora de una cuantiosa fortuna. Tengo mucho dinero. Muchísimo más del que puedes imaginar o el que podrías acumular durante toda tu vida. Tendrías que vivir muchas vidas de trabajo honrado, más de mil años, para siquiera acumular la mitad de lo que tengo. Y el dinero es una fuerza enorme. Por esa razón siempre estaré un paso adelante. No podrás detectar a todos los sujetos sobornables por mucho que te devanes los sesos para intentar hacerlo: estos pueden ser desde enfermeros, médicos psiquiatras, cercanos oficiales de Policía, amigos, vecinas, hasta cualquier desconocido que se te cruce por la calle. ¡Todos! ¡Todos podrían ser mis aliados!

Recuerdo cuando te conocí. Cuando te ofrecí aquella taza de café cargado. Noté que lo necesitabas con desesperación. De la misma manera como ahora estoy convencida de que necesitas aceptar esta invitación que te hago. Puede que seas la persona que mejor me conoce, y yo la que mejor te conoce. Sabes que yo no buscaba acabar con mi vida aquella noche en el piso de mi prima Eileen. No era mi intención inmolarme porque su esposo me hubiese rechazado y me hubiese puesto una trampa, aliado con la policía. Nada hubiese sido más impropio de mí que acabar con mi vida por razones románticas. Lo que buscaba era mi transformación y no mi muerte. Me estaba transformando a mí misma, como un insecto o un reptil, o como Catwoman. Poniéndome otra piel y sacando otra naturaleza desde adentro, a través de la destrucción de mi voz y mi garganta. Supongo que buscaste a esa niña de la casa vecina a aquella guarida abandonada para que escuchara las grabaciones que ahora se registran, de las declaraciones de los testigos. Y esa entrometida niña reconoció mi voz. Yo cuidé bastante bien de que nadie me viera, pero jamás pensé que alguien podría oírme.

Para que creas en la enorme voluntad que he depositado en mi propuesta, te aseguro que estoy dispuesta a financiar tus idas y venidas a cualquier parte del mundo para desempeñar la cacería de mis discípulos. Podría pagarte por tu participación en este juego mil veces más de lo que te paga el Departamento de Policía.

Puedes darte un tiempo para pensarte esta singular propuesta de terror

elegante y nunca vulgar, pero deberías responderme pronto. Tal vez a esta hora haya gente envenenándose por haber ingerido pastillas calmantes, que no eran tales. Tal vez por allí haya mucha gente crédula y descocada que se crea cualquier cosa que le dicen; por ejemplo, que tales polvos agregados al bicarbonato de sodio son una excelente receta para adelgazar, siendo que esos tales polvos realmente son letales. O que «poniendo un poquito de tal sustancia en la crema corporal la piel se vuelve tersa...».

¡Diego, no conoces las posibilidades cuando se tiene imaginación y dinero! El mismo Shakespeare dijo algo similar en Hamlet, a quien he releído en estos días.

Me encanta comparar a mis víctimas con villanos de cómics. Soy fanática de las historietas. Por ejemplo, cuando maté a aquel mendigo que no me servía y le dejé en el canal, lo imaginé como un Solomon Grundy, aunque reconozco que me gustan más las historias meramente humanas que no cuentan con esos monstruos estrambóticos que ahora han inundado las editoriales. Hay suficiente megalomanía en el mundo como para que sea necesario echar guante al horror sobrenatural o a los ridículos alienígenas.

Considérame como si yo fuera tu particular «anfitriona del horror» y amante de la sangre, a lo Maila Nurmi enfundada en un sugestivo vestido negro, aunque ahora también tendría que ponerme una bonita cinta sobre el cuello.

Me gustaría que le enviaras saludos a Mary. Le agradeceré eternamente que me haya contado tantas cosas sobre ti. Por esa razón acompaño esta carta con un vestido bellísimo que le mandé a comprar. Es de un diseñador increíble y parece hecho a su medida. Estoy segura de que resaltará sus bellos ojos color miel.

También encontrarás en este sobre las llaves de una propiedad que será de tu agrado. La he comprado para ti y la he llamado Villa Francesca, en honor a aquella vecina que tuviste alguna vez. También me ha dicho Mary que sientes debilidad por los gatos. Te recomiendo que vayas pronto a la casa, porque allá te esperará la bella Lovisa, una gatita muy pequeña que seguramente estará hambrienta y sería una lástima que muriera de inanición, teniendo tan cerca la despensa llena de salmón enlatado. Además hay por allí un perro fiero en la propiedad vecina, que podría haber sido entrenado para entrar en la Villa si no ve luces encendidas. La inteligencia pertenece a los perros, Diego, no a los gatos.

¿Sabes qué persona famosa lleva por segundo nombre el mismo de tu gatita? Yo tuve la oportunidad de coincidir con ella en una fiesta en París... La respuesta a esta pregunta es solo una pequeña pista para que conozcas el nombre de la víctima del asesinato identificado con el número cien de mi lista, es decir,

el primero que podrías evitar.

Tuya, afectísima.

Briseida Vidal



## CAPÍTULO XXIII



Decidí aceptar el reto.

No hubiese podido ignorar la invitación de Briseida en este momento; no después de toda el agua corrida bajo el puente que constituían los años de servicio en el cuerpo, ni después de haber visto tantas formas de maldad, y de haber reconocido que la que ella engendraba era la más pura y peligrosa. Hasta pensé que todos mis casos anteriores me habían servido de preparación para estar a su altura.

Era imposible que la propuesta de Briseida me resultase indiferente, porque más bien me llenaba de vida y de deseos enormes por atraparla. Porque ella condensaba mis oscuros temores, los viejos miedos; los que se desprenden de comprobar la existencia de un ser real con una inteligencia prodigiosa, con una personalidad cautivadora, pero con una perversidad indetenible. Por eso había ido a Villa Francesca a medianoche, para salvar a tiempo a Lovisa y llevarla a casa.

Ahora me encontraba junto al canal leyendo la carta de Briseida. Lo hice dos últimas veces y luego la lancé al agua. Ya había extraído de ella lo que consideraba información de interés.

Entonces me detuve frente a la fría baranda por un segundo. Era un día gris, aunque el agua brillaba tal vez más de lo esperado. De pronto imaginé a Briseida sentada en la habitación del psiquiátrico, portando una cinta negra en su cuello, y sentí una ligera victoria. Parecía que, después de todo, mis métodos aún guardaban vigencia, aunque viviéramos una época extraña para alguien que, como yo, venía de Sancaré.

Había vuelto a fumar. Abrí la caja de Camel que me esperaba en el bolsillo del saco, extraje un cigarrillo y lo encendí. Me quedé mirando las esculturas de bronce que me calmaban. Luego vi la que parecía de sal marina, la de la mujer que pareciera estar trepanado la ventana del blanco edificio. Era el mismo lugar donde solía detenerme a pensar. Donde había visto a aquella joven que fotografiaba a los niños, pero que en realidad quería fotografiar otra cosa. La que me sembró la idea de que la verdad del caso del Felicia había servido de guía para la construcción de la mentira sobre la culpabilidad de Eileen Baroja. Es

cierto que la mejor mentira es la que se parece a la verdad, sobre todo a la verdad que la gente cree poseer.

Terminé mi cigarrillo y emprendí el camino de vuelta. Cuando me faltaban por recorrer apenas dos calles, acorté camino por un callejón por el cual nunca había transitado, para llegar más rápido a lo de Nancy. Realmente lo que quería era que me pusiese en contacto con su hermana, quien conocía muy bien la vida y obras de las actrices famosas. Nancy muchas veces se había quejado de la falta de sentido que acompañaba a la juventud de estos días, y de la superficialidad con la cual su hermana afrontaba la vida, tan pendiente de la gente del cine y de la música. A mí esos intereses nunca me habían molestado, tal vez porque intuía que también podrían ser útiles de alguna manera. Estaba convencido de que Briseida se refería a una actriz consumada. Y si la hermana de Nancy no sabía quién tenía de segundo nombre Lovisa, estaba la amiga de Elías, la del diario... y si no, habría otra persona conocida que lo sabría. Y entonces, al pensar eso y atravesar el solitario callejón, comencé a sentir esa fuerza obsesiva y maravillosa que produce el ansia de cazar a alguien cuando se tiene la convicción de que se es capaz de hacerlo.

Me imaginé cruzando un pavoroso corredor lleno de muertos, como si los mismos que en las escenas de asesinato me dicen cosas, estuvieran acompañándome. Esos mismos hombres y mujeres que han sido víctimas de Briseida y que luego ella de forma retorcida reduce a personajes de historietas. Como si todas esas víctimas me impulsasen con una fuerza que Briseida no conocía, que no es otra que la simple y vieja necesidad de hacer justicia.

Uno de los problemas de Briseida Vidal, y de esa maldad instruida y cegada, es que no parece comprender la gravedad de la obsesión que ha colmado mi vida. Me refiero a la obsesión de transformarme en cazador. Tal vez si hubiese escogido para sus fines y distracciones a alguien más, y no a mí, hubiese tenido oportunidad de ganar su juego.

Aceptaría su propuesta, pero sin jubilarme del cuerpo. Mantendría a mi lado a Fletcher, a Galeano y a Santos. Les pediría que conservaran secretas nuestras acciones, porque sabía que podía confiar en ellos. Le respondería a Briseida hoy mismo, con una nota corta que escribiría en pocos segundos, desde mi escritorio.

«Dispuesto a ganarte.»

Y miraría la ventana que había servido de canal para que ella me observara. Aunque ahora sería al contrario, ahora sería yo quien la vigilaría a ella sin que lo notase. Yo también podía convencer a la gente para que actuara de mi lado pretendiendo estar del de ella, y doblando las pagas utilizando esos mismos

recursos de los que ella se vanagloriaba y que yo aceptaría. El problema del diablo es que no ha podido renunciar a la vanidad de haber sido el preferido de Dios. Y Briseida es un diablo muy vanidoso.

Esta cacería, que desde ya había renovado el ímpetu de mis pasos en ese desconocido callejón, apenas estaba comenzando.

# Notas del autor

Espero que hayas disfrutado leyendo este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia.

## **Conéctate con Raúl Garbantes**

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor escíbeme directamente a [raul@raulgarbantes.com](mailto:raul@raulgarbantes.com).

También me puedes encontrar en:

[www.raulgarbantes.com](http://www.raulgarbantes.com)

[Amazon](#)

[Facebook](#)

[Instagram](#)

**Mis mejores deseos,  
Raúl Garbantes**

# Otras obras del autor

[Goya](#)

[Tiroteo](#)

[La Huida](#)

[El Ausente](#)

[Sombra Infernal](#)

[Noche Criminal](#)

[Juegos Mortales](#)

[Golpe de Muerte](#)

[Misión Riesgosa](#)

[Miedo en los Ojos](#)

[Suicidas del Aspa](#)

[Laberinto de Sangre](#)

[Paradero Desconocido](#)

[Atentado en Manhattan](#)

[El rapto de Daniel Evans](#)

[El Palacio de la Inocencia](#)

[Los Secretos de Blue Lake](#)

[Investigador Privado Nathan Jericho](#)

[La Caída de una Diva \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1\)](#)

[Fuego Cruzado \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2\)](#)

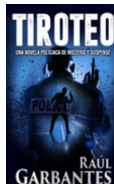
[Asfixia: \(Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3\)](#)

**Goya:** *Tres casos de asesinatos con suspense e intriga*



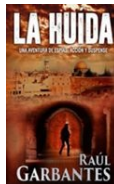
Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Tiroteo:** *Una novela policiaca de misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**La Huida:** *Una aventura de espías, acción y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**El Ausente:** *Una novela de misterio, suspense y crimen*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Sombra Infernal:** *Un thriller de acción, misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Noche Criminal:** *Una novela de misterio, suspense y crimen*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Juegos Mortales:** *Una novela de suspenso, crimen y misterio*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Golpe de Muerte:** *Una novela de intriga, misterio y asesinato*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Misión Riesgosa:** *Un thriller de acción y romance; misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Miedo en los Ojos:** *Una novela policíaca de misterio, asesinos en serie y crímenes*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Suicidas del Aspa:** *Una novela policíaca de misterio y crímenes*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Laberinto de Sangre:** *Un thriller de misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Paradero Desconocido:** *Un thriller psicológico de misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)



**Atentado en Manhattan:** *Un thriller de acción, misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**El rapto de Daniel Evans:** *Una novela policíaca de misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**El Palacio de la Inocencia:** *Un thriller de misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Los Secretos de Blue Lake:** *dos novelas de asesinos seriales, misterio y suspense*



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Investigador Privado Nathan Jericho**



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**La Caída de una Diva:** *Una novela negra de misterio y crimen* (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 1)



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Fuego Cruzado:** *Una novela negra de romance, misterio y crimen* (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 2)



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)

**Asfixia:** *Una novela negra de asesinatos en serie* (Serie policíaca de los detectives Goya y Castillo nº 3)



Versión Kindle – Adquiere [AQUÍ](#)  
Versión Tapa Blanda – Adquiere [AQUÍ](#)